



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, *Anón* (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arco*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Aragón*, *Anchorena*, *Añibero*, *Arlandis*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marques de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borja*, *Borrego*, *Bosco*, *Bremon*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camus*, *Canalejas*, *Cañete*, *Castelar*, *Castro y Blanco*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazaro*, *Cervino*, *Chaste* (Conde de), *Gollado*, *Cortina*, *Corrao*, *Coimetro*, *Correa*, *Castro*, *Cueto*, *Sra. Coronado*, *Sres. Calvo Asensio* (D. Gonzalo), *Cañamque*, *Dacosta*, *Díaz* (José María), *Díaz Pérez*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Bovilla*, *Ecosuza*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabiá*, *Ferrer del Río*, *Fernández y González*, *Fernández Guerra*, *Fernández de los Ríos*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figueras* (Augusto Suarez de), *García Gutiérrez*, *Gavangos*, *Galeote de Moína* (D. Javier), *Grasilla*, *Giménez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güell* y *Renté*, *Güelivanzu*, *Guerrero*, *Incensga*, *Hartzenschuch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasaia*, *Lezama*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Laurent*, *Macanaz*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañé* y *Flaquer*, *Medina* (D. Tristan), *Mereio*, *Montesinos*, *Molins*, (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Olavarría y Huarte*, *Orgás*, *Ortiz de Pinedo*, *Olózaga*, *Paicío*, *Pasaron y Lastra*, *Pascual* (D. Agustín), *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Ríos y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodríguez y Muñoz*, *Rodríguez* (G.), *Rosa* y *González*, *Ros de Olano*, *Rosell*, *Ruiz Aguilera*, *Sacaramina*, *Sanz Pérez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Saimeron*, *Sanromá*, *Selgas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tabino*, *Ulloa*, *Valera*, *Velaz de Medrano*, *Vega* (Ventura de la), *Vidal*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Julio de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hce.—*La Radiofonia*, por don José Rodríguez Mourelo.—*Los Historiadores antiguos*, por D. Eusebio Asquerino.—*Frases*, por don Alfredo de la Escosura.—*Los servidores de la Democracia: Saint Just: Cambon*, por D. Anatólio de la Forge.—*La Emigración en Baleares y Canarias*, por D. Nicolás Díaz y Pérez.—*Crónica científica*, por D. P. Ruiz Albistur.—*A mis hermanos de América*, por D. Héctor Florencio Varela.—*Campoamor*, por D. Plácido Langle.—*La oración de las locas*, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—*Folklore chileno*, por D. A. Machado y Alvarez.—*Anuncios*.

REVISTA GENERAL.

Dominándolo todo, el interior y el exterior, como amo celoso que a nadie cede en sus derechos a la pública espectación, apoderándose de todos los espíritus, inculcándose en todos los ánimos, amargando todas las alegrías, dando su nota fúnebre a todas las tristezas, el fantasma del cólera se dibuja como lúgubre amenaza, escrita con negros caracteres en el fondo indefinido de nuestro horizonte. Descuidada estaba Europa dedicando toda su actividad a las luchas intestinas que constituyen este gran misterio a que se da el nombre de existencia, cuando la electricidad surgió llevando en sus trémulas alas la palabra desgarradora. El fatal viajero que de cuando en cuando gusta en visitar nuestros campos y nuestras ciudades extendiendo por todas partes la desolación, asoma ahora en las fronteras y parece pronto a llamar a nuestras puertas y a pedir asiento a nuestros hogares. Enemigo terrible que no perdona, cuyo aliento es la enfermedad, cuya mirada da la muerte, cuyo beso envenenado apaga en el corazón la luz de la vida y en el cerebro la luz de la inteligencia, viene, y viene precedido del lastimoso clamoreo que a todas partes le precede; avanza entre cadáveres, con su jornada de hombre que camina como dirigido por una voluntad superior a la suya propia; apareció en Egipto, estableció su cuartel general en Damietta, donde causa más de cien víctimas diarias, amaga a Alejandría, Port-Said y el Cairo, y envuelto en las mercancías que de allí proceden, ó agarrado a los palos de los vapores que cruzan el canal, dispónese a venir a nuestras costas.

Al simple anuncio de esta calamidad, Europa toda se alarma; aunque sembrada de disgustos y contrariedades, tiene la vida no sé qué atractivos que hacen que el hombre la defienda, como si fuera este mundo el paraíso de sus deseos. Todas las naciones se aprestan para resistir al terrible

huésped, empleando contra él la única arma preventiva de que pueden echar mano: cerrarle las puertas por donde pudiera entrar. Los Consejos de sanidad se reúnen y adoptan disposiciones encaminadas a llevar el reposo a los aprensivos, y dar tranquilidad a los miedosos. Pero vanas serán todas estas precauciones, si no son observadas con el mismo rigor por todas las potencias poseídas de la gravedad del mal, y hay ante éstas alguna que coloca el interés mercantil por cima de todos los demás intereses, hasta por cima de la vida y la salud, y esta nación es Inglaterra, quizá la que con más elementos cuenta para combatir la plaga.

Las últimas noticias, aunque no en extremo alarmantes, no son tampoco muy tranquilizadoras. El cólera, contra lo que se creyó un momento, no es el cólera esporádico, sino el morbo asiático, que tan amargos recuerdos dejó entre nosotros aun no hace veinte años; lejos de estar localizado en Damietta, como algunos optimistas supusieron, se propaga a los puntos inmediatos; los calores propios de la estación, por otra parte, favorecen su propagación y hacen más temible su presencia en el canal. Pero no por eso debemos alarmarnos infundadamente, ni temblar como si ya le tuviéramos dentro de casa; también el año pasado pareció tentado a invadirnos, y sin embargo, contra todas las probabilidades, volvió sin visitarnos al punto del Asia en que habitualmente reside. No es bueno en ningún modo abandonarse a una excesiva confianza, pero tampoco alarmarse sin fundamento. Dejemos, pues, al molesto peregrino en la apartada tierra a que ha arribado; y puesto que ya, cumpliendo nuestro deber de cronistas, hemos hecho constar su aparición, vengamos ahora a examinar los hechos que de sí arroja la política de estos últimos días, que no son muchos ni entrañan verdadera importancia, pero que no por eso dejan de merecer la atención de nuestros lectores.

No parece sino que los mismos defensores del parlamentarismo, aquellos que todo se lo deben, y que en las Cámaras han conquistado honores y grandezas, han tomado a empeño el desacreditar el sistema parlamentario y presentarlo a la consideración del país como indigno de ser fórmula de Gobierno que rija y guie sus destinos. En los primeros días de la quincena tuvimos que soportar otra vergonzosa sesión parecida a otras, siempre de doloroso recuerdo, en que se llevan al santuario de las leyes cuestiones y miserias que debían mantenerse siempre muy apartadas de aquel sitio. Triste espectáculo, en efecto, el de un diputado ar-

guyendo contra un ministro de la corona y sacando a plaza historias de rencillas y razonamientos de odio, envueltos en especies que nada ilustran la discusión, antes bien la rebajan y arrastran por los suelos la dignidad de la Cámara popular; triste también el que ofrece ese ministro empleando para su defensa las mismas armas con que se le hiere, descendiendo al terreno personal a que nunca debe acudir, al menos, con el carácter que su posición le otorga; leyendo cartas particulares, y desautorizando a sus subordinados, culpando a unos de irrespetuosos, a otros de venales, a todos ellos de poco dignos a la consideración de las gentes desapasionadas é imparciales; y más triste aún el de esa Cámara rebosante de diputados, en que los escaños y las tribunas están llenas de gente que se apasiona, toma parte en la lucha, argumenta también con el aplauso de sus manos ó los siseos de su voz, y que parece gozarse en aquel combate tan poco propio de la solemnidad que debían revestir todas las discusiones de los señores diputados. Allí no figura el país para nada; las enemidades, los rencores, los odios que los combatientes se profesan, lo hacen todo; ellos, que en discusión particular desdeñarían el empleo de algunas armas que hieren manchando al herir el pecho que traspasan y la mano que las esgrime, se aprovechan ahora de todas, aun las más reprobadas, y las dirigen uno contra otro sin que el escándalo del combate deje oír los escrúpulos de la conciencia. En tales días el Parlamento pierde su seriedad que constituye su fuerza toda, y lo mismo las instituciones que representa como los hombres que las sostienen sufren una reducción considerable.

Gonzalez Fiori incisivo, sereno, marcó con fina severidad las contradicciones en que había incurrido el ministro de Gracia y Justicia en su defensa, y denunció abusos que no debían quedar sin correctivo; Romero Giron alterado, descompuesto, se defendió mal, dejó sin contestar las acusaciones de que había sido objeto, llegó hasta a provocar a su acusador: sus compañeros de Gabinete conservaron su actitud indiferente, como si no se tratase de uno de los suyos; la mayoría se mantuvo desde el principio hostil, como siempre que de Romero Giron se trata, como si éste no fuera ministro de la corona, y por lo tanto uno de sus jefes y representantes; no tuvo para él ni un murmullo de aprobación, ni una señal de asentimiento. Al terminar el inoportuno debate, muchos acudieron a felicitar al orador de la izquierda, pocos a felicitar al ministro: cuando la atmósfera caliginosa de la lucha se deshizo como niebla; cuando el aire libre descargó la cabeza pesada, y la reflexión, descon-

tando su parte á la pasion, dió cierta claridad á las ideas y modificó los juicios, es indudable que los verdaderos amantes del sistema representativo no aprobarian la conducta seguida en el debate por el ministro y por el orador. La Cámara debe ser algo que esté muy alto, para que no llegue á ella el lodo que levantan en el suelo las pequeñas miserias de la vida.

Aquella noche se habló en todos los círculos de la salida del ministro; pero esto hubiera alterado en todo ó parte el programa que se ha impuesto el Sr. Sagasta; hubiera quizá precipitado los acontecimientos por venir, y la dimision no se presentó. ¿Quizá el mismo supuesto dimitente no tuvo ni por un momento pensamientos de presentarla!

El famoso proyecto del Sr. Gamazo sobre supresion del impuesto de 10 por 100 en las tarifas de ferro-carriles, está proporcionando argumentos en el Senado á los enemigos del sistema parlamentario. Dias hace ya que se encuentra sobre la mesa de la alta Cámara esperando que sobre él recaiga la votacion favorable que para él exigen á una la opinion y la prensa, como órgano ésta de aquella y fiel reflejo de sus impresiones y, sin embargo, por más que el país aguarde con impaciencia esa reforma que con tanto aplauso acogió desde que tuvo noticia del proyecto; por más que el ministro haya hecho su aprobacion cuestion de honra y dignidad; por más que el Gabinete la tenga por suya y como tal la apoye y la presente, dos veces se ha puesto á votacion, y dos veces la votacion ha sido nula, porque entre votos favorables y adversos no reunía los suficientes para la aprobacion de una ley.

¿Qué significa eso? ¿Acaso la ley que se proyecta tiene en contra suya la opinion de los senadores? Nada de eso: los 122 votos que obtuvo el martes prueban bien á las claras que el día en que definitivamente se vote ha de obtener considerable mayoría. ¿Es quizá antipática á alguno de los partidos representados en la Cámara? Tampoco. Senadores de todas las procedencias, desde los conservadores á los republicanos la apoyan con sus votos. ¿Por ventura se opone á ella el Gobierno? No, porque en tal caso no formaría parte de él el señor ministro de Fomento. ¿Qué es, pues, lo que sucede? ¿Cómo un proyecto que presenta el Gabinete, que es recibido con plácemes por el país, que está ya sancionado por la opinion antes de estarlo por las Cortes, cómo encuentra tales dificultades para su aprobacion? Problemas son estos no comprensibles fácilmente y preguntas cuya contestacion pone en grave apuro al más hábil en materias de contestar.

Porque siempre cuesta trabajo la confesion de ciertos vicios sociales que minan lenta pero seguramente un organismo poderoso; basta que unos cuantos senadores, movidos por cualquier interés que no nos toca sacar á la vergüenza, pero que, á juzgar por los hechos, no es el del país, basta que unos pocos se ausenten al empezar una votacion ó se oculten en los pasillos ó dejen de asistir al palacio una tarde, á una sesion, para que las esperanzas del país y los deseos de los demás senadores queden burlados. En la aprobacion de las leyes debe tomar parte número determinado de votantes: esto sólo inutiliza los esfuerzos de la Cámara. Como en la votacion del martes se vió, 122 votos aprobaron el proyecto, 18 tuvieron la grandeza de alma de pronunciarse en contra de él—que grandeza de alma se necesita para, siendo hijo de la opinion, ponerse enfrente de ella en asunto de la índole de este que nos ocupa;—pues bien, la opinion de esos 18 prevalece contra la de aquellos 122. La lógica inflexible de los números no significa nada en estos casos; la ley de las mayorías queda sin aplicacion.

Esto acusa indudablemente deficiencia en el reglamento de la Cámara, porque un reglamento á cuyo amparo pueden hacerse tantos abusos es, á la fuerza, deficiente, y debe procurarse su reforma. Pero no porque gran parte de la culpa sea del reglamento vayamos á eximir de ella á esos obstruccionistas que en nada reparan para el logro de sus fines; que haciendo caso omiso de la gravedad que su carácter les impone convierten el palacio de la representacion nacional en teatro de recursos de mala ley, y sin conseguir el fin poco simpático que se proponen hacen que sus ligerezas redunden en desprestigio del sistema parlamentario.

En la discusion razonada, en la exposicion de argumentos que lleven la conviccion al ánimo y modifiquen ideas de antemano concebidas y opiniones fundadas de antemano, deben buscar los senadores defensa contra los proyectos de ley que crean perjudiciales para el Estado, pero no en un retraimiento que nada significa, puesto que no es completo. Si no quieren prestar su aprobacion á algunas leyes, refrenen á sus casas, devuelvan á sus electores la autoridad que de ellos recibieron, y dejen el puesto á otros, que si su opinion es la misma del país, el país volverá á elegirlos, protestando así contra los factores de esas leyes, pero en ningun modo hagan lo que ahora están haciendo, que redundan en descrédito de todos.

Y en esta serie de censuras de que la opinion abruma á los obstruccionistas, no faltan naturalmente las dirigidas al Gobierno, director é inspirador de la mayoría. ¿Qué hace el Sr. Sagasta que no la enseña sus deberes? ¿Dónde está esa mayoría que permite y tolera la comision de tales abusos, que dejan en tan desairada situacion al Gabinete? Contando, como cuenta el proyecto, con el apoyo

de las oposiciones, debió haberse votado hace ya mucho tiempo; y sin embargo, por la incuria del Sr. Sagasta el proyecto lleva ya muchos dias sobre la mesa de la Cámara, y el espectáculo nada edificante que dan los obstruccionistas se prolonga más de lo que el mismo decoro de la Cámara podría permitir.

Terminaremos lo referente á asuntos interiores de la quincena si anunciamos el debate político anunciado para mañana con gran pompa. Parece que por fin se decide la izquierda á pedir cuenta de sus promesas al señor Sagasta, y para ello presenta dos proposiciones de carácter constitucional; una autorizada por el señor Nieto y otra que firman los señores Moret y Sardoal. La primera es esencialmente política, pues tomando como punto de partida el art. 14 de la Constitucion de 1876, tiende á la ilegitimidad por medios ordinarios de los derechos individuales, con arreglo al sentido del Código de 1869. El derecho de asociacion y las manifestaciones referentes al culto ocupan como puede verse la mayor parte de los artículos. En cuanto á la proposicion de los señores Moret y Sardoal condensa en su articulado las aspiraciones del Círculo de la Union Mercantil y Liga de contribuyentes en materias de inviolabilidad de domicilio y autorizacion para procesar á los funcionarios públicos.

Muchos cálculos se hacen respecto á la actitud que adoptará el Gobierno sobre estas proposiciones; mientras unos dicen que las aceptará dando así una prueba de su acendrado liberalismo, creen otros que acudirá á fútiles pretextos para impedir su discusion ó á ciertas mañas que ya le dieron resultado en otro debate provocado tambien por la izquierda y del que todos los políticos esperaban mucho, por más que al fin y al cabo tuvieran que reconocer su error. Excépticos nosotros en cuanto á personalidades se refiere, aguardaremos á que el debate haya terminado para juzgarle. Esto no dá una gran idea de nuestra perspicacia, es verdad, pero nos pone al abrigo de ilusiones

livianas como el placer,

que dijo el poeta.

**

Poco ha cambiado, desde nuestra última Revista, la situacion de Francia y el Ton-Kin. La expedicion francesa sigue su curso natural, y aunque siempre amenazadoras, las complicaciones exteriores á que podia dar margen, no acaban de presentarse, como si los que han de promoverlas no se decidiesen á tomar la iniciativa. Grande es, sin duda, el disgusto de China, que ve así tenidas en poco su influencia y su autoridad sobre el vasto imperio annamita; pero el estado poco tranquilizador de sus asuntos interiores, la amenaza del Japon y la falta de apoyo franco y decidido que hasta ahora, y contra lo que en un principio pudo creerse, encuentra en Inglaterra, le mantienen en una actitud reservada, que lleva trazas de prolongarse durante todo el curso del conflicto. Así, pues, si de un momento á otro no surge alguna nueva dificultad que venga á precipitar los hechos, es probable que todo se reduzca á unas cuantas notas cambiadas entre los diplomáticos de ambos países, pero sin eco en los campos de batalla. Los últimos telegramas sobre el estado de las relaciones diplomáticas son de Shangai y los publica el Standard de Londres: el plenipotenciario chino ha desechado definitivamente las condiciones que le propuso el ministro de Francia, Mr. Tricou, acerca de la cuestion del Ton Kin, diciendo que apelase al comité de Negocios Extranjeros de Pekin, á lo cual contestó Mr. Tricou que, cualesquiera que fuesen los acuerdos del celeste imperio sobre el particular, Francia se reservaba su libertad de accion.

Otro asunto de más entidad sin duda para sus destinos ulteriores embarga actualmente toda la atencion de la República. El conde de Chambord, el Enrique V de los legitimistas franceses, está espirando. Hace diez dias que cayó enfermo no se sabe por qué causa: según unos padece una gastritis, según otros una afeccion al corazon, según otros un cáncer en el estómago. El hecho es que los médicos desesperan de su salvacion, que la ciencia parece pronta á declinar en manos de la Providencia la curacion del enfermo, y que legitimistas, orleanistas é imperialistas se ciernen sobre el lecho á cuya cabecera se sienta la muerte como cuervos que atrae la proximidad de un cadáver y se preparan á disputarse sus restos.

¿Qué saldrá de ese lecho? ¿Quién recogerá la herencia de ese trono más imaginario todavía que aquellas ínsulas que D. Quijote ofrecia con tanta profusion á su escudero en aquellos tiempos en que agonizaba la caballería andante en los tostados llanos de la Mancha? Allí están los príncipes de Orleans, allí está Doña Margarita, por allí ronda tambien el príncipe Napoleón, y todos mantienen fijos sus ojos y su pensamiento en el agonizante, como si su voluntad fuera la voluntad de la República, como si el que en toda su vida no ha conseguido restaurar ese trono pudiera con su muerte asentarle en el vacío y colocar sobre él á tal ó cual de los insignificantes candidatos: el mismo célebre D. Carlos, desengañado ya sin duda de nosotros, pretende ahora—que tal parece ser el destino del eterno pretendiente—pretende ahora, decimos, hacer la felicidad de los franceses, sin duda para que rojos de envidia veamos desde aquende el Pirineo las mañas que en el Gobierno

se dá y deploremos la oposicion que pusimos á su triunfo en la Península.

Suspensos están los ánimos en toda Francia y los monárquicos de todos matices andan preocupados con la enfermedad del conde de Chambord, deseando todos un desenlace, cualquiera que sea, que ponga en claro la situacion de cada uno. Y como el espíritu humano es tal que la obra de la ilusion es siempre mayor, mucho mayor que la obra de la realidad, ya unos y otros, adelantándose á los acontecimientos, empiezan á hacer augurios que, como es de suponer, son siempre fatales para el porvenir de la República. La República agoniza, la República muere, dicen los interesados en que muera, como si el conde de Chambord fuera su más firme sostén y apoyo; y partiendo de esta afirmacion naturalísima en su deseo, empiezan á hacer cálculos sobre quién será el sucesor de la República. Y para no desmentir su abolengo, para mantenerse siempre y presentarse siempre como enemigos de las leyes por todos acatadas, no hablan de un movimiento general de la opinion que lleve la Francia á manos de los pretendientes, sino de regimientos que se subleven, de generales que hagan traicion á las instituciones que juraron, de caracteres que se doblen, de políticos que se vendan; que no de otro modo aguardan y conciben su triunfo los que no lo esperan del único que realmente puede darle: el país. Estos augurios de desgracias llegaron á pasar la frontera y fueron lo que sólo son realmente: una jugada de bolsa. Los republicanos, en cambio, no se manifiestan alarmados por esas alharacas, como hombres que tienen la suficiente fe en sus ideas para juzgarlas en peligro porque tal ó cual pretendiente viva ó deje de vivir. Esta es la inmensa ventaja de la República: fundándose en ideas y no en personas, se tiene más derecho á la inmortalidad, porque las personas, todas podredumbre y miseria, caen pronto en el abismo, mientras las ideas purísimas viven siempre y brillan al igual del sol, dirigiendo los actos de los hombres.

HOE.

LA RADIOFONÍA.

(Continuacion.)

Siendo como es el elemento más indispensable que concurre á la produccion del hecho radiofónico, movimiento, y movimiento vibratorio enteramente subordinado á las leyes generales de la mecánica, y constituyendo por otra parte causa especial capaz de dotar á los cuerpos sólidos y gaseosos, de propiedad que antes no tenían, cuya propiedad se revela á su vez por movimiento vibratorio, si distinto en cuanto á la forma de la radiacion perfectamente idéntico á ella en su génesis, nada más lógico, nada más conforme con el modo actual de considerar los fenómenos naturales, que suponer á la radiofonia hecho análogo á todas las variaciones de movimiento vibratorio estudiadas con el nombre de fenómenos físicos.

Otra observacion, si cabe, más y mejor fundada en la consideracion de los hechos como elementos de la ciencia, apoya decididamente esta opinion. Basta hacerse cargo de lo que significa la propagacion del movimiento ondulatorio á través de medios distintos que por su naturaleza especial han de causar variaciones en la forma de la trayectoria y cambios en la velocidad del movimiento para notar que el fenómeno radiofónico se halla en este caso, y que por lo mismo debe considerarse como hecho perfectamente dentro de la ley generalísima que comprende todas las variaciones del movimiento vibratorio. Consideremos para ello la accion especial de cualquier radiacion sobre los cuerpos, sea por ejemplo un movimiento térmico, transmitido por cualquier foco de calor á través de un gas de densidad variable, hasta un cuerpo sólido, opaco ó de color oscuro, que como es sabido ofrece el mayor obstáculo posible á la trasmision ó paso de las ondas térmicas. Según las leyes admitidas actualmente, el paso de la radiacion térmica por cada elemento de la masa gaseosa ocasionará un trabajo proporcional á la relacion existente entre la densidad y la elasticidad de este medio, de donde se sigue que esta onda al propagarse lo hará con velocidades variables, formándose su trayectoria por una línea sinuosa, pues que la superficie de la onda, experimentando resistencias ha de aplastarse y como encogerse unas veces y otras alargarse, según el obstáculo que se le oponga sea más ó menos difícil de vencer; por tal trabajo en esta lucha del movimiento ondulatorio progresivo, que como tal puede considerarse la radiacion, pierde parte de su energía, y llega aminorada á la superficie sólida en la cual ha de producir y causar trabajos efectivos y variados.

Si fuese posible aplicar á los cuerpos sólidos que absorben radiaciones el procedimiento gráfico que se emplea para demostrar las modificaciones de una cuerda que vibra, veríase cómo la energía que llega al sólido en forma de radiacion, aumenta la velocidad de sus movimientos y modifica su direccion; notariase la manera cómo el aumento de vibracion interior corresponde á elevacion de temperatura, el mecanismo empleado para transformarse la vibracion absorbida, que, como tal, desaparece en energía potencial, en aptitud especial que al sólido puede dar propiedades que antes no tenía, y sería posible, en fin, percibir esa lucha de

un estado contra otro, de una parte, la radiación pretendiendo vencer los movimientos que el sólido tiene por sí; de otra, el cuerpo resistiendo al dominio y a la invasión del movimiento que lo solicita y rechazándolo y reflejándolo al exterior en cuanto puede. Es una lucha del movimiento vibratorio contra un medio, y una reacción del sólido contra el movimiento invasor; al fin la radiación es absorbida en su mayor parte y el cuerpo sólido se adapta a la influencia que de fuera vino.

En mi sentir, es la radiofonía fenómeno completamente análogo a éste y regido por las mismas leyes, porque, en último término, se trata tan sólo de modificar la propagación de un movimiento vibratorio, de producir alteraciones rítmicas en una serie de ondas que camina con velocidad determinada, por virtud de las cuales se modifica también la acción especial y la manera cómo debe actuar sobre los cuerpos dichos absorbentes.

Para mí, hacer intermitentes las radiaciones vale tanto como engendrar modificaciones de tal naturaleza en las ondas que las constituyen, que lo que antes podía ser ó era aumento de temperatura, aceleración del movimiento vibratorio interno y mayor suma de energía potencial, es ahora, en el fenómeno que estudiamos, sonido, vibración más grosera y menos sutil que aquellas otras que producen los colores, pero vibración al cabo, que del mismo modo se propaga y análogos efectos produce, como en las condiciones ordinarias ningún obstáculo de consideración se oponía a que las radiaciones se trasmitiesen por el medio ambiente y fuesen reflejadas ó absorbidas por los cuerpos, todo pasaba según las relaciones ya conocidas entre las sustancias calificadas de reflectoras ó de absorbentes, y las energías térmicas y luminosas que á ellas llegaban; mas desde el momento en que se modifica la manera de propagarse el movimiento vibratorio ó térmico; desde el instante en que la radiación se interrumpe muchas veces en corto período de tiempo, han de variar por necesidad sus condiciones de acción sobre los cuerpos de tal manera, que si suponemos cualquier sustancia dotada de gran poder absorbente para el calor, como los rayos de éste que á ella llegan se interrumpen con tanta frecuencia, se sucederán con igual rapidez enfriamientos momentáneos y elevaciones de temperatura rapidísimas, cuyos fenómenos sólo un instante duran, y como ellos á su vez son causa de dilataciones ó contracciones de la capa gaseosa adherente á la superficie que absorbe la radiación, producirá sonido, que aunque como ya se ha visto, difiere en cuanto á sus leyes de todos los sonidos estudiados hasta hoy, su génesis es la misma que la de todo movimiento vibratorio.

Creo estas razones fundamento suficiente para apoyar la opinión emitida aun aparte de la que pudiera invocarse tratando de la generalidad que reviste el fenómeno radiofónico, pues según ellas, nada se supone fuera de lo conocido ni se establecen hipótesis nuevas para explicar un hecho que cabe perfectamente en la teoría general del mecanismo de la energía. Por eso creo poder definir la radiofonía con toda precisión y claridad, ajustándome al primer principio enunciado, diciendo que es un elemento científico enteramente dentro de los principios actuales de la ciencia, á los cuales sirve de apoyo, fenómeno producido por alteraciones en la condición de propagación de radiaciones de cualquier especie, de donde resultan variaciones en su manera de actuar sobre cuerpos capaces de absorberlas, variaciones que para nosotros son sonidos.

CAPACIDAD DE LAS RADIACIONES PARA PRODUCIR SONIDOS.

Antes de elevarnos á la consideración de la radiofonía en toda su generalidad, es preciso tratar de las leyes que á este fenómeno se asignaron á fin de completar de esta manera el estudio del hecho radiofónico considerado como elemento científico.

Para ello conviene recordar primeramente que las leyes de que vamos á ocuparnos pueden dividirse en dos grupos, por cuanto unas pertenecen á la intensidad del sonido radiofónico y otras al tono de este mismo sonido, y es también muy de tenerse en cuenta que tales leyes sólo poseen carácter experimental, en cuanto producto de investigaciones empíricas, practicadas más con ánimo de ver qué clase y género de influencias hacen variar el sonido que las distintas radiaciones producen, que con objeto de llevar el fenómeno hasta una de esas categorías de órden puramente racional, símbolos que comprenden toda la ciencia de la naturaleza. Y son tanto más dignas de consideración y estudio crítico las leyes de la radiofonía, cuanto de ellas quiere deducirse por muchos, no sólo el mecanismo particular del fenómeno, sino su verdadera causa determinante, cosa ya de mayor entidad, que habrá de ser tratada con gran prudencia y que requiere análisis más elevado y completo de la cuestión que se estudia.

Entrando ya de lleno en el asunto trataremos de demostrar que las leyes experimentales de la radiofonía confirman plenamente la doctrina antes enunciada que pretendemos establecer en esa parte inductiva del estudio emprendido.

Determinase cualquier fenómeno por una ecuación en la cual están contenidas todas las relaciones conocidas entre los distintos elementos que á la producción del fenómeno concurren; según

esta regla el hecho de la radiofonía estará conocido desde el punto en que, vistas cuantas relaciones hay entre una radiación que se interrumpe y las modificaciones que experimenta el cuerpo que la recibe, y cómo y en qué medida ambos elementos influyen en el sonido producido, puede establecerse una ecuación en la cual se contengan todas estas relaciones y dependencias de elementos y efecto final. Al llegar al punto de formular la ecuación de cualquier fenómeno, realmente lo que se hace es formar un símbolo puramente racional, que abraza y contiene cuantas leyes y condiciones lo determinan, y de aquí que alcanzado esto y representado un hecho en ecuación puede descenderse, por inverso camino, hasta sus elementos más simples, y examinarlos con tanta minuciosidad cual si á ellos se aplicasen los más delicados procedimientos de experimentación. No se alcanzó tanto respecto del hecho de la radiofonía, es cierto, pero me complazco en consignar que en las afirmaciones á que Tyndall y Mercadier llegaron con sus experimentos, sobre no haber suposición alguna gratuita, ni hipótesis que pudiera calificarse de atrevida y mal fundada, hay toda la severidad precisa en trabajos de alta ciencia, y como promesa de graves é interesantes inducciones que habrán de modificar seguramente ciertos puntos de vista que actualmente corren por muy fijos, y casi, inmutables cuando se está en presencia de un fenómeno por vez primera observado, es muy difícil determinar relación alguna entre sus elementos; por eso, creo de gran mérito cuanto hicieron en este punto los dos sábios citados, trabajando aisladamente y acaso con objetos y para fines diversos.

Tratando el asunto de las leyes de la radiofonía, debe advertirse una primera cualidad de este fenómeno en lo referente al tono del sonido producido decimos que la altura del sonido percibido en el acto de incidir radiaciones intermitentes sobre placas delgadas de sólidos ó sobre gases, depende exclusivamente y se determina por la velocidad con que se interrumpen las radiaciones, lo cual significa que el tono de la nota dada por los receptores radiofónicos, ni de éstos depende principalmente, ni con la naturaleza ó especie de radiación se relaciona, al menos de un modo inmediato. Quizá parecerá extraño este hecho en el momento de no depender su manera especial de verificarse de aquello que puede llamarse sus elementos esenciales; pero es lo cierto, y siempre los experimentos lo demostraron, que para nada influyen en el fenómeno de la radiofonía en lo que puede relacionarse con la altura del sonido, ni la naturaleza de la radiación, ni la del receptor sólido ó gaseoso.

Pensando un poco acerca de cuanto va dicho y discutiendo sobre las leyes que se asignaron al fenómeno radiofónico, se induce perfectamente lo apuntado, y con gran claridad se explica que únicamente la velocidad de interrupción sea verdadera causa del tono de la nota emitida. Recuérdese primeramente, que interrumpir una radiación cualquiera vale tanto como disminuir la velocidad del movimiento vibratorio; de lo cual resulta que aquello que antes se manifestaba con fenómenos térmicos ó luminosos, sin perder jamás su carácter de oscilación, causa fenómenos sonoros correspondientes á oscilaciones más rápidas y de mayor longitud; admitiendo esto, resulta claramente explicado lo que se trata de probar, puesto que cuanto más lenta sea la interrupción de las radiaciones, menos perderán de su velocidad y más bajo será el sonido que emitan, mientras que si las intermitencias son muy rápidas, aunque en realidad se anule mayor número de ondas térmicas ó luminosas, producen ondas sonoras de menor amplitud, más cortas y más rápidas, y de aquí la elevación del tono del sonido radiofónico en relación con la velocidad del disco que interrumpe las radiaciones.

No viendo en la radiofonía otra cosa sino conversión ó transformación de movimiento vibratorio en otro de la misma forma, suerte de desdoblamiento de energías térmicas ó luminosas en efectos sonoros correspondientes á vibraciones más sutiles y más materiales, resulta el efecto perfectamente explicado, puesto que se halla en las mismas condiciones de cualquiera otro sonido. Sucede aquí exactamente igual á lo que pasa en las vibraciones de una cuerda. Queremos elevar el tono de la nota emitida, pues aumentamos la tensión ó disminuimos la longitud, lo cual equivale, ó á producir mayor número de vibraciones, ó á disminuir su amplitud. De igual manera, si se aumenta la velocidad de rotación del disco interruptor de las radiaciones, se hacen éstas más rápidas y se disminuye su amplitud, por donde resulta elevación del tono de la nota producida en la superficie del receptor sólido ó gaseoso.

Conviene insistir aún más acerca de la influencia de la velocidad de interrupción de las radiaciones, porque quizá sirva lo que ahora se añade á lo ya dicho para apoyar una teoría distinta de la establecida por Mercadier en lo que al mecanismo del fenómeno se refiere. Verdaderamente interrumpir una radiación vale tanto como descomponer un movimiento vibratorio en otros de mayor longitud de onda y menos rápidos, porque al modo que una cuerda contiene y puede producir, empleando medios adecuados, todos los sonidos graves y agudos, así el rayo de luz ó de calor puede producir series de movimientos unos más rápidos y otros más lentos, cada uno de los cuales se ma-

nifiesta para nosotros con caracteres distintos, que corresponden precisamente á la velocidad y amplitud del movimiento mismo. Al hacer intermitente la radiación no se engendra sonido por un efecto particular, por una propiedad especialísima que el movimiento ondulatorio, térmico ó luminoso tiene en sí, sino por la aptitud especial que posee de desdoblarse y descomponerse en vibraciones más rápidas, de modo análogo al que tiene la luz blanca de desdoblarse y descomponerse.

Esto, á mi ver, dá razón perfecta y terminante de la relación que existe entre el tono de la nota emitida por el receptor y la velocidad con que la radiación se interrumpe, porque sucediendo las cosas tal como pretendo probar que suceden, resultan que cuantas más veces en un tiempo determinado se haga intermitente el rayo luminoso ó calorífico, mayor será el número de las ondas sonoras engendradas; todo lo cual quiere decir que más bien que á los poderes absorbente y reflector de la lámina sólida ó del gas que sirve como receptor, acaso al movimiento mismo á la radiación hecha intermitente puede atribuirse con mayores y más fundadas razones, el sonido radiofónico que hasta ahora consentido menos dinamista, pudiera creerse propiedad de las sustancias muy absorbentes, carácter de un cuerpo, en cuanto por su constitución posee aptitud especial para apropiarse y como anular toda radiación.

Si un movimiento vibratorio que se propaga con velocidad determinada se interrumpe, claro es que la rapidez de su marcha se habrá disminuido, que las diferentes ondas habrán cambiado, si no de forma, de amplitud, y que todo aquello que era rápido, impalpable, casi inmaterial se convertirá por desdoblamiento, en oscilaciones más groseras, más materiales y de mayor amplitud y más lentas, de donde se deduce que las propiedades que á la primitiva velocidad y rapidez correspondían, se trasformarán en otras propias del nuevo movimiento engendrado; pero bien entendido que este movimiento más rápido, estaba contenido en la primitiva vibración que se propagaba, porque las vibraciones rápidas y los movimientos dotados de gran velocidad contienen y se forman de vibraciones de períodos distintos y de movimientos más lentos, al modo que un número elevado está constituido y en él se contienen otros números menores de cuya suma procede.

A ser las radiaciones movimientos simplicísimos, vibraciones sencillas por todo extremo, ondulaciones elementales é indescomponibles, no podría comprenderse en manera alguna que después de la intermitencia, perdieran sus propiedades térmicas ó luminosas y se convirtieran en sonido, puesto que ni su velocidad, ni sus demás condiciones podrían por nada variar; pero siendo como es la radiación verdadera integral, formada por la unión de infinitos elementos movimiento complejo por todo extremo, nada tiene de extraño que al hacerse intermitente y cambiar la velocidad de propagación se desdoble en algunos de los movimientos de cuya integración procede, como ciertos cuerpos de la química se desdoblán y descomponen en sus elementos al oponerse á su estado natural una causa modificante contraria á este mismo estado. Ahora bien: establecido esto, ¿puede dudarse de la causa que produce la relación entre la velocidad de intermitencia de las radiaciones y el tono del sonido que ellas emiten?

Evidentemente ha de admitirse como cosa perfectamente definida y que no dá lugar á la menor duda que el tono ó altura del sonido radiofónico es proporcional al número de intermitencias que la radiación experimenta en la unidad de tiempo, puesto que á la mayor velocidad de rotación del disco interruptor corresponde mayor número de vibraciones sonoras, engendradas, según ya se ha demostrado, por disminución de velocidad y desdoblamiento de los movimientos vibratorios térmicos y luminosos, en otros si de la misma forma, de distinta velocidad y diferente amplitud.

De lo dicho puede deducirse que, más que á vibración de los cuerpos receptores, pretende atribuirse la propiedad de producir sonidos á las radiaciones mismas, en cuanto se descomponen en movimientos más lentos, lo cual vale tanto como admitir que toda radiación consta de cuatro especies distintas de ondas ó grupos de movimientos vibratorios, á saber: ondas químicas colocadas en la porción ultra-violeta del espectro; ondas luminosas ó visibles que vienen enseguida, ondas térmicas que ocupan la porción infra-roja del espectro, y ondas sonoras que se encontrarían en la región oscura y más caliente y todavía después de ella. Aun cuando más adelante, al tratar de las causas de la radiofonía habré de ocuparme detenidamente del asunto, conviene indicar que esta opinión, enunciada sólo y únicamente como conjetura más ó menos justificada por los hechos, deriva, á mi ver, de dos caracteres muy importantes, de dos propiedades esenciales del sonido radiofónico, que son el que este sonido no proceda como todos los sonidos hasta el día estudiados, de vibración transversal de la placa receptora en conjunto, sino, al parecer, de acciones sobre su superficie, y que estando en razón directa el sonido producido con la propiedad absorbente de los receptores se exceptúen dos cuerpos—el vapor de iodo y el vapor de bromo—que siendo muy poco absorbentes producen sonidos intensos.

Debo advertir que la opinión emitida no consiste en atribuir exclusivamente á la radiación la propiedad particular de producir sonidos, porque

entonces no habría necesidad de receptores para percibirlos y no habría tampoco razón que explicara por qué el fenómeno de la radiofonía no se verifica en los líquidos; lo que significa esta opinión es que la aptitud, la potencialidad, pudiera decir, no está en el cuerpo sólido ó en el gas que sirve de receptor, está en la radiación, en cuanto energía, y se manifiesta por y en el cuerpo, en cuanto determinación de una actividad natural, lo cual vale tanto como filiar dentro de la teoría dinámica aquello que algunos quieren explicar apelando á atribuir modificaciones en supuestas trayectorias moleculares, choques atómicos y movimientos de elementos materiales archimicroscópicos, dentro de esferas infinitamente pequeñas. Apoya decididamente la opinión emitida, el hecho de no ser los sonidos radiofónicos producto de vibración transversal de la placa receptora como sucede en todas las manifestaciones acústicas, sino efecto de acciones sobre la superficie de los receptores.

En general, todo cuerpo separado de su posición primitiva no vuelve á ella sino después de haber oscilado alrededor de su primitivo lugar, cuyo efecto puede tomarse por manifestación externa y sensible de otro movimiento más interno y sutil, producido ó causado por transformación de energía sensible y de energía potencial, en movimiento vibratorio, y obsérvese que no es preciso, ni como condición esencial se requiere que todo el cuerpo se separe de su posición de equilibrio, pues basta solo que uno de sus elementos lo haga, para que á todos los demás se comuniquen el cambio en el acaecido, bien como la presión ejercida en cualquier punto de una masa fluida se trasmite, sin perder intensidad, en todas direcciones. Aun en la observación diaria puede verse que, para hacer vibrar una cuerda, basta herirla en solo un punto, y para que esta vibración se transmita á distancia es suficiente que los elementos del aire, en contacto inmediato con ella, recojan las oscilaciones, y á virtud de la energía que ellas les comunican vibren produciendo magníficas notas que por el espacio se difunden, semejantes al suave perfume que exhalan las flores.

Otro tanto sucede si el cuerpo que vibra tiene forma de placa, sea cualquiera su figura. Chladni, en sus incomparables trabajos en aquellos ingeniosísimos experimentos, con que determinó las figuras y leyes que llevan su nombre, no excita á las placas sino en un punto, rozándolas con un arco de violín, y sin embargo vibraban en conjunto, y sus vibraciones se hacían en sentido transversal; por eso cada placa, colocada en las mismas condiciones, producía sonidos siempre iguales en relación con su espesor y elasticidad, y cada una no daba más que una nota. En el fenómeno radiofónico nos hallamos en presencia de sonidos producidos, al parecer, por placas elásticas, cuyos sonidos pueden ser más graves ó más agudos para una misma placa receptora; y es más, no solamente una placa es apta para la producción de todos los acordes en todos los tonos posibles, sin que tan varios efectos dependan de otra cosa que de la velocidad del disco interruptor, sino que al propio tiempo ni la condición del timbre del sonido, ni la del tono del mismo tienen relación alguna con la longitud y espesor de las láminas receptoras, y solo la intensidad del espesor de ellas depende, en ciertos y determinados casos.

¿Ahora bien, si jamás las placas vibrando produjeron sonidos en estas condiciones, si los estudios de Chladni, lejos de haberse puesto en duda, se confirmaron muchas veces en multitud de otros experimentos, y si la vibración transversal es característica, fija é indispensable de todo movimiento sonoro, ¿cabe admitir en el caso presente, al tratarse del novísimo efecto de las radiaciones, que tal efecto haya de producirse por vibraciones de placas, cuando en las condiciones en que el fenómeno se verifica son incompatibles en absoluto con los modos de vibración de las láminas elásticas? ¿Puede acaso creerse que el receptor, en el fenómeno de la radiofonía, es quien causa el sonido, cuando este sonido, á no ser algunas veces en su intensidad, nada tiene que ver con las condiciones de aquel receptor? Si el sonido de las radiaciones se produjese *directamente y de modo casi exclusivo*, por vibración de los receptores, no tendría los caracteres que Mercadier y Tyndall en él determinaron á no dar por falsa y mal establecida la teoría de las vibraciones de las placas elásticas, hasta hoy por nadie puesta en duda, lo cual equivaldría á trastornar y hacer de nuevo todas las leyes de la acústica. No es esto negar ni la influencia esencial é indispensable de los receptores, ni menos suponer que el fenómeno radiofónico dependa de otra cosa distinta de la acción de las radiaciones sobre la superficie de aquéllos; mas no es posible admitir, pasando como buenas las leyes del sonido, que la radiofonía se produzca de modo enteramente distinto y por medios totalmente diversos de aquellos que producen los demás sonidos.

Singulares efectos serían entonces los efectos sonoros de la radiación, y extrañas causas produciría el fenómeno que estudiamos: una placa que no vibra transversalmente, y que, sin embargo, suena, un sonido engendrado por acción de vibraciones que se produce en un medio que no oscila, son contrastes tan notables como el de aquellos peñascos que crujen sin crujir, de que habla en su magnífica descripción de la luna el más sabio de nuestros matemáticos.

Y aún podría, en último caso, admitirse que no vibrando transversalmente y en conjunto pudiera una placa determinada producir sonido á condición de que tal efecto dependiese en alguna manera, de su naturaleza, ó de su particular estado de agregación; es decir, que con algun fundamento pudieran conciliarse las condiciones características del sonido radiofónico con la carencia de toda vibración transversal, si tal fenómeno no fuera general: pues entonces, al modo de lo que pasa con el selenio, el cuerpo que lo presentase formaría excepción á la regla general; mas precisamente una de las leyes de la Radiofonía dice que este hecho no depende ni de la naturaleza especial ni del particular estado de agregación de los receptores, lo cual significa que no puede admitirse relación alguna entre ellos y el sonido producido, en lo referente á modificar las leyes que rigen las vibraciones de las placas elásticas. Por otra parte, si á esto se agrega el carácter de generalidad que el hecho reviste, y que en ningún caso de los examinados hasta el día influyó para nada el receptor en el tono y timbre del sonido—en lo que se refiere á la naturaleza y agregación de las placas—no hay otro medio sino admitir que la potencialidad, que el poder y la aptitud para producir sonidos, está en la radiación misma por el acto de hacerse intermitente, siendo el receptor causa ocasional, mejor diría, medio en que esta potencia y esta aptitud se hacen actuales y determinan totalmente produciendo el sonido radiofónico, con caracteres que le hacen perfectamente incompatible con las vibraciones transversales de los receptores en conjunto.

Lejos de oponerse esta opinión á las leyes que con sus experimentos establecieron Mercadier y Tyndall, parécenos lógica consecuencia de su estudio y consideración. Visto el fenómeno de la radiofonía sin penetrar en su mecanismo, considerando al propio tiempo la relación que existe entre este hecho y la propiedad absorbente de los receptores, parece que á ellos debe atribuirse exclusivamente la producción de sonidos, porque como de la intermitencia de las radiaciones se siguen cambios en la absorción y emisión del receptor, de que son efecto variaciones de temperatura, y dilataciones y contracciones del aire retenido por la superficie absorbente, es fácil creer que no en el movimiento mismo como radiación propagado, sino en la superficie absorbente reside la aptitud y la facultad de producir sonidos; si así fuera, evidentemente la intensidad de ellos, por lo ménos, sería proporcional á la facultad absorbente de tal manera que, á más poder de absorción, correspondería sonido de todo de mayor intensidad. Fuerza es confesar que casi para todos los cuerpos estudiados sucede esto; pero hay dos excepciones tan notables, que no puede admitirse, de modo tan terminante y absoluto como se ha enunciado, la relación del poder absorbente con la facultad de producir sonidos; estas excepciones son los vapores de iodo y de bromo, que, si absorben mucha luz, dejan pasar, casi totalmente, las radiaciones caloríficas, las cuales, según demuestran los experimentos de Mercadier, son las más eficaces para la producción de sonidos.

Creo muy importante llamar la atención del lector acerca de la particularidad presentada por los vapores citados, porque ellos demuestran, no solo la opinión que queremos dejar sentada, sino también que los rayos luminosos poseen, como los caloríficos, la propiedad de producir sonidos, aptitud que, según los experimentos de Dufour, deben tener también los rayos químicos, si es que el sonido radiofónico resulta, en último análisis, de dilataciones y contracciones del medio en que el receptor se halla colocado, cuestiones que se examinan en otra parte con el detenimiento debido.

Á mi entender, todo lo expuesto respecto de las condiciones en que la radiofonía se produce y de las circunstancias especiales que concurren en la radiación intermitente al actuar sobre cuerpos capaces de absorberla, demuestra cumplidamente que debe únicamente atribuirse el fenómeno á disminución de velocidad de un movimiento vibratorio, á aptitud especial que la radiación adquiere en el momento de interrumpirse muchas veces en la unidad de tiempo. De esta manera, el disco interruptor se asemeja al prisma que descompone el rayo de luz blanca desdoblándolo en los colores del espectro, puesto que, en último término, su papel no es otro que dividir y desdoblar las radiaciones térmicas ó luminosas en otros movimientos si de la misma forma vibratoria de más corto período de onda y propagados con velocidad menor, ya que las radiaciones, en el acto de hacerse intermitentes pierden parte de su fuerza viva, desaparece mucho de la energía de que vienen animadas y solo de ellas se percibe el sonido que representa vibraciones más lentas, y por lo tanto, más materiales y tangibles.

EXÁMEN CRÍTICO DE LAS LEYES DE LA RADIOFONÍA, SIGNIFICADO DE LAS RELACIONES ENTRE EL SONIDO Y EL PODER ABSORBENTE DE LOS RECEPTORES.

Se hace preciso—si ha de alcanzarse aquel elevado punto de vista, desde el cual se puede contemplar y examinar en toda su generalidad el fenómeno radiofónico—ahondar más en el estudio del pormenor y del detalle, ir diferenciando todavía los hechos, penetrar en aquello que si al parecer es poco importante, puede tener valor inmenso en la concepción general del fenómeno, que es

objeto de nuestra atención, y puntualizar perfectamente aquellas leyes experimentales que determinamos como constantes siempre que cualquiera radiación interrumpida produce sonido. Este sonido, dijese al enunciar las leyes de la Radiofonía, depende principalmente de acción ejercida en la superficie del receptor, aunque nada intervengan en él, ni la naturaleza de éste ni su estado particular de agregación; lo cual indica, primeramente: que no deben intervenir para nada en el hecho las radiaciones químicas; y en segundo término, que el efecto de las radiaciones intermitentes es poco profundo, puesto que no pasa de la superficie de los receptores; por donde puede venir á parar en que la Radiofonía procede de levisimas modificaciones de movimiento, de alteraciones casi insensibles de las láminas ó de los gases receptores, en cuya afirmación puede apoyarse la doctrina expuesta, que consiste en atribuir la potencialidad ó aptitud para producir sonido á la misma radiación por el hecho de hacerse intermitente, quedando en tal caso relegada al lugar de causa ocasional la lámina receptora, que desempeñaría entonces papel semejante al del baño revelador en la fotografía.

Conviene á mi propósito advertir de nuevo que considero los receptores cosa indispensable para la percepción del sonido radiofónico, como es indispensable el líquido revelador para descubrir y conocer la imagen que la luz grabó sobre la placa fotográfica ó como es preciso que haya prisma que la descomponga, para conocer que la radiación solar está compuesta de radiaciones muy diversas. Según va dicho, basta atenuar la velocidad de cualquier movimiento vibratorio transmitido como radiación, es suficiente gastar algo de la fuerza viva, de la energía, que se propaga con formas de calor ó luz, para que adquiera la facultad de producir sonido, que es al fin la manifestación de otro movimiento vibratorio más lento, como basta dejar caer un cuerpo, para que manifieste el poder que adquiriera en el acto de ser elevado del suelo; pero al modo que son necesarias condiciones especiales que sólo residen en ciertos cuerpos, para que la potencialidad y la aptitud de movimiento determinado se manifieste, se precisa la lámina receptora ó el gas, para que en la radiación se revele el efecto de la intermitencia; pues á depender los sonidos radiofónicos, únicamente del receptor, y ser causados por él exclusivamente, algo debería influir su estado de agregación y su composición; porque tales condiciones influyen notablemente, según es bien sabido, en cada uno de los fenómenos particulares que en los cuerpos se verifican. Y para que no pueda alegarse, como razón ó argumento en contra de cuanto va dicho acerca del particular, me limitaré á consignar que otros hechos recientemente estudiados en el teléfono, parecen demostrar que el sonido no se produce por vibraciones de la placa, sino por verdaderos movimientos del iman interior, puesto que teléfonos sin placa producen sonido como los que la tienen.

Para llegar á la ley enunciada y admitirla como experimentalmente cierta, es necesario volver á los experimentos de Mercadier respecto de los sólidos y á los trabajos de Tyndall, en lo que á los gases se refiere. Examinando con algun detenimiento los experimentos del primero, pueden advertirse ciertas particularidades respecto de la influencia de los receptores en la producción de sonidos radiofónicos: por de pronto es de notar cierta diferencia entre los receptores transparentes y los opacos; dícese en cuanto á los primeros, que para nada influye su naturaleza á igualdad de espesor y superficie, en el tono y en el timbre de los sonidos, y lo propio sucede en los transparentes, aunque los cristallizadores se hayan tallado perpendicular ó paralelamente al eje del cristal, cosa que no puede fácilmente coordinar con las propiedades especiales que poseen las dos secciones vertical y transversal, practicadas en un prisma de cuarzo; por ejemplo, puesto que ya su acción polarizante es distinta, no se comprende, si reside en los receptores la propiedad especial ó aptitud de producir sonidos por acción de radiaciones intermitentes, que estos sonidos sean iguales cuando la acción de los misunos sobre otra fase de las radiaciones es tan distinta en las dos secciones de los cristales; y no vale alegar que solo las radiaciones de mayor longitud de onda producen únicamente el fenómeno radiofónico, porque los vapores de iodo y de bromo demuestran que algo intervienen las radiaciones luminosas; y aunque así no fuera, también el calor se polariza de distinta manera según haya sido tallado el cuerpo polarizante.

Por otra parte, ¿cómo explicar la distinta influencia del espesor de los receptores en la intensidad del sonido, según sean opacos ó transparentes? Si el estado de agrupación no influye para nada en el sonido radiofónico, ¿de qué manera conciliar que en los receptores opacos la intensidad del sonido se halle en razón inversa del espesor, mientras que para el vidrio es la misma desde un espesor de 0^m,0005 hasta 0^m,02? ¿Es acaso que la transparencia no depende de estados particulares de agregación? ¿O por ventura, en el cuerpo transparente, se distribuye con mayor regularidad la radiación interrumpida y nada pierde de su energía atravesando espesores muy distintos?

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Continuará.)

LOS HISTORIADORES ANTIGUOS.

La historia tal como la tratan los escritores de la antigüedad, es una obra de literatura y de moral, más que una obra de ciencia. Es decir, que no es una ciencia que subordina los hechos á sus leyes, una filosofía que se remonta á investigar las verdaderas causas que son la matriz que engendra los sucesos.

Y, sin embargo, los historiadores antiguos se proponían un fin muy elevado y muy serio. Instruir deleitando, es poner las enseñanzas de la política y de la moral en cuadros palpitantes de interés dramático, en los que la epopeya y la elocuencia ostentan su grandioso esplendor.

No percibían los resortes misteriosos y vitales de los acontecimientos, no sentían el peso de la fuerza de las cosas, y la fuerza de las ideas que impulsaban á los héroes, á los actores en la escena del mundo, sabios ó tiranos, á los grandes hombres, políticos ó artistas, filósofos ó conquistadores, obrando con toda la espontaneidad de su carácter, la expansión de sus sentimientos, el incentivo de sus pasiones y la manifestación de su genio personal.

El arte de escribir la historia debió nacer de la acumulación de coincidencias considerables, de la noción de una lengua disciplinada para todos los usos de la prosa, del conocimiento de los hombres y de la experiencia de los negocios públicos. Reclamaba además y sobre todo, la penetración del alma del historiador en el sentimiento íntimo de la realidad.

La ausencia de este sentimiento no podría ser compensada por la profundidad de las especulaciones filosóficas, porque los indios, raza de pensadores y de poetas, no conservan ninguna tradición regular y razonada que nos esclarezca sobre su pasado.

No podría ser reemplazado por el estudio de las ciencias exactas, porque el Egipto y la China, al parecer, no poseyeron más que anales y crónicas.

La gran ciudad de Babilonia, maravilla de la antigüedad, fundada por la grande Semíramis, poseyó en su gigantesca torre, un observatorio astronómico, y Epígenes, citado por Plinio, habla de varias observaciones hechas en el espacio de setecientos veinte años, que dejó impresas en la drillos, lo que demuestra una antigüedad muy atrasada, y Calísteno, filósofo de la comitiva de Alejandro, hace mención y dió cuenta á Aristóteles de observaciones que había encontrado en Babilonia que alcanzaban mil novecientos tres años, pero estos conocimientos eran muy imperfectos por faltarles el auxilio del telescopio.

Estas nociones astronómicas, y las de los Caldeos, muy exactas sin duda, no pudieron impedir á aquellos pueblos entrar en el dominio de la fábula y en las extravagancias y locuras de la astrología judiciaria.

A *delirationem incredibilem*, exclama Ciceron, hablando de ella, y Plinio la llama *fraudentissima artium*.

No es conveniente pretender conciliar el sentimiento de lo real con un espíritu un poco exclusivo, como el que reinó en la Judea, porque este espíritu, colocando fuera de su lugar la causalidad de los sucesos humanos, perturba su encadenamiento, por la intervención directa, perpétua de la voluntad divina.

Este sentimiento íntimo de lo real, no debe ser confundido con el espíritu llamado positivo, que fué el alma de las grandes empresas del comercio y de la industria de los fenicios, realizadas con un éxito tan prodigioso, pero no es cosa rara que este espíritu embarace en un impulso las aspiraciones más desinteresadas y más elevadas de la inteligencia humana; así por esta razón este pueblo ocupa un rango muy modesto en los anales literarios del mundo.

Manethon, que fué gran sacerdote y custodio de los Archivos de Egipto, que se hallaba instruido en la ciencia de los griegos, escribió su historia según expresa él mismo, fundada en las memorias que se conservaban en los archivos de los templos, en el reinado y con orden de Ptolomeo Philadelpho.

Herodoto nos refiere que Nechese emprendió la unión del Nilo con el mar Bermejo ó Rojo, haciendo un canal del uno al otro; pero habiendo perecido en la obra millares de hombres, la abandonó, porque consultado el oráculo, había respondido, que con el nuevo canal se abriría la puerta del Egipto á los bárbaros, que así llamaban aquellos naturales á los otros pueblos.

Pero otra empresa llevó á cabo el mismo rey, aún más extraordinaria. Ordenó embarcar en el mar Bermejo á unos marineros fenicios que tenía á su servicio, y enviándolos á descubrir las costas de Africa, la dieron felizmente la vuelta, y regresaron á Egipto al tercer año de su navegación, por el estrecho de Gibraltar. Esta expedición marítima en un tiempo en que no se conocía la aguja de marear, se realizó veintiun siglos antes que el portugués Vasco de Gama, con el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, siguiera el año de 1499 el mismo derrotero para ir á las Indias, que desde ellas habían traído los fenicios hasta el Mediterráneo.

No hay mejor escuela que la de la historia, que sea igualmente para los grandes y para los pequeños, para todos los estados y todas las condicio-

nes. Maestra de la vida, según la define Ciceron, y en ella, como dice Tácito, se ve impreso en las bellas acciones el sello de la inmortalidad que mueve á la juventud á imitarlas, y uno de perpetua infamia en los vicios, que causa horror á quien los lee. *Præscriptum munus Aunatum reor, ne virtutes fileantur, ut quæ pratis dictio, factioque ex posteritate, de infamia metus sic*, (lib. I, capítulo 65) Es finalmente la historia, un espejo en que se ve claramente lo que es el hombre, se refleja en su límpido cristal el mérito de unos y la hipocresía de otros, que con máscara de virtud y engañando á muchos, adquirieron estimación, riquezas, honores y empleos.

La historia enseña que no el esplendor de las dignidades ó del nacimiento, ni las reputaciones, ni las acciones que parecen las más lucidas, ni los talentos que se adquieren, ni las conquistas, ni las grandezas hacen al hombre verdaderamente grande, sino el tener un corazón magnánimo, como decía Séneca: *Cogita in te, præter animum nihil esse mirabile qui magnum est*. (Epist. 8.)

La historia nos va manifestando cómo y por qué medios se han visto en la cumbre de la grandeza á que ascendieron varios imperios, y los vicios y las causas que contribuyeron á la decadencia de los pueblos, en qué hacían consistir su verdadera felicidad y lo sólido de su gloria, y cuáles eran sus costumbres, sus leyes y su genio.

La historia antigua, escrita por un Herodoto, un Tácito, un Tito Livio y un Thucídides, tiene una nobleza, una belleza, una moralidad que nos admira.

Jenofonte no es un historiador tan severo y tan profundo como Tácito y como Tucídides: mezcla á cada instante la moral á la historia, la lección á la relación, hasta tal punto, que Quintiliano cree deber clasificarle entre los filósofos más bien que entre los historiadores.

Jenofonte fué tan gran filósofo como capitán: la famosa retirada de los diez mil griegos, que sostenían á Ciro, el joven, que intentó usurpar el trono á su hermano Artajerjes, rey de Persia, murió en la batalla de Cunaxa.

Muerto Ciro, Artajerjes quiso forzar á los griegos á que le entregasen sus armas, pero ellos se determinaron á morir primero que rendirlas, y se valió de la perfidia de Tissafernes, para que axistieran los jefes á una conferencia, y cuando llegaron á la tienda del Sátrapa, fueron presos Clearco, Menon, Prógenes, Agías, Sócrates, no el filósofo, y enviados á Artajerjes, éste mandó cortarles la cabeza.

Algunos ginetes persas recorrieron la campaña y mataron á los griegos que pudieron encontrar.

Los griegos, con la noticia de lo sucedido, quedaron en la mayor consternación, se encontraban quinientas ó seiscientos leguas lejos de su patria, cercados de un millon de enemigos, de grandes rios, y de naciones que no les dejarían libre el pasaje, sin guía, sin víveres, no pensaban ni aún en tomar alimento, ni descanso.

En este trance tan terrible, Jenofonte, que era un joven ateniense, pero valeroso y prudente, más de lo que convenia á su edad, hizo reunir un consejo de oficiales, y les hizo presente que no había tiempo que perder, que el valor y no el número decidía de la victoria, y siguiendo todos su dictámen, nombraron nuevos comandantes, entre ellos á Jenofonte.

Juntóse el ejército antes de amanecer, y Jenofonte para animar á los soldados, y no desfallecer por haber visto la traición de los persas, les recordó los gloriosos triunfos de Platea, y de Salamina, y para que la retirada fuese más pronta, y menos embarazosa, mandó que se deshiciesen de todo el bagaje inútil, y que solo conservasen lo precisamente necesario.

Todos conformes fueron sin perder tiempo á prender fuego á sus tiendas y á sus carros; los que tenían mucho bagaje partieron con los que no lo tenían, y las llamas consumieron lo demás.

Molestados por la persecución de las tropas enemigas, Timasion y Jenofonte, como los más mozos cubrían la retaguardia, y su pericia y su heroísmo salvó el ejército, que pasó el Tigris, el Eufrates en su nacimiento, con agua hasta la cintura.

Para apoderarse de los desfiladeros antes que los contrarios pudieran ocuparlos, partían de noche, á fin de llegar antes de rayar el día al pie de las montañas, y se veían obligados á desalojar á los naturales del país de algunas cumbres, con bastante riesgo y esfuerzo.

Seguían siempre el enemigo, algunos murieron á sus manos, rezagados en los caminos, en donde se quedaban sin lumbre y sin víveres, ó por haber perdido la vista, ó los dedos de los pies en el hielo y la nieve.

Caminaban por la nieve, alta de cinco á seis pies, y combatieron con los pueblos que ocupaban el paso de las montañas, hasta que los griegos después de tantas fatigas y dificultades, llegaron á la costa del mar, en frente de Bizancio.

El ejército continuó su marcha y se detuvo diez días en Cerasonta, en donde se pasó la revista general de las tropas, que ascendían á ocho mil seiscientos hombres, resto de los diez mil, poco más ó menos en todo, habiendo muerto los restantes en la retirada, de enfermedad, de cansancio, ó de sus heridas.

Jenofonte cuenta que el camino de ida y vuelta fué de 1.115 parasangas, ó leguas, que á la ida

caminaba el ejército, un día con otro, seis leguas, y cinco á la vuelta, y de doscientos quince días de marcha, y que el tiempo que gastó en ella el ejército, fué el de quince meses, contando los descansos.

Esta retirada de los diez mil griegos ha pasado siempre en la opinión de los doctos en la profesión militar, por un modelo perfecto en su especie, que no ha tenido igual. Artajerjes, dice Plutarco, deseaba acabar con ellos, aún con más pasión que deseó vencer al mismo Ciro y conservar sus Estados.

Sin embargo, estos diez mil griegos, superando tantos obstáculos, llegaron victoriosos á su patria.

Esta gloria inmortaliza el nombre de Jenofonte, tanto ó más que su historia.

Lo que dice Ciceron en su epístola primera á su hermano Quinto, de que Jenofonte compuso la historia de Ciro el Grande, no para que pudiera hacerse en lo sucesivo, si sólo para que sirviese de modelo de un Gobierno perfecto: *Cirus ille á Xenophonte, non ad historie fidem scriptus, sed ad effigiem justo imperii*, en nada puede disminuir la autoridad de este juicioso escritor, porque no se propuso solamente escribir la historia de Ciro, sino también la de enseñar á los príncipes el arte de reinar y de hacerse amar de sus vasallos, y para este efecto es muy posible que añadiese en la historia de su héroe algunos pensamientos y algunos discursos que lo engrandeciesen, pero la sustancia de los acontecimientos y acciones que refiere debe pasar por verdadera.

Ya se sabe que Jenofonte sirvió mucho tiempo á Ciro el menor, entre cuyas tropas había muchos señores persas, con quienes este historiador, que era muy curioso, conversaba sin duda continuamente para instruirse de los usos y costumbres de los persas, y sobre todo, de las del príncipe que fundó la monarquía; y que lo hizo así lo advierte él mismo en el principio de su Ciropedia, diciendo que, como la persona de Ciro le había parecido siempre digna de admiración, había tenido especial complacencia en informarse por menor de su nacimiento, de su genio y de su educación, para saber de qué modo y por qué medios había llegado á hacerse un príncipe tan grande y que nada escribe que no lo haya sabido.

Jenofonte hace un elogio muy notable de la agricultura, que pinta como la ocupación más digna del hombre y la más antigua, y conforme con la naturaleza, madre ó nodriza común de todos los estados y de todas las edades, fuente de la salud, robustez, abundancia, riquezas, maestra y escuela de la templanza, de la continencia y de todas las virtudes; del arado sacaron los romanos los grandes generales que hicieron temblar al mundo y que tanto honor dieron á su patria.

Se muestra, en efecto, filósofo en sus diversos tratados más ó menos históricos en este sentido, que él hace constantemente dirigir su relato á la enseñanza moral. Enseñar la virtud á todos, jefes y soldados, ciudadanos y ciudades, súbditos y príncipes, tal es el fin de Jenofonte al escribir la historia.

La Grecia ha dado vida á la historia, como á los diversos ramos de la literatura. Pero fué preciso que disminuyese la fiebre que durante siglos había elevado las facultades creadoras de la Grecia á las regiones etéreas de la poesía, fué preciso que la grandeza presente de la patria superara á los sueños más orgullosos de la imaginación.

Platon define el poeta y la poesía como verdadero teólogo; el poeta es un sér ligero, alado, que no toca á la tierra y debe todo á una comunicación con un sér celeste. Su canto no tiene nada de común con los pensamientos y los sentimientos de los hombres, y los poetas que se suceden á través de las edades, forman entre ellos una cadena misteriosa, perfectamente aislada de las influencias terrestres, y cuyo primer anillo toca al cielo.

Aristóteles comprende de otra manera el origen de la poesía, y hace de Homero un poeta tan libre, tan personal como los poetas de las épocas posteriores, tales como Píndaro, Esquilo, Sófocles, genio crítico tanto como creador, teniendo conciencia de lo que él hace, poseyendo su arte tan completamente como Virgilio, ó tal poeta de las épocas de reflexión.

Lo que constituye la inmortal belleza de la historia en la antigüedad, no es solamente la lengua, el estilo, el arte de la composición; es el pensamiento, el espíritu que resalta en ella.

Siempre más ó menos épica y dramática, es una fuente inagotable de emoción y de placer, es la escuela de todas las grandes y fuertes virtudes, una enseñanza viva de heroísmo y de patriotismo.

Se ve á un vasto imperio poner en movimiento á todos los pueblos sujetos á su dominio, persas, medos, fenicios, babilonios, indios y otros muchos, venir á caer como un torrente impetuoso sobre un pueblo reducido, estrecho y destituido de socorro, sobre Grecia, que sola resiste y aun disipa aquella tempestad.

Herodoto cuenta y explica los grandes sucesos que hacen la materia de su historia. El relato de las guerras médicas, es casi un poema que, no solo por su lenguaje recuerda á Homero, sino por el fondo de las cosas. Es el valor, la inteligencia, la heroica personalidad griega, que en esta lucha memorable ha vencido á la cobardía, la ineptitud, la molición de los persas.

La humillación de su poder, la rápida elevación de Atenas y de sus aliados, los jónios, el

triunfo de la democracia, eran hechos de un alcance inmenso que cambiaron la faz del mundo.

Herodoto mereció ser llamado el padre de la historia.

Habia este notado de que casi todos los países conocidos entonces de los griegos, y que él había visto con sus propios ojos, habían caído bajo el yugo de los persas; el poder de estos últimos, habiendo sido quebrantado á su vez por el heroísmo de sus compatriotas, él conoció que su patria era desde entonces el centro histórico del mundo, y que podía agrupar alrededor de la relación de la guerra más memorable, la descripción y la historia de todas las razas que, de cerca ó de lejos, la habían producido ó habían sido mezcladas.

Herodoto es un narrador sencillo y cándido, y piensa que ha bebido en las mejores fuentes todos los hechos, aun los más maravillosos que él refiere. Pero nos habla con el tono serio de un testigo colocado delante del tribunal de la posteridad, y compone su narración como un poeta que quiere ganar á sus jueces con el encanto de su estilo.

Su obra presenta el interés variado de una epopeya de numerosos episodios, al mismo tiempo que por la catástrofe final hace nacer algunas de las emociones que acompañan al drama.

Emplea poco razonamiento, y todavía menos crítica; pero las preocupaciones religiosas le impulsan á explicar la transformación de los imperios y la caída de los poderes por la intervención de un destino celoso, castigando los mortales, que se hacen perdonar su éxito por su piedad hacia los dioses, por una sabia moderación hacia sus semejantes.

Milciades, Leonidas, Aristides, Temístocles, Pausanias, son los actores que lo han concebido todo, preparado todo, ejecutado todo, con un puñado de héroes que se lanzaron sobre las muchedumbres del Oriente. Estos lo han salvado todo, como Jerjes, y sus generales lo han perdido todo.

Se reconoce en los jefes y en los soldados de las guerras médicas los hijos de los héroes de la *Iliada*. Es una historia, toda épica, una crónica mezclada de anécdotas, en que redoblan el efecto moral. Toda la filosofía de la historia de Herodoto se resume en dos palabras verdaderamente decisivas: «Es un combate de hombres libres contra esclavos.»

EUSEBIO ASQUERINO.

FRASES.

La indecisión es un sueño. Meditemos.

¿Y sobre qué? Mis ideas no serán bálsamo que cure las enfermedades del alma, ni rocío que caiga sobre flores, ni rayos de luz en el sereno cielo del arte, ni principios que resuelvan los problemas de la economía, de la lógica, de la política, del derecho canónico, de la ciencia pre-histórica y de la calotección, ni alegrías para los desgraciados, ni alimento para los pobres de espíritu...

¿Y qué?

Peró meditemos.

El alma humana no es dueña de sí misma, porque pertenece á todos. La caridad es la obra maestra del dolor. ¿Hay hombre que no sirva para nada, que no pueda ser útil, que no tenga lágrimas, ni corazón, ni presentimientos, ni sueños, ni pasiones, ni siquiera el instinto de las bestias? ¡No! Cuando el fuego divino, llámesele ideal, inspiración ó entusiasmo, arrebatara las almas y llena de lágrimas los ojos, el bien, la verdad y la justicia sustituyen al orgullo, al desaliento, al egoísmo, al ócio, al crimen, á la infamia y á la vergüenza. La verdadera felicidad rompe los lazos que la sujetaban al polvo y el pensamiento se levanta como una aurora cuya luz fuera la luz de Dios y el amor del género.

Caridad, tú no eres la violeta que se esconde, sino el árbol del desierto, que dice á las caravanas: Venid; aquí hay un oasis.

Pensador, tú no eres el cenobita que fija su mirada en un cráneo, piensa en Jerusalén y habla á las selvas vírgenes, sino el profeta que fija su mirada en los hombres, piensa en el infinito y habla con los déspotas, con los esclavos, con los pobres, con las prostitutas y con los ignorantes.

¡Poeta! ¡Sueña en tu alma, en el progreso, en la humanidad! ¡Llora, pero que tus lágrimas sean rayos de luz para las tinieblas y rocío para las flores!

En la sombra de la ignorancia y de la esclavitud hay astros apagados, gérmenes, polvo y corazonas doloridos. El que dé resplandor y movimiento á los astros y felicidad á los corazones; el que convierta los gérmenes en frutos y el polvo en espíritu, ¡bendito sea! Su vida es la vida de todos. ¡El género humano le pertenece!

El hombre ha sido creado para el hombre. ¡Adelante! «¡Luz... más luz!» El alma en la estupidez es un egoísmo ciego. Somos esclavos de todo, pero nuestra esclavitud es la gran obra de un pensamiento divino. ¡Adelante! La constancia es el progreso, el progreso es el ideal, el ideal es la verdad, la verdad es el bien y el bien es Dios.

El bien es la belleza; por eso vosotros, poetas, filósofos, pensadores, que sois la justicia, no podeis negar á nadie la sublime ternura de vuestro gé-

nio. Amais con los que aman, llorais con los que lloran, reís con los que ríen, y entraís en los talleres, en los hospitales, en los palacios, en los presidios y en los templos, con la frente descubierta, con lágrimas en los ojos, con la humildad en el corazón, diciendo á los que os desprecian y á los que estrechan vuestras manos: *Amaos los unos á los otros.*

Una gran obra de arte es un abismo animado por el amor. Sobre ese abismo flota una luz que se dilata por la sangre, por los nervios y por los huesos y se condensa en el alma. La luz del cielo de Italia es la luz de una obra maestra. Esa luz es el génio.

La bondad entra en la obra literaria como un rayo de sol en un santuario, y un ángel, antes perdido en las tinieblas, agita sobre nosotros sus alas resplandecientes y exclama con voz suavísima, misteriosa y profunda: ¡Esperad! ¡Aquí está Dios!

La democracia es la hija menor del progreso.

Al parecer, nada es más injusto ni más contradictorio, que nuestro destino... ¿Y qué? Sentid; no razonéis. Todo es obra de la locura. ¿Qué es la verdad en vuestros actos? Nada. Y sin embargo, en esa verdad bebe el poeta su inspiración y aprende el sabio su ciencia. ¡Ay de las obras de Dios si fuesen regidas por la lógica de los hombres!

El dolor es la ley del génio.

Un mar tempestuoso unas veces, tranquilo y fulgurante otras; mar sin límites, sin fronteras, lleno de escollos, de abismos, de perlas y de ruinas: así es el alma, océano que no conoce más que una tormenta, la duda, un horizonte, la libertad, y un cielo, la idea.

El capricho es un deseo de la fantasía que debe ser meditado por la razón.

El mal y la inocencia, es decir, el abismo y la luz: el abismo llama, guía, empuja, y su poder tiene la magestad de la sombra: la inocencia, que no sabe qué es noche, desaparece sonriendo en un vacío, y recibe el último beso de amor y siente su primer recuerdo.

El tirano es un poder inconsciente.

Una mañana de primavera; una tenebrosa noche de invierno; todas las estaciones; estrellas, nubes, relámpagos, auroras, crepúsculos, resplandores siniestros; valles perpetuamente sombríos y sombras cargadas de perfumes; montañas escondidas en las nieblas ó cubiertas de nieve, de chozas, de árboles, de arroyos y de flores; el sol sobre un abismo; los desiertos y los mares; la espuma y la ola; el movimiento y el reposo; las yerbas y los cedros; los montes de hielo y los volcanes; las ruinas; las praderas desiertas; los sepulcros; el rugido del león y el canto de las aves; la Basílica de San Pedro y el Coliseo; Italia y la Escandinavia; las barcas con sus velas agitadas por el viento y sus popas coronadas de flores; todo eso, confundido en un sueño, en un delirio, en un corazón, es la naturaleza.

Y la naturaleza, que es un problema, la inocencia, la dulzura, la desgracia, que es el alma pensando en lo infinito, los secretos del pensamiento humano, la confusa variedad de los hechos, siempre monótona, y las religiones alejándose de la duda, arma suprema de la razón, constituyen algunos de los innumerables misterios de la poesía, que se convierten en carne, huesos, nervios y pasiones para llorar con los que lloran y para sentir con todos; que alegran, conmueven, afigen, asombran y matan; que salen de la luz, de lo desconocido, para meditar sobre ruinas; que entran en la sombra y en el polvo para estrechar nuestras manos, y que dejan, como recuerdos de su destierro, más flores en la tierra y más luz en el horizonte, en el sepulcro y en las almas.

Dios existe; pero tan lejos está, que un error, ó por mejor decir, el hombre le niega, sin comprender que el espíritu humano es un abismo tan pequeño, que basta una palabra para convertirle en aurora.

Hay algo divino en el corazón de la mujer. Nada es más triste que su inocencia. El amor es su luz, su gracia, su misterio. Una mujer calumniada es un gran dolor. No hay alegría para la inocencia que descubre un abismo en la duda. Siempre hay sombras en el alma. En la de la mujer despreciada, maldecida; en la de la madre que conoce el amor por sus dolores no hay más que un deseo, que es una noche eterna. La alegría de la prostituta espanta. Esas mujeres que solo adivinan la virtud ofrecen un placer llorando. Parecen sombras que flotan en la estúpida felicidad de algunas almas. A fuerza de estrecharle entre sus brazos, Mesalina mata al placer y le olvida. ¡Tristes deseos!

La imaginación penetra en la realidad, la transforma, la idealiza, llega á lo más escondido y misterioso del destino, crea, se convierte en génio... entonces los bestias la llaman *la loca de la casa.*

A veces el corazón humano teme á sus propias dudas y se embriaga para parecer dormido.

El verdadero amor alumbrá los abismos con deseos extraños y llena los horizontes con formas de sueños, al través de las cuales se distingue una figura humana, cuya dulce y poética grandeza crea y agita en nuestro corazón alegrías humildes, prodigiosos entusiasmos y oscurísimas y misteriosas emociones.

La virtud entra en el espíritu humano por la puerta del egoísmo, es decir, por una puerta falsa.

El deseo es una antítesis. Obedece á la desesperación, al amor, á la esperanza, á la melancolía... Tan pronto se dilata en las soledades de los abismos como se convierte en ángel. Medita, cae, desaparece. Tiene, como el sol, resplandores propios; pero una lágrima basta para apagarle. Para él no hay límites, ni sombras, ni precipicios, ni alturas: su ansiedad parece un vertigo: es un sueño terrible, tan terrible, que el alma en él se siente pequeña. Entra en el polvo, en los corazones, en el horizonte y en el infinito, como un rayo de luz ó como una sombra de muerte. En algunos hombres el deseo es un huracán; en muchos cuerpos es hipo.

El pensamiento es esclavo de la meditación, la conciencia es la duda, el corazón es juguete del amor... La meditación, la duda, el amor: ¡qué tiranos! ¡Hay mano de bronce que tenga la fuerza de un sueño?

La poesía, que es la justicia, la democracia, la vida, la fuerza verdaderamente grande, dice al génio: ¡Guerra á las tinieblas!... Y Tácito se convierte en tirano de los Césares.

¡Cosa tris te! Aun la verdad es una duda.

Entre las grandes almas y la vida media una especie de nebuloso espacio en el que se transforman, oscilan y vagan todos los objetos, todos los sueños y todos los hombres. Ese espacio es el ideal. ¿Conoceis algo más misterioso y más solemne que la esperanza del génio? Es profunda, bondadosa y lúgubre. Los espíritus privilegiados, que constituyen la obra maestra de Dios, parecen grandiosas quimeras. Todo está en ellos: el reposo, la furia, el temer, los recuerdos monstruosos, la risa, la ternura, la inmensidad, lo infinitamente pequeño, lo extravagante, lo frívolo, las tinieblas, las olas, la libertad, la inacción, la angustia, la luz, las soledades y la calma. Tienen, como la ciencia, un más allá sagrado, abrumador, terrible. Hay en ellos una ansiedad profunda. ¿Por qué sienten, aprenden, se desesperan, ríen y lloran? ¿Dónde viven? ¿A quién aman? ¡Soledad, fatalidad, fiebre, misterio! Están con todos y fuera de todos. Su vida es su esclavitud. Existen; luego padecen.

Algunos hombres acaban por familiarizarse con el misterio. ¿A dónde vamos? A esta pregunta, la sombra solo sabe responder: ¿Qué eres?

El progreso, el amor, la mujer virtuosa, la luz, el dolor resignado, la sociedad sin conventos, sin ejércitos, sin prostitución, sin presidios, sin religiones, sin tiranos y sin nobles; el derecho, el porvenir, la esperanza de los oprimidos, la caridad de los que gozan, la fraternidad, el trabajo, el hogar de los vagabundos, el pan de los hambrientos, el honor, la clemencia: todo eso es la civilización, la libertad, la vida. ¡La felicidad sometida al hierro: eso es la esclavitud!

La virtud es fuerte cuando no se debilita bajo el peso de la calumnia.

La inspiración se dilata como la luz; para ella no hay soledades, ni límites, ni tierra estéril; difunde calor, inspira libertad, fecunda, llena, produce, se desborda, no tiene fondo, no se detiene, condensa el amor de todos en una llama, en un pensamiento, en un incendio... «*Polonio*. ¿Qué dice ese libro? *Hamlet*. Palabras, palabras, todo pa labras.»

El alma del poeta se manifiesta en el lenguaje, como la luna en un mar agitado.

La humanidad en un corazón; un misterio, un fantasma que anda, os encuentra y os saluda; el hastío con rostro humano, frente sombría y ojos cuya mirada produce lágrimas; la duda que pasa como un espectro y proyecta su sombra sobre el polvo y sobre los altares; una idea convertida en hombre por la meditación, que señala á un abismo y vuelve la espalda al Oriente, al porvenir, á la aurora; un génio que os brinda con la muerte; un

amór que destila sangre; un sueño que existe, respira, se alegra, piensa, llora y ríe; un esclavo que os acompaña y cuyos pasos resuenan en vuestro cerebro; el suicidio, el deber, la razón, la conciencia: sentid, soñad, adivinad todo eso, y conocereis á Werther. Werther existe.

¡Cosa admirable! Al lado de un pensamiento divino que se llama espíritu humano, un vacío, un capricho que nace de un sueño, una carcajada inmensa que nace de un capricho que se llama vida.

El águila toca la espuma del mar con sus alas; avanza sobre las nubes; penetra en el horizonte; detiene su vuelo sobre la ola, sobre la montaña, sobre el rayo; piérdese en las brumas; duerme entre flores, en las cavidades de las peñas y en los precipicios de los Alpes; despierta á los reptiles en sus grietas, á los monstruos del océano en sus escollos y á las fieras de los desiertos en sus grutas; agita sus alas sobre la choza del esquimal, sobre el palacio del tirano, sobre los templos, sobre las palmeras del oasis y sobre los torrentes, la sombra, las flores y las escarpaduras de los abismos; guarda sus nidos en los pliegues de los barrancos; asciende, y el rayo alumbraba su camino; baja, y los arroyos le ofrecen su frescura, las flores sus aromas y los valles sus rumores; es furiosa, violenta, indócil, mira y vé, lucha y vence, hasta que al fin remonta su vuelo y entra en el infinito. Y el infinito es tu trono, pensamiento.

El placer convertido en un cráneo: hé ahí la obra de la duda.

El alma que no siente la belleza piensa mal de sí misma.

El tirano sube al trono poniendo sus piés sobre un cadáver, y luego, á pretesto de que la libertad es un crimen y el derecho una locura, sujeta con argollas á las almas. ¿Qué importa? Los gigantes esclavos perdonarán á su señor. ¿Hay algo más libre que el desprecio del vencido?

El amor es la bondad de la desgracia.

La inteligencia del nécio es el deseo del orgullo.

La imaginación está en las grandes obras de arte como en sí misma, serena, pero enternecida, deslumbrada, pero libre.

Ser ingrato es ser estúpido por egoísmo y malvado por prudencia.

El dolor se parece á una soledad infinita; el pensamiento se pierde en ella y acaba por adorar á Dios.

Para los entendimientos estrechos la libertad es una virtud que ha pasado de moda.

La caridad no cabe en el hombre, porque no es hija del egoísmo.

Sentir lo bello, lo justo y lo grande, significa estar fuera del sentido común.

La poesía es como los árboles: tiene troncos para los reptiles y ramas para las águilas, frutos amargos y flores sin espinas, raíces escondidas en la tierra y hojas finísimas movidas por el viento, madera para el verdugo y laurel para el poeta, rocío y baba, nidos de ruiseñores y nidos de víboras, alimento para los asnos y guirnaldas para las vírgenes, rayos de luz que caen sobre las hojas agitadas, se multiplican en el ramaje y despiertan dulcemente á las aves dormidas... ¡Oh, naturaleza! Tu calma, tus tempestades, tu sencillez, tu exuberancia, tu fuerza, tus torrentes y tus insectos, ¿obedecen á un sueño?

¡Poesía! Tú, que escribes estas palabras: Libertad, Fraternidad, Progreso; que eres hija de Dios y redentora de los pueblos ignorantes, abandonados, vendidos, andrajosos; que en los templos eres la voz del Altísimo y la esperanza escondida en el fondo de los corazones inocentes; que haces la luz en la noche de las almas; que santificas el inmenso y oscuro dolor desconocido; que pasas como viento de tempestad sobre los tiranos, sobre las aristocracias, sobre las guerras, sobre las supersticiones, sobre los malos jueces y sobre el hombre; que penetras como un rayo de sol en el taller del obrero; que eres la humildad en la pobreza, en el abandono y en el frío; que cubres la desnudez de las vírgenes y desnudas ante el pueblo á las favoritas de los reyes; que eres fe y amor para las madres, luz para los cerebros y agua divina para las inteligencias que tienen sed; tú, que das al esclavo fuerzas para vivir, resignación, deseo de libertad y aspiraciones de ángel, ¡bendita seas! La poesía es el ideal de los grandes espíritus, porque significa trabajo, progreso, luz, libertad, abnegación, derecho, justicia, caridad, enseñanza,

honradéz. Por eso el alma del poeta es heroica. *Espartaco es un poeta*, dijo Royer-Collard. La poesía es el buen sentido de los pueblos, porque revela el porvenir; es la fórmula de la igualdad, porque tiene por uno de sus fines la supresión de las clases. En ella no cabe el odio de los pobres, ni el desprecio de los ricos, ni la esclavitud, ni el orgullo. *Amaos los unos á los otros*, dijo Jesús. Es la luz de los corazones, porque desea instruir. La ignorancia es el crimen. Los nécios, que siempre tienen la palabra en las Academias, en las Universidades, en los templos y en las reuniones públicas, dicen á los ignorantes y á los ciudadanos pacíficos ó miedosos, que los que aprenden á sentir en las grandes obras literarias, trastornan la paz de las conciencias, el orden público, la armonía de los pueblos... ¡Imbéciles!—Somos hombres justos, benévolos, pensadores, cultos, honrados, decía Tertuliano. Nos congregamos para orar, y os amamos porque sois nuestros hermanos. Somos dulces y pacíficos como los niños, y sólo queremos la concordia entre los hombres. Mas ¡oh romanos! si el Tiber se desborda ó el Nilo no se desborda, exclamais: *¡Los cristianos á los leones!*

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA.

SAINT-JUST.

I

Nada hay comparable al movimiento de heroísmo nacional que se apoderó de la Francia en 1793. Se trataba entonces de expulsar al extranjero del territorio y de defender la república, y de un extremo á otro del país se levantaron los ciudadanos en masa para responder al llamamiento de la patria en peligro. Los alistamientos voluntarios se contaban por millares, y los representantes de la nación, los convencionales, estuvieron á la altura de aquellas terribles circunstancias. No se contentaron con decretar la victoria, sino que la organizaron y la obtuvieron. Para llegar á este resultado, creyeron los patriotas de la Convención que había algo más que hacer que redactar simples proclamas. Designaron muchos de ellos para que se dirigieran á los ejércitos, ayudaran á los generales y dieran á todos el ejemplo del valor.

Dos de estos convencionales son particularmente célebres. Se llaman Le-Bas y Saint-Just.

II

En la época en que fueron enviados á los ejércitos del Este, tenían apenas veinticinco años de edad estos dos representantes del pueblo. Se ve que en aquellos tiempos heroicos, la célebre frase *¡plaza á los jóvenes!* no eran palabras vanas.

Saint-Just nació en 1768, en Decize, en el Nivernais, y fué educado en el colegio de los frailes del Oratorio, de Soissons. A la edad de diez y ocho años había escrito ya un poema en veinte cantos, titulado *Organte*, que era una pobre imitación de las poesías ligeras de Voltaire. Este comienzo no hacía presentir un austero legislador; pero no ha de olvidarse que la poesía de tocador era la enfermedad reinante en el siglo XVIII, y que nadie se libraba de ella. El mismo Robespierre, sacrificando á las Gracias, como se decía en aquellos tiempos, componía *Ramilletes á Cloris*. A pesar de la futilidad de aquellos ensayos literarios, era Saint-Just un espíritu severo y poderoso, un alma alta y dura. Se apasionó por la revolución francesa y por los que la defendían, y entre estos hombres, el que más le atraía era el ágrío y bilioso Robespierre. Saint-Just le escribió un día una carta ditirámica, en la que se halla textualmente esta frase: «Voy hácia vos, á quien no conozco, como á Dios, más que por maravillas.» Esto no es ya admiración, es devoción. El vanidoso abogado de Arras acogió á su joven discípulo y pensó inmediatamente en utilizarlo en su provecho, ayudándole á entrar en la Convención Nacional. Aquello fué una desgracia; Saint-Just, que tenía todas las cualidades del hombre de acción, no tenía ninguna de las del parlamentario: era áspero, susceptible, antipático é inclinado al rencor. Según la justísima expresión de Michelet, «tenía el alma rencorosa.» Pero colocado fuera de la Convención Nacional y de las intrigas parlamentarias, volvía prontamente á ser Saint-Just, á pesar de sus defectos, una naturaleza privilegiada, casi un grande hombre. Pronto lo notaron en el ejército del Este, en donde su presencia fué tan útil para la defensa nacional. El joven convencional estimuló el celo de los generales y la confianza de los soldados, y contribuyó con su arrojo personal á los triunfos militares.

Es maravilloso ver, durante la revolución, hombres como Le Bas, Carnot y Saint-Just, abandonar la tribuna por los campos de batalla, marchar siempre á vanguardia para apoderarse de las posiciones más amenazadas, y después de haberse portado como héroes, hablar como tribunos elocuentes.

Las proclamas de Le Bas y de Saint-Just á los soldados del ejército del Rhin y á la población alsaciana, son célebres. «Llegamos, decían á las tropas, y juramos, en nombre del ejército, que el enemigo será vencido...» Después, dirigiéndose á los extra-burgueses, escribía Saint-Just: «Si vuestro traje y vuestro lenguaje son alemanes, vuestros corazones son franceses.»

Para el joven delegado de la Convención no era bastante probar que era un verdadero tribuno y un valiente soldado. Se manifestó también un excelente administrador, y gracias á su actividad, á sus esfuerzos y á su inteligencia, reinó en todo el ejército el orden más completo. Por estos motivos dispensó la Convención á Saint-Just una verdadera ovación cuando reapareció en medio de ella, después de la victoria de Wissemburgo. Más hubiera valido para su gloria que el valiente diputado del Aisne no hubiera abandonado á sus compañeros de armas.

III

Hay que reconocer con sinceridad que el papel parlamentario de Saint-Just fué deplorable, comprometiéndose en todos los asuntos, que concluyeron por diezmar la Convención. Se le halla mezclado con los proscripores de la Gironda, con los acusadores del hebertismo, con los verdugos de Danton y de Camilo Desmoullins. Siempre era él quien pronunciaba la palabra de anatema ó de condena implacable. ¡Era tan joven! se ha dicho. ¡Singular excusa! Su misma juventud es para él una circunstancia agravante, porque no hay quien no represente á los jóvenes saturados de sentimientos generosos. La juventud altanera y seca, doctrinaria y acusadora, no es, á nuestros ojos, más que una deplorable anomalía. La hiel mancha todos los labios, y especialmente los labios de la juventud.

Saint-Just, convirtiéndose en el devoto de Robespierre y en el ejecutor de sus sentencias, presenta un triste espectáculo. La escuela jacobina reivindicaba á Saint-Just como uno de sus héroes: no se lo envidiamos. A estos héroes sanguinarios, frios proveedores de la guillotina, o pone la historia con justicia al ardiente y magnánimo Danton. Hé aquí el verdadero patriota revolucionario.

Sin embargo, es preciso reconocer imparcialmente que si Saint-Just fué implacable para los otros, no pidió jamás á nadie gracia para sí. En el momento de la derrota de los terroristas, el 9 de Termidor, se mostró Saint-Just ante la muerte como había sido ante el invasor. Preso y conducido al cadalso, subió su escalera con estóico orgullo. Si en aquel instante pudo parecerle cruel morir á los veintisiete años, debió en cambio pensar en todos aquellos á quienes había entregado al verdugo.

IV

Cuando se examina la vida de Saint-Just, cuando se busca cuál fué su pensamiento dominante, se descubre que fué su amor á la Francia y á la república. Pero la república de Saint-Just era mezquina, sectaria, farisaica; á ejemplo de Robespierre, se complacía en las camarillas. Tenía una capacidad real, pero también un orgullo mayor aun. Como todos los que carecen de imaginación, no sabía Saint-Just soportar la contradicción, y la burla ó el gracejo le irritaban y le hacían perder la serenidad. Jamás perdonó al pobre Camilo Desmoullins esta inocente broma: «Saint-Just cree que la salvación del mundo está unida á su persona, y lleva la cabeza como un Santo Sacramento.»

En política, recuerda este joven convencional los personajes que David ha colocado en sus clásicos cuadros. Tiene la nobleza en las actitudes, como también el énfasis de los griegos y de los romanos que el pincel del artista ha inmortalizado. La palabra de Saint-Just era grave, dogmática, pero fría y pretenciosa, faltándole la naturalidad. Si tomaba brillantemente su desquite en el ejército y ante el enemigo es porque en él era más grande el patriota que el político. Este elogio y esta crítica se aplican á casi todos los jacobinos. Su energía salvó la Francia de la invasión, pero su política de camarilla y de dominación comprometió la obra revolucionaria.

¿Es útil que se eucentren en la historia hombres semejantes? Lo dudo: pero lo que afirmo es que nuestro generoso país, amante de grandeza, de justicia y de libertad, está poco inclinado á hacerlos renacer.

CAMBON.

I

De todos los títulos políticos el más difícil de llevar, es ciertamente el de ministro de Hacienda en general, y muy en particular el de ministro de Hacienda de Francia en tiempo de la célebre Convención Nacional. ¡Cuánta responsabilidad en ambos casos, teniendo en la mano ó en las arcas del Tesoro los destinos de todo un país! Lo mismo es la responsabilidad inmensa, si se puede gastar á manos llenas el dinero que todo lo vivifica ó hallarse condenada á economías, que todo lo esterilizan. ¡Cuántos motivos de contento, de preocupaciones ó de angustias! Esta situación, grave siempre para todo ministro de Hacienda, se convierte en verdaderamente trágica, en un país que atraviesa una crisis industrial y agrícola, ó que se ve en lucha encarnizada con los peligros de una guerra. Por eso los grandes ministros de Hacienda son más raros que los grandes oradores ó que los grandes hombres de Estado. Por más que nadie puede decir que los hacendistas eminentes no son eminentes estadistas. Sully, iguala á Richelieu; Turgot, es tan grande como Danton.

La revolución francesa necesitaba un hacendista y lo encontró en la persona de Cambon, de quien puede decirse, sin exagerar, que reunió en

si, tal vez como nadie, un mérito real á una propiedad absoluta.

II.

Cambon había nacido en el Mediodía de Francia. Vió la luz primera en Montpellier en 1734, y fué educado por una familia de comerciantes. Entre éstos aprendió Cambon á ser ordenado y económico. Por eso cuando se acercaba la revolución francesa fué uno de los primeros á pronunciarse contra las dilapidaciones del Tesoro público que hacía la corte del rey.

¡Qué época más extraña la del reinado de Luis XVII! Cuanto más dinero tenían, más gastaban. La reina tenía dos caprichos que cuestan muy caros: el del juego, y el de enriquecer á sus amigos. Como era generosa por naturaleza, daba, y daba sin contar. Desgraciadamente, sus prodigalidades afectuosas pesaban sobre el país, y el país estaba sumamente pobre. Los gastos que Francia había hecho para socorrer á *insurrectos* de América contribuían á la ruina del Tesoro. Por eso los Estados-Unidos, sin querer, y tal vez sin saberlo, precipitaron el acontecimiento de la gran revolución del 93.

En 1789 todo el mundo tenía un plan de Hacienda que ofrecer al Estado. Es una maravilla ver la facilidad con la cual se encuentran millones imaginarios, cuando las arcas del Estado están vacías. Entonces se inventa toda clase de expedientes extraordinarios y de impuestos extravagantes.

Mirabeau y el obispo de Talleyrand, Perigord, propusieron como medio de salvación la venta de los bienes del clero. Cambon puso en práctica el pensamiento de Talleyrand y de Mirabeau; pero fué inventando el Gran libro de la Deuda pública. Creó también la igualdad financiera en el Estado. Desde el tiempo de Cambon desaparecieron en Francia los acreedores privilegiados.

De ese modo se hizo una revolución importantísima en materia de Hacienda. Gracias á Cambon, todos los ciudadanos fueron iguales ante las rentas públicas. No faltaba más que crear éstas.

III

También se debe á Cambon una medida muy discutida, apreciada de muy distintos modos, pero de todo punto necesaria: la creación del papel moneda. Estas cosas son muy fáciles de censurar hoy; pero en 1793-94, ¿qué otro recurso había en Francia para salir de apuros? La emisión de papel que hizo, arrojó á muchas gentes honradas, es verdad, pero salvó á la República. Sin el papel moneda los franceses no habrían podido tener posibilidad de hacer frente á los gastos cuantiosos que les imponía la coalición de los reyes; les habría sido imposible invadir los países enemigos de su República; gracias á Cambon, todo se pagó... provisionalmente.

Aquello fué lo que se llama una medida de salvación pública, una medida que no tiene excusa en tiempo normal, pero que era fatalmente necesaria en las circunstancias terribles por que Francia pasaba entonces.

Cuando legó la bancarrota, consecuencia lógica de aquella medida, la coalición extranjera estaba vencida, el territorio libertado y los ejércitos franceses victoriosos en el Norte y el Mediodía. Claro está, que esto no era precisamente una compensación cumplida para los tenedores de papel, pero indudablemente, si eran buenos patriotas, podían decidirse para consolarse un tanto: que si tenían poco dinero, Francia en cambio era riquísima de gloria.

Cambon pasó por todas las pericias de la revolución francesa, respetado por todos los partidos. De él nadie decía: «es girondino ó jacobino,» sino que todos exclamaban: «es un grande hombre.» Elogio gratísimo para todo el mundo, pero muy especialmente para un ministro de Hacienda.

IV

Cambon salió del ministerio tan pobre como había entrado; al retiro que voluntariamente se impuso despues del 18 Brumario, no llevó consigo más que la estimación de sus conciudadanos y algun papel moneda. Desde el punto de vista de la moral, esto era mucho, pero desde el punto de vista material, aquel papel-moneda le servía de muy poco sin duda. Cambon, de economista se convirtió en agricultor, y mientras duró el imperio vivió ocupado en cultivar la tierra.

Cuando en 1814 se produjo la primera invasión á que diera motivo Bonaparte, el antiguo patriota abandonó los útiles de labranza y acudió á la defensa del territorio. A la vuelta de los Borbones, Cambon fué desterrado como regicida; emigró á Bélgica y él, que tanto había amado á su patria, murió en Bruselas, lejos de los suyos y de su Francia querida, en 1820.

La interesante fisonomía de Cambon, que digan lo que quieran, es de las más salientes de la Revolución francesa, ha permanecido largo tiempo entre las sombras del olvido. Se han glorificado á muchos hombres de la Revolución, que no valían lo que el hacendista de Montpellier. Por fortuna un hombre de mérito ha protestado contra esta injusticia. Este hombre es Augusto Comte, uno de los más grandes filósofos de la humanidad. Según Comte y los positivistas, Cambon fué con Danton, el agente más útil á la Revolución francesa. M. Laffite, el sucesor de Augusto Comte, va más

allá, pues dice de Cambon: «Que fué el hombre de Estado de la Revolución.»

Semejantes testimonios valen más para una reputación, que las pasajeras aclamaciones de la muchedumbre.

ANATOLIO DE LA FORGE.

LA EMIGRACION EN BALEARES Y CANARIAS.

I

INDICACIONES PRELIMINARES.

Las provincias adyacentes y oceánicas (Baleares y Canarias), que en medio de la crisis actual ocupan entre las de la Península una situación relativamente próspera, cuentan, según el censo oficial de 1877, con una población, la primera, de 291.934 habitantes, y de 283.532 la segunda; esto es, casi dos terceras partes menos que la de Barcelona, la más poblada de España; una mitad que las de Valencia, Sevilla, Pontevedra, Oviedo, Málaga, Madrid, Lugo y Granada; tres veces mayor que la de Alava, la de menor población, y casi una doble que las de Soria, Segovia y Guipúzcoa, que figuran en un término medio entre todas las de la Península.

Nuestras islas del Mediterráneo, que forman la provincia de Baleares, están situadas á 150 kilómetros del puerto de Barcelona; y Mallorca, la mejor de ellas, cuenta con una población de 150.000 habitantes, mide una superficie de 80 kilómetros de largo por 65 de ancho, y tiene dos ciudades, 35 villas, 36 lugares y multitud de alquerías. Su terreno, aunque de difícil cultivo para cereales, produce exquisitos aceites, trufas y abundante vino. Su industria es escasa, y el comercio regular. Esta isla, juntamente con las de Menorca, Mahon, Ibiza, Formentera y algunos islotes adyacentes, forman la provincia marítima de Mallorca, conocida comunmente por el nombre de Baleares. En general el país es pobre, no dando lo bastante el suelo para las necesidades de sus habitantes, que tienen que ir á buscar al fondo de los mares el alimento que la tierra les niega en diferentes épocas del año.

Otra cosa es la provincia de Canarias. El Archipiélago canario, situado en el Océano Atlántico, lo forman siete islas pobladas y otras tantas deshabitadas, situadas á unos 82 kilómetros de la costa accidental de Africa. Miden estas islas, llamadas en tiempos de los griegos *Las Afortunadas*, una superficie de 7.272 kilómetros, con un suelo volcánico sembrado de montañas, algunas de ellas gigantescas, como el famoso *Pico de Teide*. Su clima es templado, y producen allí todos los distintos frutos de las diversas zonas del globo, desde el sabroso plátano hasta la excitante pimienta, desde el pintoresco granado hasta el codiciado melocotonero; pero los que gozan indudablemente de más aprecio, son sus excelentes vinos y, hasta poco há, su famosa cochinilla, hoy en decadencia por la competencia que le hacen los tintes minerales mayormente, y también por las adulteraciones con que se expendía en los mercados extranjeros. A pesar de tanta fecundidad en el suelo canario, sus habitantes apenas si pueden vivir del producto de la agricultura, y de continuo tienen que buscar en la pesca la compensación, hasta encontrar en los mares lo que les falta para el consumo de la vida.

Por estos antecedentes se comprenderá que nada de extraño tiene la creciente emigración que existe de los jóvenes de ambos sexos, en estas dos provincias marítimas, á las regiones de la Argelia y á las Américas mayormente.

Diversas causas influyen para sostener este mal, y las expondré levemente, extractando las contestaciones de las Autoridades y Corporaciones de aquellos países, dadas al interrogatorio por nosotros al país dirigido en averiguación de las causas de la emigración y medios para combatirla. Dividiré, pues, este *Dictámen* en dos grupos distintos, para conocer así mejor y por separado la situación de las Baleares y las de Canarias.

II

BALEARES.

Los habitantes de las islas de Mallorca é Ibiza no emigran por sistema, y solo en algunos años de sequía; cuando falta el trabajo del campo, se dirigen en corto número á la colonia del Argel, pudiéndose fijar el número de emigrantes en unos 500 al año, siendo varones en su mayor número, solteros dos terceras partes y mayores de veinticinco años.

De la isla de Menorca emigran por sistema. Según los datos que nos suministra el gobierno civil de aquella provincia, en 1878 emigraron 109 varones, 59 mujeres y 64 niños. En 1879 lo hicieron 12 hombres, 17 mujeres y 18 niños, que hacen un total de 279 emigrantes en dos años, esto es, 121 hombres, 76 mujeres y 82 niños, todos á las costas de Argel.

También emigran anualmente, aunque en muy corto número, algunos jóvenes que se dirigen á nuestras Antillas, á las Repúblicas del Sur y á los Estados-Unidos.

No existen otros documentos que den á conocer la emigración en las islas Baleares, fuera

del informe del gobierno de aquella provincia, que no puede ser más incompleto. No obstante, por los datos que he podido recoger en la prensa de la capital de Mallorca, que en estos días ha venido tratando de la emigración, y por otros documentos que he consultado, puedo fijar aquella en las siguientes proporciones:

En los años de 1878 á 1879, habían emigrado de aquellas islas:

De Mallorca.....	278 á la Argelia. 106 á la América del Sur. 84 á las Antillas.
Total.....	468
De Menorca.....	101 á la Argelia. 49 á la América del Sur. 17 á las Antillas.
Total.....	167

Lo que da un resultado de 635 emigrantes al año, número que me parece excesivo, tratándose de una provincia que sólo cuenta con una población de 291.934 habitantes. Y considerando épocas regulares, en estas islas, los años de 1878 á 79, porque la cosecha fué buena y se pescó abundantemente, puede asimismo decirse que la emigración no fué crecida, guardando proporción con los años normales, y así debo consignar que cada diez años emigran de la provincia de Baleares 6.250 isleños, y cada centuria lo hacen 62.500 habitantes.

Pero, ¿qué causas alimentan la emigración en tan alarmantes proporciones? Ni la Sociedad Económica Mallorquina, ni la Diputación provincial, ni la Junta de Agricultura lo han querido decir, y sólo el gobernador manifiesta que emigran aquellos isleños por falta de trabajo en la agricultura y por la poca retribución que tienen los jornaleros, no faltando quien lo hace, especialmente en Mahon, por eludir la responsabilidad de las quintas.

Sensible es de todo punto que las sequías suspendan todo el laboreo de la agricultura, porque esto trae el hambre al obrero, que necesariamente ha de correr á otras comarcas donde pueda salvar su existencia por los honrosos medios que le proporciona el trabajo; pero en un país como el nuestro, en que el propietario rural viene pagando un 30 y hasta un 40 por 100 de contribuciones, entre directas é indirectas, no se le puede pedir que suba los jornales, porque aún estando éstos al bajo precio que hoy se conocen, existían en España, al terminar el año 1878, hasta 358.523 propietarios que se les habían embargado sus fincas porque no habían podido pagar la contribución. Basta este solo dato para justificar el estado de crisis alarmante por que pasan los terratenientes, y la necesidad que se siente de rebajar los impuestos.

Pero ¿por qué no emigran los isleños á la Península? No se dirigen á ninguna otra provincia de España en busca de trabajo, porque saben que los brazos del campo no están mejor recompensados que en las Baleares; y así es que al emigrar á las costas de la Argelia, lo hacen porque allí existe una colonia numerosa de mallorquines, y porque encuentran allí más elementos de vida, ya dedicándose á la explotación de las tierras, ya tomando en arriendo grandes porciones de terreno, con lo que algunos han formado en poco tiempo un pequeño capital y con él han regresado á su patria para alarmar á los pobres labradores, que, estimulados de este modo, corren á extranjero suelo en busca de una fortuna soñada para la mayoría de los emigrantes.

Exigen, pues, un maduro estudio estas cuestiones que apunto bien á la ligera, para proponer los remedios que corten de raíz los males que trae al país la emigración; y por mi parte, consignaré aquí algunos de los que se me ocurren al fin indicado:

1.º El aumento de los jornales á los trabajadores del campo.

Bajando los impuestos que pesan sobre la agricultura, reduciendo los trasportes de nuestros ferro-carriles, y cuando desaparezcan los portazgos, montazgos y pontazgos, el propietario podrá pagar mejor al trabajador, los primeros productos abaratarán y la vida del pobre será más cómoda, y no tendrá que emigrar de su patria en busca de sustento.

2.º Mejorar las condiciones arancelarias favoreciendo al comercio de buena fé, á las industrias pobres y á los labradores mayormente.

Los impuestos arancelarios, es sabido que hoy tienen abatida la marina mercante, y con esta la pesquera también; y precisamente en las Baleares esto es de suma importancia, porque la marina mercante y la industria pesquera debían ser la fuente de la riqueza que levantase aquellas islas á un estado de prosperidad tal, que fuesen la envidia de propios y extraños.

III

CANARIAS.

En sentir de la Comisión permanente de la excelentísima Diputación provincial de Canarias, los habitantes de aquellas islas emigran sistemáticamente fuera del territorio español, prefiriendo á su patria los países de América, con especialidad el Sur, y muy principalmente Buenos-Aires, Venezuela, y en menor escala, en Méjico, Costa-Rica y

Brasil. La emigración representa el siguiente movimiento desde 1.º de Enero de 1878 á 30 de Octubre de 1880:

A Buenos-Aires 1.432 varones y 1.601 hembras; á Venezuela 223 varones y 160 hembras; á Méjico 8 varones y 5 hembras; á Costa-Rica 43 varones y 31 hembras, y al Brasil 33 varones y 43 hembras, cuyas cifras arrojan el siguiente resultado: 1.750 varones y 1.830 hembras, ó lo que es igual, 3.580 emigrantes en treinta y tres meses, suma enorme, desconsoladora, si tenemos en cuenta que las islas Canarias están pobladas por sólo 283.532 habitantes.

Es natural que otro número igual aumentase la emigración canaria, sin dejar en los puertos de aquellas islas noticia alguna de su partida; y de suponerlo así, la emigración en los treinta y tres meses antes referidos, sería de 7.000 habitantes. Confírmame esta suposición los datos que trae en su informe el gobernador civil de Canarias, datos que están por cierto en completa oposición á los suministrados por la Comisión permanente de la Excm. Diputación de aquella provincia.

Segun el gobernador, por costumbre y afición que han visto en sus antepasados, los habitantes de Canarias abandonan el Archipiélago para trasladarse á la América del Sur, hasta 2.800 individuos cada año, como sucedió en el de 1878, y en otros bastante ménos, pues desde esta época emigran solamente unos 400 al año, y sólo en las sequías, y durante otras calamidades, la emigración crece.

Desde primeros de 1878 á 31 de Octubre de 1880, han emigrado de las costas canarias 12.961 habitantes, de ellos 7.966 hombres y 4.995 mujeres. Estos datos no concuerdan con los dados por la Excm. Diputación, y es más de extrañar esta contradicción, cuando ésta reduce la emigración durante los mismos treinta y tres meses á que se refiere el gobernador de la provincia, á 3.500 habitantes; esto es, 9.461 menos que éste.

No existen datos oficiales ni extraoficiales á que pueda consultarse para esclarecer la verdad sobre punto tan importante, pues en los informes que suministran á esta Junta el cuerpo de ingenieros de montes del distrito forestal de Canarias, la Junta de agricultura, industria y comercio de aquellas islas y la liga de contribuyentes de la Orotava, no se dá un sólo dato en que poder fundar mi decisión, ya á favor de los presentados por la Excelentísima Diputación de Canarias, ya por los del gobernador. Haré, sin embargo, algunas consideraciones sobre unos y otros para conocer mejor el número de emigrantes.

Segun la Diputación de Canarias, emigran de aquellas islas en los años normales, 1.300 habitantes, ó lo que es igual, 13.000 cada década y 130.000 cada centuria. Admitidos estos datos como exactos, puede afirmarse que una mitad de la población de Canarias emigra cada 100 años, y esto será tan fatal para aquel país, como lo sería para la Península el que emigrasen de ella, cada 100 años, 9.000.000 de habitantes, que viene siendo una mitad casi de su población actual.

Pero de los datos dados á esta Junta por el gobernador de Canarias, se deducen otras consecuencias más lamentables para el porvenir de aquellas islas, en otros tiempos para ellas de más prosperidad, llamadas *Las Afortunadas*. En años de calamidad emigran unos 5.000 habitantes, y en los años normales lo hacen sólo 2.800. Pues fijándome para mis cálculos de la emigración en los años normales, y admitiendo como exactos estos datos que dá la primera autoridad de aquella provincia, resulta que cada década emigran de las islas Canarias 28.000 habitantes y 228.000 cada centuria; y contando aquella provincia con una población de 283.530 habitantes, puede muy bien sostenerse que cada 100 años la población de Canarias se reparte por las costas de la Argelia y por los países de la América del Sur.

¿Qué motiva esta enorme emigración? En primer término, el rápido aumento de población indígena, pues sobre su censo de 283.530 habitantes, ocurren mensualmente unos 300 ó más nacimientos; en segundo, las largas y repetidas sequías á que están sujetas Lanzarote y Fuerteventura, no existiendo montes y haciendo así estériles las siembras en más de treinta años, casi sin interrupción, arruinando á todos los pequeños propietarios, que después de vender en bajos precios sus propiedades á los grandes terratenientes, acuden á Tenerife en grandes grupos buscando trabajo que no encuentran, y teniendo que emigrar al fin á otros países donde puedan salvar la vida por el sustento que les proporciona el trabajo. Además, existe otra causa primordial para sostener en pie la emigración: la depreciación que tiene hoy en los mercados extranjeros la *cochinilla*, á cuyo cultivo esmerado se hallaban dedicados los mejores y más ilustrados labradores, y el mayor número de los terrenos de las islas.

Hace diez años, las Canarias eran riquísimas, gracias á las pingües ganancias que la agricultura y el comercio encontraban en este artículo de codiciado consumo, hoy despreciado, entre otras causas, por la competencia que le hacen los tintes minero-artificiales, particularmente las *anilinas*, y por la mala fé con que el comerciante ó los corredores mercantiles realizaban sus operaciones en el mercado extranjero.

Y si lo indicado no bastase para justificar la emigración de las Canarias, están aún sin mencionar, por mi parte otras causas que no merecen

por cierto el nombre de secundarias, cuales son la escasez de trabajo en la agricultura y en las industrias del país, el decaimiento de las pesquerías y la falta de obras públicas, esto es, de carreteras, puentes, muelles y trabajos de puertos, para facilitar transacciones al comercio y reducir los arrastres, abaratando los precios de las mercancías y haciendo así mejor la vida del pobre industrial y del pobre labrador, porque no hay precisión de atender sólo al labrador canario, si que también al industrial, y con preferencia á aquél, porque Canarias no es esencialmente agrícola. Asentada en un terreno volcánico, accidentado todo él por doradas cimas y hondos barrancos, apenas si de los 7.272 kilómetros cuadrados que mide la superficie total del Archipiélago, la mitad, 4.415, son susceptibles de buen ó mal cultivo, segun su mayor ó menor profundidad, siendo éste en absoluto hoy su único arbitrio para el sostenimiento de una población de 283.532 habitantes, ó sea 67 por kilómetro cuadrado, muy superior á la Francia y á muchas de las naciones más ricas é industriales del mundo. Tirne, pues, una gran necesidad Canarias de dar fomento á las industrias del país, para suplir con el beneficio de ellas los limitados productos de su agricultura.

Tales son, á mi entender, los principales móviles de la emigración.

IV

SUERTE DE LOS EMIGRANTES Á LA AMÉRICA.

Pero, ¿á dónde se dirige la corriente emigrante? ¿Viene á la Península? ¿Va á las Antillas? ¿Pasa á las costas argelinas? Ya lo he dicho anteriormente, y lo he probado con la elocuencia irrefutable de los números. Los emigrantes canarios se dirigen á América, en cuya parte Sur han formado una patriótica asociación, con el nombre de «Sociedad Canaria de Beneficencia y Protección Agrícola», cuyo principal objeto es librar de las garras de sórdidos especuladores á los pobres emigrantes, explotando su miseria y buena fé por medio de odiosas contrataciones. Principalmente en las Repúblicas del Río de la Plata, es donde se encuentran más isleños.

Pero, á la verdad, no todos los canarios emigran al Río de la Plata. Segun el informe del gobernador civil de Canarias á esta Junta, los canarios se dirigen con predilección á Cuba, donde, segun los datos que acompaña, y de que me hice cargo anteriormente para compararlos con los análogos, dados por la Excm. Diputación de aquella provincia, de los 12.961 emigrantes á que aquellos hacían referencia, 8.992 lo hicieron á Cuba, siendo 6.003 varones y 2.988 hembras; distribuyéndose los restantes en Puerto-Rico, Buenos-Aires, Venezuela, Méjico, Costa-Rica y Brasil. Se calcula que en Cuba existen 80.000 canarios emigrados, y otros 80.000 en el Norte, Sur y Centro-América; esto es, 160.000 emigrantes fuera de las islas; y como éstas cuentan una población de 283.532 habitantes, resulta que una mitad de este número abandonó su pátrio suelo por habitar en lejanos países, buscando una fortuna que pocos han podido ver realizada.

V

LA POBREZA DISMINUYE LA POBLACION.

Pero antes de proseguir, permítaseme disentir de la afirmación sentada por la Excm. Diputación y el gobernador de Canarias, cuando dicen que el canario emigra sistemáticamente; porque esto no puede ser cierto. Afirma esta negativa la Junta de agricultura, industria y comercio de aquella provincia, en su luminoso informe, cuando dice lo siguiente:

«Esencialmente emigradora esta provincia, más quizás que ninguna otra del territorio español, ve con dolor formarse frecuentes y numerosas expediciones para diferentes territorios á la América Central y del Sur, en cuyos mortíferos climas suele encontrar el emigrante la profunda fosa, como término de sus afanes y miserias, en vez del risueño porvenir que en ilusión persigue y que le arranca de los patrios lares.»

«Los bosques seculares de Honduras y el Brasil, con los miasmas deletéreos de su exuberante vegetación; la República Argentina y Venezuela, con sus frecuentes trastornos civiles, y finalmente, Cuba, son de preferencia los países á que los canarios dirigen sus anhelantes é inciertos pasos más bien que en busca del porvenir, del necesario sustento que en años calamitosos, como el presente (1881), les niega el suelo natal.»

«Se ve, pues, que los naturales de este Archipiélago, lejos de ser inclinados por sistema á la emigración, únicamente lo abandonan obligados por la pobreza, de que nunca en él se libran; por el hambre y la más espantosa miseria; pues es de advertir que el canario, como todos los hijos de las montañas, es idólatra de sus risueños valles, cuyos queridos ecos no pueden borrar de la memoria el tiempo ni la ausencia.»

Dice bien la Junta de Agricultura de Canarias: á la miseria, al hambre, mayormente, deben los hijos de aquellas islas el emigrar á lejanas tierras, en busca del pan que en su pátrio suelo les falta para el sustento.

Pero se me preguntará: ¿qué medios pueden y deben emplearse, para variar y contener la corriente de la emigración? Segun el jefe de ingenieros de montes en Canarias, el medio mejor para evitar la emigración, sería dar trabajo á las clases

necesitadas, y proteger la instalación y desarrollo de grandes industrias en aquel país, que reúne excelentes condiciones para ello. Es opinión admitida, que en Canarias no se pueden sostener industrias por las condiciones especiales del país; y sin embargo, está el Archipiélago tocando con la costa occidental del Africa, almacén enorme, fábrica vírgen de primeras materias, que compran hoy los extranjeros, para venderlos después los productos con ellos fabricados á altos precios; que si alguna materia hubiese de ser importada en las islas, nada pagaría á su entrada, por gozar Canarias del beneficio de puertos francos; que los jornales son allí más reducidos que en ninguna parte del mundo; que el combustible no está más caro que en los centros manufactureros que no sean productores de carbón de piedra; y, por último, que los productos fabricados tienen el comercio de América como punto de consumo, á donde irían en bandera nacional, y por tanto en condiciones de resistir y vencer toda competencia extranjera.

De aquí mi afirmación da la anteriormente de levantar la industria en Canarias, como medio más eficaz y sólido para que la agricultura y la industria pudieran impedir la emigración. Pero la excelentísima Diputación de aquella provincia no opina así; pues que, á su juicio, el planteamiento de una buena ley de colonias rurales; el establecimiento de Bancos agrícolas; el fomento de la industria pesquera; el impulsar las obras públicas, y con especialidad los muelles y las carreteras, sería un poderoso elemento para cortar la emigración, porque, á su entender, Canarias es esencialmente agrícola, más que marítima y aún pesquera.

El gobernador de aquella provincia va por un camino muy parecido al anterior, y opina que las obras públicas y el desarrollo del cultivo del tabaco bastarían á contener la emigración; pero el primer medio la contendría en parte, y el segundo es desgraciadamente una ilusión, porque no es posible el gran cultivo de los tabacales en Canarias, ni producirlo de excelente calidad sino á fuerza de costosas experiencias y de un progreso paulatino, que requiere el trascurso de muchos años.

Dos puntos me quedan por tratar en este asunto de la emigración. El de variar la corriente de la misma y el de impedir la totalmente.

Para lo primero diré que siempre es necesaria esta emigración, por el exceso de población en las islas, y debe hacerse converger la mayor parte, ya que no la totalidad, en la isla de Cuba. Para esto sería conveniente que el Gobierno, teniendo en cuenta las ventajas que podrían seguirse, y que indudablemente se seguirían, de aprovechar las morigeradas costumbres de los canarios y de sus inmejorables condiciones para los trabajos agrícolas, dictara una resolución, por la cual se concediera en propiedad á estos emigrantes, sin gravámen alguno, ciertos terrenos de aquella isla, subvencionándolos además con la cantidad necesaria para la compra de animales y aperos de labranza.

Para lo segundo no veo otro medio que el de fundar grandes industrias, aumentar las obras de los puertos, establecer grandes factorías de pesca y salazones de pescados, y mejorar simultáneamente las vías públicas y los cultivos agrarios.

Estos son los medios que mi patriotismo me sugiere proponer ante las necesidades presentes para el mejoramiento del país. Medítelos la Junta, y escogite de ellos, si no todos, los que crea más del caso aplicar en el momento actual, en que, por desgracia para Baleares y Canarias, las cosechas se han perdido, y coincidiendo esto con el mal año que se siente en los pueblos de la costa de Levante, y muy especialmente en los del centro de Murcia, toda la grande emigración española á Argel, contenida á consecuencia de los desgraciados sucesos del mes de Junio último, parece haberse renovado con grande intensidad.

Por otra parte, merece que se sepan las condiciones que distinguen, en punto á nacionalidad, á la población argelina; y á este propósito me he de permitir hacer algunas consideraciones sobre los datos más auténticos que sobre el particular existen; llamando antes la atención sobre ellos, por la gravedad que acusan, especialmente á nuestros gobernantes.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

LOS PROTOHELVETAS.—Con este título ha publicado M. Víctor Gross una monografía de los primeros colonos de las orillas de los lagos de Bienne y de Neuchatel. El doctor Gross posee una magnífica colección de restos prehistóricos, que pone generosamente á disposición de los sábios y de los viajeros. En 1876 publicó una Memoria sobre las investigaciones practicadas en los lagos de la Suiza occidental, pero desde aquella fecha se han hecho nuevos é importantes descubrimientos. Diversos trabajos, el establecimiento de canales, la rectificación del curso de ciertos ríos, la extraordinaria rebaja del nivel de los lagos, facilitaron las investigaciones en la Suiza occidental, especialmente en los lagos de Bienne, de More y de Neuchatel.

La exploración de los pueblos lacustres ha confirmado la división establecida por los arqueólogos del Norte: edad de piedra, edad de bronce, edad

de hierro. Hay estaciones helvéticas que pertenecen exclusivamente a una u otra de estas divisiones; las hay en que no se halla el menor vestigio de metal, y otras en las cuales el hierro usual se presenta sustituyendo a todo lo que le ha precedido.

Segun M. Desor, autor de infinitos e importantes trabajos geológicos, las estaciones lacustres no eran habitaciones permanentes: eran, por decirlo así, almacenes y cobertizos en los que se conservaban y se tenían a cubierto diversos productos. Los habitantes tenían sus moradas en las orillas.

«Esta opinion, dice M. Gross, no puede sostenerse. Por activas y perseverantes que hayan sido las investigaciones en tierra firme, aún están por descubrir los primeros vestigios de habitacion. En cambio, los légameos registrados en medio de los pilotes han dejado descubrir una multitud de objetos de uso comun.»

¿Cómo explicar la abundancia extraordinaria de productos cerámicos en muchos puntos? ¿Es quizás por la existencia de talleres de fabricacion, que un incendio devastó y cuyos productos cayeron al fondo del lago? Estas cuestiones y otras muchas más se presentan naturalmente en el estudio de las ciudades lacustres. En este estudio sigue M. Gross el orden cronológico, y comienza por la edad de piedra.

Este período ha durado ciertamente muchos siglos; las comunicaciones en Suiza eran difíciles, y no es de extrañar si las poblaciones lacustres, que cesaron de existir poco despues de la aparicion de los metales en los lagos de la Suiza oriental continuaron subsistiendo en la Suiza occidental durante la edad de bronce y aún al comenzar la edad de hierro.

M. Gross relaciona las estaciones de la edad de piedra con tres periodos diferentes; en el primer período coloca las estaciones más antiguas, en las que los productos de la industria humana no denotan aun más que el arte más imperfecto:

Las hachas de piedra son pequeñas, apenas pulimentadas y todas de mineral indígena; las hachas-martillos no aparecen más que en forma muy grosera, y las herramientas de cuerno ó de hueso están mal trabajadas.

No se nota ninguna huella de adorno ni en las armas, ni en las herramientas, ni en los productos de cerámica. La alfarería está modelada de una manera grosera, sin ayuda del torno naturalmente, y reviste formas que revelan la infancia del arte.

En el segundo período, al que pertenecen la mayor parte de las estaciones, se perfeccionan las armas y los útiles, las hachas de piedra están algunas veces perforadas para recibir un mango, y están bien trabajadas y pulimentadas. La alfarería indica rudimentos de adorno.

El tercer período marca la transición de la edad de piedra a la edad de bronce. Es la época del cobre, porque se hallan armas e instrumentos de cobre puro, y muy raramente de bronce; las hachas-martillos, que han llegado a ser las armas principales, están provistas de mangos de madera ó de cuerno, muy hábilmente trabajados; las vasijas tienen formas variadas, asas y dibujos hechos con arcilla blanda. No se ven ya hachas de piedra.

El cobre puro ha sido ciertamente empleado durante mucho tiempo, ántes de descubrirse que un poco de estaño daba una aleacion más fusible, más dura y más elástica. Esta edad del cobre está también marcada en Hungría, en Peschiera, en el lago de Garda, en Austria y en el Estado de Wisconsin, en América.

No se ha hallado aún vestigio alguno de las cabañas de la edad de piedra en Suiza; pero M. Frank, inspector de los bosques de Schussenried, en Wurtemberg, ha encontrado, al explotar la turba de un pantano, restos perfectamente conservados de estas moradas.

Esta cabaña, cuyo piso y una parte de las paredes subsisten aún, tiene la forma de un rectángulo de diez metros de largo por siete de ancho. Está dividida en dos habitaciones que se comunican por una galería formada por tres piés derechos en línea recta. La única puerta de entrada, de un metro de anchura, se abre por la parte de Mediodía, y conduce a un primer local de seis metros y medio de largo por cuatro de ancho; en un rincón se halla un conjunto de piedras que indudablemente debía hacer las veces de hogar.

Esta primera pieza era, sin duda, a la vez la cocina, la habitación ordinaria y quizás, durante la estación fría, el refugio del ganado durante la noche. La segunda pieza es más espaciosa y no tiene comunicación con el exterior; aparentemente era el local al que se retiraba la familia durante la noche. La terraza, sobre la cual estaban construidas estas chozas lacustres, comunicaba con la orilla por medio de un puente y con la superficie del agua por medio de escalas.

M. Gross describe sucesivamente los objetos pertenecientes a estas primeras habitaciones, todos ellos de piedra, de cuerno de ciervo, de madera ó de arcilla. Despues pasa a la edad de bronce; en ella no se trata ya de miserables cabañas, sino de verdaderas aldeas; hay ya vestigios de cierto lujo: el ámbar, el vidrio y aún el oro aparecen en los objetos de adorno, y el hierro se presenta aún, no como metal útil, sino como adorno.

Las habitaciones son verdaderas cabañas de madera, bastante complicadas, con vigas de formas diversas. Se hallan multitud de huellas de las industrias primitivas, crisoles, moldes y obje-

tos destinados a la fundición. Las armas están trabajadas cuidadosamente. Las hojas de espada tienen siempre la forma de una hoja de saúce y su longitud varía entre 45 y 60 centímetros.

La empuñadura presenta tipos diversos, y M. Gross ha dibujado curiosos ejemplares. Cita algunos que demuestran que hubo una transición lenta entre el hierro y el bronce, como hubo antes una entre el bronce y la piedra. Cuando apareció el hierro, se comenzó a hacer con el nuevo metal armas completamente análogas, como forma y como adornos, a las armas hechas de bronce.

Al lado de las espadas hallamos puñales, lanzas, javalinas, flechas, hachas, yunques, cuchillos, sierras, limas, leznas, agujas y anzuelos; vienen despues las piedras de afilar, los utensilios de fundición, los moldes de arcilla y de bronce, los crisoles y los lingotes de cobre, de estaño y de plomo. No hablaremos de los objetos de adorno, cuya variedad es extremada.

M. Gross termina su admirable obra con algunas consideraciones antropológicas, demostrando que la raza lacustre no estaba a un nivel muy inferior. En los cráneos que ha podido recoger se ve que la caja craneana es alargada y oval, con occipucio piramidal bien desarrollado. La pequeñez relativa de las armas y los útiles demuestran, sin embargo, que los hombres que habitaban las aldeas lacustres eran de corta estatura, y algunas osamentas que se han descubierto justifican este aserto.

LA NIEBLA SECA.—En la region del Este de Francia, y principalmente en los valles del Saona, del Ródano y del Meuse, se ha presentado un fenómeno meteorológico muy curioso. El jueves de la última semana, con tiempo tempestuoso, se formó repentinamente una niebla muy intensa en gran número de localidades. Esta niebla presentaba el aspecto lívido y plomizo de las nubes eléctricas y desprendía un fuerte olor sulfuroso.

En tésis general, es preciso, para que la niebla se manifieste, que el aire esté saturado de humedad; pero en el caso presente, apenas indicaba el higrómetro algunos indicios de vapor de agua en la atmósfera.

Aun cuando ya se conoce la teoría de la formación de las nieblas, no carece de interés el recordarla ahora en breves líneas.

La niebla difiere únicamente de la nube ordinaria en que se forma en las capas atmosféricas próximas a la tierra; una y otra están compuestas de vapor de agua en forma de estérulas huecas, análogas a las pompas de jabón. Las estérulas han sido estudiadas muy especialmente por Saussure, Krayeustein y Koenitz, que les han dado el nombre de vesículas ó vapor vesicular.

Cuando el aire está saturado de vapor de agua, de humedad, si la temperatura del suelo es ménos elevada que la de las capas atmosféricas próximas se precipita el vapor en forma de rocío. Si, por el contrario, el suelo húmedo está más caliente que el aire, el vapor de agua se eleva y se hace visible.

Todo el mundo ha podido observar con frecuencia este fenómeno en los valles húmedos, despues de ponerse el sol.

Pero el fenómeno que se presentó el jueves de la anterior semana, aun cuando ofrecía el mismo aspecto que las nieblas ordinarias, difería de éstas esencialmente. Era lo que se llama impropia mente una *niebla seca*.

La explicación de este fenómeno meteorológico no se ha definido aún bien.

Las nieblas secas que se han podido observar hasta ahora, se deben a erupciones volcánicas ó a la combustión de las turberas en extensos espacios, pero próximos a la region en que el fenómeno se ha producido no existen ni volcanes ni turberas.

Pudiera admitirse en rigor que esta niebla es llevada por los vientos a grandes distancias. Hace precisamente un siglo, en 1783, que invadió casi toda la Europa una niebla seca: estaba compuesta de humo más ó ménos mezclado con cenizas, y no contenía indicio alguno de vapor de agua. Coincidió con una fuerte erupción del Hecle, en Irlanda, y con extensos incendios de turberas en las llanuras próximas al Báltico.

El mismo caso se reprodujo, aún cuando en menores proporciones, en 1822 y en 1838.

En Lóndres la legendaria niebla del Támesis se forma en gran parte por el humo de las fábricas que envuelven la ciudad en una nube casi continua. En Bélgica la combustión de las turberas de la Frisia acarrea con mucha frecuencia nieblas secas; y finalmente, en el Canadá, el incendio bastante frecuente de los extensos bosques de aquella region produce igualmente nieblas muy opacas, que se designan allí con el nombre de *tinieblas* del Canadá.

Frecuentemente se han observado en Europa coincidiendo con los vientos del Mediodía, nieblas secas compuestas de arena muy fina, levantada en el gran desierto de Africa y trasladada a considerables distancias. Se han observado también nubes de pólen procedentes de los inmensos bosques de abetos del Norte de Europa y de América. En 1846 se cernió sobre Lion y sobre los valles del Saona y del Ródano, una niebla rojiza, debida a la presencia en la atmósfera de partículas muy ténues de arena de pólen vegetal y de animalculos. La cantidad de aquella mezcla que cayó sobre la ciudad, se calculó, por observadores serios, en más de 2.000 kilogramos.

PROGRESOS DE LA ÓPTICA.—La construcción de los enrejados metálicos destinados a los experimentos de difracción, es un problema práctico que presenta las mayores dificultades, y que raras veces ha sido resuelto de un modo completamente satisfactorio. Sin embargo, los construidos sobre vidrio en Francia por M. Brunner, y los grabados sobre metal de telescopios por M. Rutherford en Inglaterra, suministran espectros de difracción sumamente brillantes y de una pureza sin tacha. M. Rowland ha querido dar un paso más construyendo enrejados de gran superficie, a fin de aumentar su potencia óptica, esto es, poner en evidencia las rayas más finas del espectro.

Para esto era ante todo indispensable construir un tornillo de longitud proporcionada, cuyo peso fuese constante y no presentase ningun defecto periódico. Bajo la dirección del autor construyó M. Schneider una máquina de dividir que se ha considerado como una obra maestra. No ha sido posible encontrar en el tornillo un error de 1'4.000 de milímetro, y los trazos que se hacen con esta máquina pueden alcanzar una longitud de 17 centímetros y extenderse en un espacio de 25 centímetros. Así es que ha podido obtenerse enrejados que contenían 160.000 rayas en una extensión de 13'8 cm. Y se han llegado a trazar hasta 1.700 rayas por milímetro.

Hasta ahora los enrejados habían sido trabajados sobre superficies planas, de suerte que el estudio de los espectros exigía el empleo de un colimador y de un antejo. El autor ha tenido la ingeniosa idea de utilizar la superficie cóncava de un espejo metálico, obteniendo de este modo una gran simplificación; pues la difracción por reflexión dá directamente imágenes claras de la rendija luminosa, excluyendo el empleo de cualquiera otro sistema óptico. El espectroscopio queda reducido a una sola superficie reflectante, disposición sumamente ventajosa para algunas aplicaciones, como, por ejemplo, la fotografía de los espectros superpuestos, el estudio de los rayos infrarrojos y ultravioletados. Con este instrumento han podido descomponerse en el espectro solar sistema de rayas que habían permanecido hasta ahora indivisas resistiendo a los más poderosos espectros copios.

La formación de los focos en los enrejados cóncavos obedece a una ley que presenta gran sencillez en un caso particular que la práctica utiliza. Si sobre la recta que une los centros de figura y de curvatura del espejo, como diámetro, se traza una circunferencia, y en cualquier punto de ésta se coloca un origen luminoso, el foco conjugado de los rayos difractados se formará en otro punto de la misma circunferencia. Este foco no es en realidad un solo punto, sino una línea focal paralela a las rayas del enrejado y perpendicular al plano de la seccion principal del espejo, lo que no altera en nada la pureza de las zonas del espectro, apareciendo en él las rayas perfectamente delineadas.

De la enunciada se deduce un procedimiento mecánico muy sencillo para dar al foco una posición determinada: basta colocar la rendija luminosa, el enrejado y el ocular en los extremos de tres aliadas iguales, susceptibles de girar al rededor del centro de la circunferencia arriba indicada. Y aún es más cómodo fijar el enrejado y el ocular en los extremos de un diámetro y mover tan solamente la línea luminosa para dirigir sucesivamente todos los rayos refractados al ocular. El espectro se proyecta entonces en un plano perpendicular al eje del ocular; si se coloca en él un micrómetro, el valor de las divisiones en longitud de onda es independiente de la posición de la rendija, es simplemente proporcional al número de órden de espectro, y puede determinarse una vez para todas. El espectro observado es normal.

El micrómetro puede ser reemplazado por una placa fotográfica ó por cualquier otro aparato de observación. El procedimiento descrito presenta sobre todo ventajas, cuando se quiere estudiar las propiedades de las radiaciones invisibles infra-rojas ó ultra-violadas. Como foco es el mismo para todas las longitudes de onda, los espectros superpuestos podrán reproducirse a un tiempo por la fotografía dando inmediatamente la relación entre la longitud de onda.

Para ciertas aplicaciones como, por ejemplo, la observación de las protuberancias solares, es un obstáculo la formación de las imágenes por la reunión de líneas focales; pero la aplicación genuina de los enrejados cóncavos es la de servir para formar un plano exacto del espectro normal, subdividir los grupos de rayas, comparar las longitudes de ondas, estudiar las radiaciones invisibles, y, finalmente, poner en manos de los físicos un espectroscopio poderoso reducido a la estructura más sencilla. A esta circunstancia se añade la de ser su coste moderado y al alcance de todos los físicos, en razón de ser todos perfectos, casi en el mismo grado los enrejados fabricados con la máquina empleada por M. Rowland. Sería de desear que el autor publicase las hermosas fotografías del espectro que con ellas ha obtenido.

OBSERVACIONES LUNARES.—A fines del mes pasado partió de Nueva-York el buque en que era conducido el telescopio monstruo construido en Boston con destino al observatorio de San Petersburgo.

Noches antes de la partida, reuniéronse varios distinguidos sábios en el lugar donde se hallaba

instalado el magnífico aparato óptico, é hicieron, valiéndose de él, las últimas observaciones lunares, no muy completas por desdicha á causa de hallarse bastante nublado el cielo.

Creiendo que será del gusto de nuestros lectores, traducimos algunos párrafos del curioso artículo que acerca del particular publicó al día siguiente *The World*, excelente diario neoyorkino.

El gran telescopio, montado sobre una sólida base de mampostería, de 27 pies (ingleses) de altura tiene 45 pies (ingleses) de longitud y 40 pulgadas de diámetro. A fin de seguir á los cuerpos celestes desde que pasan el meridiano hasta que traspone el horizonte, sube ó baja por medio de un mecanismo cuyos movimientos se rigen con matemática conformidad á los de la tierra. A medida que el astro declina, asciende la parte ocular del tubo con la plataforma de báscula destinada á los observadores, y de esta suerte se consigue tener siempre el planeta observado en el campo del objetivo.

En la noche á que nos referimos, luchaban los astrónomos americanos con dos graves inconvenientes; las nubes y la imperfecta instalación del telescopio, que montado con carácter provisional y tan solo para muestra, no podía funcionar tal como funcionará una vez colocado definitivamente en el observatorio ruso.

Subieron, sin embargo, á la plataforma, resueltos á aprovechar los claros.

En un momento en que se corrieron los nubarrones, apareció perfectamente clara en el ocular una gran parte de la superficie de la luna. La porción en que fijaron entonces las lentes ofrecía un aspecto tumultuosamente irregular, no de otra suerte que si se hubiese paralizado alguna horrible convulsión destinada á pulverizar nuestro constante satélite. En el centro, una inmensa cavidad, uno de cuyos lados exteriores y el interior del opuesto se hallaban por completo iluminados. Hacia el fondo descubriase un inmenso cono estriado, pudiendo calcularse en cincuenta millas la extensión total de la circunferencia. Nada más bello ni perfecto como tipo de cráter lunar en su mayor desarrollo. Alrededor, se abrían muchísimos otros, acaso cinco mil, en un espacio, poco más ó menos, de 20 000 millas cuadradas. ¡Grandioso espectáculo el que en la hora de su formidable crisis volcánica debió ofrecer la luna!

Los observadores no pudieron apreciar detalles, pues bien pronto atrajo su curiosidad un inesperado fenómeno. La línea perfectamente regular que hasta entonces había separado las partes bañadas por la luz de las sumidas en la sombra, se descomponía y cambiaba con irregularidad inconcebible. ¿Qué era aquello? ¿Qué cosas ú objetos brillaban en lo oscuro? ¿Tal vez se debía el fenómeno á seres animados que se ejercitaban en alguna industria desconocida?

Nada de eso: era que comenzaba el día en la luna. El sol subía gradualmente para ella, y poco á poco iban dilatándose desde las montañas hasta las planicies, sus dorados resplandores. Tal vez por medio de su poderoso auxilio, que duplicaba la fuerza del telescopio, iban á aparecer de manifiesto las ciudades, las fortificaciones y los campos cultivados, descritos con tan fantástico color y con tal riqueza de detalles por los astrónomos antiguos.

Pero nada apareció, por la sencilla razón de que na hay nada semejante en el misterioso satélite.

Tan solo vieron los ansiosos observadores una especie de ancha franja como de cien millas de largo y media de anchura, muy parecida á un gran canal ó á una magnífica carretera.

Mas no se trataba de cosa tal, sino de una profundísima cisura, abierta en la corteza sólida de un planeta muerto y por todas partes resquebrajado.

Las nubes volvieron á cubrir el campo del objetivo, y los sábios americanos se despidieron del gigantesco telescopio que á estas horas debe ya hallarse en el Observatorio moscovita, bajo la inteligente dirección del reputado doctor Struve.

VELOCIDAD DE LA LUZ.—El último número del Boletín de la Real sociedad belga de Geografía, ha publicado la primera parte de un precioso trabajo sobre *Cosmografía*, escrito por el general Liagre, secretario perpetuo de la Real Academia de Bélgica y presidente de la Sociedad.

Entre las cuestiones de que trata el autor, se encuentra la de la velocidad de la luz. Todo el mundo sabe que el elemento luminoso que partiendo del sol llega á herir nuestras pupilas no tarda más que ocho minutos trece segundos en recorrer un trayecto de 152 millones de kilómetros. Según este dato, se pueden apreciar distancias relativas desde cada uno de los planetas al sol. En efecto, si la luz emitida por el sol emplea para llegar á Mercurio, que es el planeta más próximo á la masa solar, un intervalo de tiempo de tres minutos, once segundos, no llega á Saturno hasta despues de haber transcurrido una hora, diez y ocho minutos y veinte segundos, á Urano sino al cabo de dos horas, treinta y siete minutos y cuarenta segundos, y á Neptuno, que es el planeta más lejano, hasta despues de cuatro horas, seis minutos y treinta segundos.

Pero esto no es nada en comparación de las distancias que nos separan de las estrellas, y que

determinan el tiempo empleado por la luz en recorrer tales distancias.

Por ejemplo, la luz que invierte ciento treinta y ocho años en llegar desde las últimas estrellas que se observan á la simple vista, emplea tres mil quinientos cuarenta y un años en franquear la distancia inmensa que nos separa de las últimas estrellas visibles con el telescopio de 20 pies de Herschel.

El incalculable espacio que nos separa de las estrellas, aun de las más próximas, ofrece á la imaginación humana nuevos horizontes, acerca de los cuales todo parece al principio oscuro y vago. Pero á medida que la inteligencia se recoge y reflexiona y compara, la vista del espíritu se aumenta poco á poco y llega á penetrar esas inmensas profundidades.

Una bala de cañon animada de una velocidad de 500 metros por segundo, llegaría en tres horas y media al centro de la tierra; en nueve años y ocho meses al centro del sol, y en trescientos setenta y cinco años á los límites conocidos de nuestro sistema planetario.

Este mismo proyectil con igual velocidad, emplearía 5.745 000 años en llegar al Cisne, y el ruido de la detonación no llegaría á la citada estrella sino tres millones de años despues de la llegada de la bala. Tales duraciones deberian ser más que triplicadas, tratándose de la estrella Polar.

Tan considerables son tales números, que es muy difícil tener idea exacta de las magnitudes que representan.

¿Qué sucedería si se tomara por término de comparación la mayor velocidad de transporte que el hombre puede emplear en la tierra, la de una locomotora recorriendo 36 metros por segundo?

Empleáranse de esta suerte trece días para dar la vuelta á la tierra, 135 años para llegar al sol y más de 27 millones de años para devorar el espacio que nos separa de la estrella más cercana.

La mayor velocidad que se ha logrado medir, es la de la electricidad. Este fluido daría vuelta á la tierra en menos de un decimo de segundo (0,086), y sin embargo necesitaría diez y ocho próximamente para pasar de la tierra á las estrellas de segunda magnitud.

ORÍGENES DE LA VIDA.—Mr. Crié, profesor de la Facultad de Ciencias de Rennes, ha publicado ya numerosos trabajos de botánica fósil. A él se deben las *Investigaciones sobre la vegetación del Oeste de Francia*, los *Antiguos climas y flores fósiles del Oeste de Francia* y otros varios. Hoy publica un *Ensayo sobre la flora primordial* y sobre los orígenes de la vida. La vida depositó sus primeros vestigios en las capas de la era ante-primordial en el Canadá, Inglaterra y Suecia. En el primero de estos puntos y al N. del Estado de New-York, se encuentra el famoso *Eozoon Canadense* y las capas grafitosas donde se le ve están clasificadas en el terreno laurentino.

Colócanse en el sistema llamado cambrio las capas donde se encuentra la *oldhamia*, la planta más antigua que se ha hallado en las islas Británicas; el terreno silurio, que es superior al cambrio, nos señala varios géneros diferentes. Nada más difícil que una exacta clasificación de la flora primordial, en razón, primero, á la rareza de los documentos y á su importación, y en segundo lugar, á la dificultad que á veces ofrece el encontrar el verdadero lugar geológico de las capas que contienen los restos fósiles. Mr. Otto Borell, Mr. Linnaeus se han ocupado de la fauna primordial de la Escandinavia.

Para mostrar hasta qué punto son aún inciertas las opiniones, diremos que algunas huellas que algunos toman por plantas son por otros relacionadas con gusanos gigantes, ó crustáceos, y aún con objetos inorgánicos. Así, según Malborts, «los coplignon deberian atribuirse á arrastres de objetos inertes que hubieran rayado el fondo de los mares cambrios bajo el impulso del movimiento de las ondas... La *cruziana* de huguar es la huella de un crustáceo que existió desde la época cambria hasta el período de las hullas.»

Mr. Crié no participa de esta manera de ver, que tampoco comparten otros sábios profesores. Uno de ellos, Mr. Guillier, dice que «los *bilobitas* son vegetales; en todas las direcciones se les encuentra conservando su relieve. Una huella de animal sobre el limo no producirá el doble relieve que en él se encuentra casi siempre; además, un animal, avanzando en cualquier dirección dejará sobre el limo agujeros paralelos. A veces la roca siluria presenta aglomeraciones de *bilobitas* que pasan unas por cima de otras y conservan su relieve. Un ejemplar de asperon armónico, bastante espeso, parece formado completamente por *bilobitas* entrecruzados.»

Mr. Crié hace constar que uno de los resultados más importantes que ha obtenido en estos últimos años la ciencia paleontológica, es este: gran número de organismos, considerados como pertenecientes á los foraminíferos son, en realidad, algas unicelulares. Mr. Steinmann ha estudiado mucho esas algas primordiales. En el Canadá, Mr. Dawson, ha hecho adelantar mucho la paleontología vegetal, y ha descrito así el *eoazon*, que es el rizópodo politalamo de las capas.

«Resultado de las concienzudas investigaciones de M. Dawson que, desde el laurentino estas formas inferiores de la vida animal alcanzaban, desde el punto de vista de su grandeza y complicación, un desarrollo sin ejemplo en las edades pos-

teriores de la tierra. El descubrimiento de fibras y lechos de grafito en este mismo terreno, señala una vegetación desde esta época lejana. El grafito del Canadá constituye lechos muy extensos á veces.» El calcáreo grafitico del Canadá muestra, á la vez, elementos fibrosos de naturaleza vegetal y estrías verniculares que pertenecen al *eoazon*. Así, puede afirmarse que desde el depósito del terreno laurentino la vida vegetal y la vida animal están poderosamente desarrolladas. Por mucho que se retroceda hácia el pasado, nunca se las encuentra separadas una de otra.

Si del laurentino se pasa al cambrio, y de este al silurio, las formas cambian, pero siempre se vé la vida animal asociada á la vida vegetal. Mr. Crié adopta la teoría del transformismo para guiarse en estos cambios sucesivos. «Hay muchos espíritus—dice—que creen poder llegar á las generalidades sin pasar por el estudio minucioso de los detalles, y niegan las modificaciones seculares de las especies. Para ellos, cada tipo vegetal, una vez constituido, se continúa con cierta inflexibilidad á través de los siglos. ¿Hay algo que sea menos filosófico? Nada hay estable en la naturaleza, todo es en ella un perpétuo desarrollo... El transformismo está en vías de la gran explicación del mundo y de la verdadera filosofía.»

Si se adoptan estas ideas, la clasificación cambia de carácter, dá simplemente algunos puntos de una curva, algunas señales en la serie de desarrollos producidos: por eso es siempre perfectible, siempre incompleta. Los primeros organismos vegetales son protoplastos que se multiplican por simple excisión: los más importantes entre ellos desde el punto de vista paleontológico son las algas unicelulares que han representado un gran papel en los mares antiguos.

Como organización, debían aproximarse á las que más particularmente caracterizan en la época actual los mares más cálidos, que son los mares ecuatoriales... Antes, dice Mr. Crié, los *bilobitas* estaban muy florecientes en los mares silurios y cambrios de la Escandinavia, islas Británicas, América, Portugal y Francia, donde ostentaban multitud de formas; hoy están representados por los *caulerpa* y los *chawinia*, que en la evolución secular parecen haber conservado la organización sencillísima y el modo de reproducción problemática de los sifoneos primitivos.

El estudio de la distribución de los grandes grupos vegetales en el tiempo y en el espacio, es en extremo interesante. En el trabajo de Mr. Crié se hallarán elementos para hacer este estudio, con ensayos de clasificación, fundada en el transformismo. Su Memoria tiene interés para todos los que buscan las leyes del desarrollo de la vida en la superficie de nuestro planeta.

P. RUIZ ALBISTUR.

A MIS HERMANOS DE AMÉRICA.

A todos los que en las distintas Repúblicas del continente americano me honran con su amistad en el seno de los Gobiernos, en la prensa y en las infinitas sociedades, clubs y asociaciones de que en ellas soy miembro, les pido que se impongan del siguiente llamamiento que nuestros hermanos de España dirigen á los de América pidiéndoles su concurso para la gran Exposición que aquí se proyecta:

«EXPOSICIÓN ESPECIAL IBÉRICO-AMERICANA DE PRODUCTOS DEL SUELO Y SUS INDUSTRIAS DERIVADAS, EN MADRID, 1885, BAJO EL PATROCINIO DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL PAÍS Y DE SUS HERMANAS DE PROVINCIAS.»

Podrán concurrir á la Exposición:

Las provincias peninsulares y ultramarinas de España, Portugal y sus colonias.

El Brasil.

Y todos los Estados hispano-americanos, admitiéndose de las demás naciones solo lo que se determina en la sección 2.ª y lo que comprenderán los anejos.

Las precedentes líneas indican cuáles son los propósitos de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País; ver unidos por el santo lazo de la paz y el trabajo, en un certámen fraternal, á todos los pueblos cuyas tradiciones se confunden, formando un sólo haz, en el arsenal venerando de la historia.

Cuando una infeliz concordia ha hecho desaparecer hasta el más ténue recuerdo de los accidentes que motivaron, en medio de la humana lucha, estuviéramos divididos de nuestros hermanos de allende el Atlántico, se hace necesario patentiemos al mundo que, para las naciones de la antigua Iberia y de la América española vuelven á ser comunes, aunque viviendo en independiente hogar, las alegrías y los dolores, las glorias y los reveses de la fortuna.

Nada puede conducirnos á ello más rápidamente que la celebración de un torneo al que cada cual aportemos, en vez de armas fratricidas, los productos que hemos conseguido de nuestro suelo y los que hemos logrado con el esfuerzo material y con la labor de la inteligencia.

A semejante fiesta convocamos á nuestros hermanos de uno y otro confin, en la seguridad de que todos responderán entusiastas á nuestro llamamiento, porque si del acto que tratamos de realizar resulta, á los ojos de los que no son de nuestra raza, la manifestación de alguna prosperidad, alguna grandeza, esa grandeza y esa prosperidad serán, á la vez, de los pueblos de la Península y de América, que aunque

separados por la distancia, están unidos por los sentimientos del corazón, como lo han patentizado, aceptando la idea y ofreciendo su personal apoyo, los representantes suramericanos es esta corte, cuya conducta seguirán ciertamente los ilustrados Gobiernos de que son delegados.

Madrid Julio 1.º de 1883.

Por la Junta organizadora: El presidente de la Sociedad Económica, Alberto Bosch y Fustiguera.—El presidente de la comisión de propaganda, marqués de Valdeiglesias.—El presidente de la comisión ejecutiva, Leopoldo de Alba Salcedo.—Los secretarios, Héctor F. Varela, secretario general.—Ramiro M. de Tejada Aparicio.—Luis Diaz Moreu.—José G. Centurion de Córdoba.

LA EXPOSICION.

Serán admitidos en ella:

Sección 1.ª—Las flores, legumbres, arbustos, frutas (del tiempo, secas y en conserva), corcho, resina, gomas, vinos, aceites, cereales, harina y pastas, arroz, café, thé, azúcar, dulces, azafran, tabaco, chocolate, miel, cera (en panes ó labrada) y sus derivados, é igualmente todos los frutos que producen las plantas y los árboles.—Fibras textiles como algodón, cáñamo, lino, pita, yute, abacá y cuantas sean análogas, estén ó no manufacturadas.—Ejemplares de maderas y maderas trabajadas y convertidas en objetos de reconocido mérito.

Sección 2.ª—Máquinas é instrumentos agrícolas, molinos harineros y artefactos para la fabricación del pan, máquinas para aserrar y labrar las maderas y los corchos, aparato para la perforación de pozos artesanos, bombas de absorción y elevación de aguas, y todo lo que se relacione con la fabricación y conservación de vinos, espíritus, aceites, azúcares y tabaco (cualquiera que sea la nación de su procedencia.)

Sección 3.ª—Obras impresas ó manuscritas, expresamente dedicadas á esta Exposición, en las que se trate de cualquier asunto que tenga conexión con la índole de la misma, como, por ejemplo, los sistemas de cultivo, la explotación de montes y arbolados, modo de combatir las plagas que perjudican á la agricultura, etc.—Planos y modelos de jardines, ingénios, huertas y casas de labor.

ANEJOS Á LA EXPOSICION.

La Exposición, además de lo que constituye la parte principal de la misma, admitirá construcciones de hierro y cristal, establecerá galerías especiales en las que podrán exhibirse, con la debida separación, material para construcciones de fincas rústicas y urbanas y de casas económicas para obreros; aparatos de seguridad para los trabajadores en los edificios altos, aparatos de salvamentos de mar, máquinas y objetos contra incendios, y cuanto pueda ser útil en estos siniestros.

DURANTE LA EXPOSICION.

En el período de tiempo en que ésta se celebre tendrán lugar: Un gran concurso nacional de música.—Concursos especiales de flores y frutos.—Concursos prácticos de trabajos y labores de campo, así como de máquinas agrícolas é industriales.—Ensayos de alumbrado eléctrico, con el fin de premiar el sistema más conveniente, económico y perfecto.—Certámenes artísticos y literarios, en los que podrán tomar parte peninsulares y americanos.—Congresos y conferencias, en las que se tratará de asuntos identificados con el progreso de los intereses americanos en Europa, el desarrollo de sus relaciones mercantiles con España y Portugal y medios de fomentar nuestra agricultura, y señaladamente nuestra riqueza vitícola y olivarera, y de hacer levantarse de la postración en que se halla la fabricación de sedas que llegó á ser tan valiosa en España.—Reunion en Madrid de representantes de todas las Sociedades Económicas, para acordar lo más conveniente en pró del noble objeto á que obedecen estas instituciones.

DETALLES COMPLEMENTARIOS.

Con el fin de que las personas que se dignen honrar á Madrid con motivo de la Exposición encuentren en la capital de España todo género de atractivos, la junta organizadora procurará se celebren grandes festivales que sirvan de solaz y recreo al par que de ameno aliciente para el acontecimiento que se trata de realizar.

REGLAMENTO.

Este será publicado brevemente, así como un plano detallado del emplazamiento de la Exposición.

PREMIOS Y RECOMPENSAS.

Se otorgarán grandes diplomas de honor á las naciones que más se distingan en el concurso por sus instalaciones y por la riqueza de productos que presenten.

Igualmente se concederán medallas de oro á los jefes de los Estados que concurran á la Exposición y que más hayan contribuido á la brillantez de la misma.

Estas medallas se denominarán de cooperación, y podrán ser también otorgadas de plata ó cobre, á juicio de la Junta, á la prensa periódica y á todas las entidades cuyos servicios en pró del certamen sean de notoriedad.

A los expositores se les conferirán medallas de oro, de plata ó de cobre, según acuerde el Jurado.

TRASPORTES.

La comisión ejecutiva se propone gestionar de las líneas de vapores establecidas entre la Península y el Sur de América una bonificación en el valor del transporte de los objetos que se destinen á la Exposición, como lo solicitará igualmente de los ferro-carriles franceses, portugueses y españoles, cuyo desinterés en estos casos es bien notorio.»

Hasta aquí el llamamiento de la Junta organizadora y ciertos datos generales sobre la Exposición.

No ya como secretario general de esa Junta,

sino como americano, como amigo de todos aquellos á quienes me dirijo, presidentes de los Estados ó simples particulares, *puedo asegurarles, que la Exposición se llevará á cabo*, pidiéndoles por tanto, que bajo los auspicios de esta creencia y de esta seguridad, empien desde hoy cada cual en su esfera, á trabajar porque cada una de nuestras Repúblicas concurra al grandioso torneo con los variados productos que cultivan á la sombra de la libertad y del trabajo, que á la mayor parte de ellos están engrandeciendo.

La garantía de éxito en esta clase de empresas está en la *calidad* de personas que las inician, y en los elementos con que pueden contar desde el primer momento.

Bajo este punto de vista, nada falta á la presente iniciativa.

Autor de ella ha sido el señor Alba Salcedo, director de *La Patria*, hombre político de importancia, grande amigo de América, de una actividad incansable, soldado entusiasta del progreso, y á cuya iniciativa y tenaz propaganda, débese que hoy sea una realidad, de que puede vanagloriarse España, la *Exposición de Minería*, que con tanta razón llama la atención de cuantos la visitan.

Agréguese á esto que la Exposición se inicia bajo el patrocinio de la *Sociedad Económica Matritense*, cuya respetabilidad es de todos conocida, no sólo en España, sino en Europa, y fácilmente comprenderán mis hermanos de América, que se trata, no ya de uno de esos proyectos destinados á vivir lo que las rosas, sino de un hecho real y positivo, de una Exposición que se hará y que cuenta ya con elementos suficientes para poderse decir, que abrirá sus puertas en la época que el llamamiento fija.

A la obra, pues, hermanos de América.

¡Al trabajo!

A prepararse, para que nuestros hermanos de España al tender sus brazos para recibir lo que de allí mandemos al pacífico y glorioso torneo, sepan, que si un día las Repúblicas del mundo, descubierta por Colon, llamaron la atención por el ruido de sus batallas, hoy pueden llamarlo por sus adelantos y progresos, la variedad de sus productos, lo caprichoso de sus inventos y el desarrollo maravilloso de su industria.

HÉCTOR F. VARELA.

CAMPOAMOR.

I

Todas las literaturas cuentan con géneos innovadores, que señalan un cambio progresivo en las tendencias artísticas y en los ideales de su tiempo.—Truena Byron en Inglaterra contra las costumbres inveteradas de la ceremoniosa sociedad británica; rompe con las viejas tradiciones de la poesía cortesana; personifica en sí el alma entera de su siglo, y ora envuelto en la corriente de un excepticismo contagioso, exhala dolorido los amargos acentos de la duda y de la incredulidad, ambas desgarradoras, pero también invencibles; ora, henchido de un sentimiento nobilísimo, vibra en su lira el cántico de la libertad y recuerda á Grecia oprimida los hechos gloriosos de su inmortal historia y excita á sus hijos para que devuelvan su pasado esplendor y emancipen de extrañas tutelas á la inspirada madre de las artes.—Leopardo en Italia se aparta de las escuelas optimistas, encarna en sí la nueva dirección del pesimismo, lanza á los espacios los ayes que se escapan de su atormentado corazón, y al mismo tiempo lamenta en patéticos tonos y pinta en conmovedores cuadros las desgracias de su patria, como para sacudirla de su sueño de muerte y hacerla levantar, redimida y una, su arrogante y hermosa cabeza, que taladraban las espinas de su martirio y su servidumbre; espectáculo grandioso que hemos visto realizarse más tarde á nuestros propios ojos, testigos ayer de su infortunio y hoy de su resurrección.—En Alemania, lucha Goethe por identificar la poesía con la realidad, abre nuevos horizontes á la inventiva y al génio germánico, y da comienzo á una nueva era de prosperidad y de grandeza para las letras de su país.—Francia, en fin, sacude el gusto versallés y entra en derroteros artísticos hasta entonces desconocidos, gracias á la fantasía soberana de Víctor Hugo, que olvida las instituciones caducas y se inspira en los vastos problemas sociales y en la epopeya gigantesca de nuestros adelantos maravillosos.

España no podía tampoco permanecer inmutable entre este universal renacimiento, y así como en el siglo XVI, Boscan primero y Garcilaso después introducen en la decadente poesía nacional las formas métricas de la escuela italiana y dan principio al mayor período de esplendor que por entonces alcanzara la lírica española, así también en los albores de nuestra centuria resuena potente la voz de Quintana, que maldice los torpes ídolos de un absolutismo degradante y entona himnos exaltados en loor de las modernas conquistas; y más adelante fulgura el astro de Espronceda, que marca otra dirección á nuestro inquieto pensamiento y expresa un nuevo aspecto del vacilante espíritu de nuestra época renovadora.

Después no ha quedado estacionaria tampoco la poética castellana; más jóvenes y peregrinos ingenios diéronle gallardo impulso, consagrando su vida á esta empresa meritoria; y hoy, mientras

escucha nuestro oído embelesado los acordes armoniosos de sus áureas arpas, tributamos á su inspiración nuestros aplausos y rendimos á su génio el homenaje de nuestro entusiasmo.

II

D. Ramon de Campoamor es uno de los representantes más ilustres de esta pléyade de insignes poetas. En su juventud dióse á conocer en el antiguo Liceo de Madrid con algunas delicadas composiciones, llenas de fantasía por una parte y de primores de rima por otra. Después las reunió en colección, y aparecieron sus *Ternezas y flores* y sus *Ayes del alma*. La imaginación meridional del autor se revela en ellas en toda su riqueza; lanza su inspirada lira tonos cadenciosos de incomparable armonía, todos espontáneos, todos naturales, y las imágenes floridas, y los conceptos elegantes y las galas más bellas forman el conjunto admirable de estas obras afligranadas. Unas son alegres y risueñas, escritas con todo el fuego del amor impetuoso de los primeros años; otras reflejan ya una nueva faz del alma del cantor, ménos crédula que antes y más herida por los pesares.

De estos libros elegimos sus silvas *A la luz*, para presentar á Campoamor como poeta descriptivo en sus ensayos juveniles.—En la tercera de ellas pinta el declinar de la tarde, y luego añade:

«Los árboles sus cúpulas frondosas
Con verde pompa y majestad inclinan,
A impulso de las áuras sonoras
Que hácia el ocaso tras la luz caminan.
Si alza la noche su atezado manto
La luz huyendo sus horrores dobla,
Si gime un ave en dolorido canto,
El eco gime, y su plañir redobla.
Quejas levanta al murmurar doliente
Fugaz el áura en apacibles giros,
Y al trasmontar la luz, son de la fuente
Las aguas llanto, y el rumor suspiros.
¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
Bajan al alba en celestial decoro
Sifides blancas, que con rubias manos
La aurora ciñen con guirnalda de oro.
Plácida entonces sin rumor aspira
Ligera el áura despertando olores,
Y regalada del frescor, respira
Amor la selva, y la pradera amores.
La niebla entonces por el manso viento
Se adorna de los rayos matutinos,
Y entonces se oyen con sabroso acento,
En vez de quejas, amorosos trinos.»

De las facultades del autor en el género festivo, que también ha cultivado, pueden dar idea las siguientes quintillas dedicadas *A una beata de máscara*, y que rebosan picaresca gracia:

«La del enlutado manto,
La de la toca de encaje,
La de mil hombres encanto,
¿Cuánto vá á que no es tan santo
Tu pecho como el ropaje?
En vano ocultarnos trata
De tus ojos los destellos
El lienzo que te recata;
Y por Dios que son, beata,
Para ser santos, muy bellos.
Sobre tu nevado seno
Pesa la cruz de un rosario,
Y aunque humilde nazareno,
Muriera de gozo lleno
En tan hermoso calvario.»

Campoamor compuso también una série de *Fábulas* políticas, religiosas, morales y filosóficas, en las cuales, entre rasgos de ingenio, estampa máximas y consejos de provecho para la vida.

Hasta aquí, Campoamor era ya un poeta muy distinguido; pero aún podría acrecentar su fama con empeños más altos y obras de mayores vuelos; y en efecto, avanzando el tiempo inicia en sus aptitudes una nueva tendencia filosófica y un nuevo y superior progreso, y dá á las prensas su poema en diez y seis cantos, titulado *Colon*; otro en ocho jornadas que denomina *El Drama universal*; y la colección inestimable de sus *Cantares*, verdaderos poemas de ternura, intención y sentimiento.

El primero es notabilísimo, tanto en la versificación como en la idea; lo mismo cuando pregunta por los atrevidos navegantes que componían la expedición al Nuevo continente, y dice:

—«¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
—¿Que á dónde van?—¡A donde nadie ha ido!»

y cuando expresa el pensamiento del protagonista con esta frase:

—«¿Os espantáis? Yo en vuestro espanto abundo:
Marcha á borrar los límites del mundo:

que en los cantos *La atlántida*, *Las nubes* y todos los otros.

El drama universal merece también subidos encomios por su pensamiento y por su desarrollo; aquél es digno del ingenio que lo concibiera, y así hacemos su mayor elogio; éste se halla de igual modo á la altura de las mejores obras del autor, y al decir de un distinguido publicista, abunda en detalles admirables.

En cuanto á sus *Cantares*, los tiene bellísimos: Campoamor es uno de los poetas que con más éxito han cultivado este género, logrando presentarnos gran número de aquellos en los cuales aparece limpia de defectos la forma de las coplas

populares, reuniendo á la vez un fondo profundo, que pocas veces se halla en las que son producto espontáneo de la musa desaliñada de los indoctos.

Citaremos sólo unos pocos, para no alargar en demasía este estudio, y enseguida entraremos de lleno en la parte principal y más importante del mismo.

De los siguientes, pertenecen los dos primeros á la sección de los epigramáticos, y el último á la de los filosófico-morales:

«Mira que ya el mundo advierte
Que al mirarnos de pasada,
Tú, te pones colorada,
Yo, pálido cual la muerte.
Cuando pasas por mi lado
Sin tenderme una mirada,
¿No te acuerdas de mí nada,
O te acuerdas demasiado?
El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste se pára,
Y si soy dichoso, vuela.»

III

Enumeradas ya algunas de las obras por las cuales disfruta Campoamor de justa nombradía, tócanos ahora tratar de aquellas de sus creaciones que constituyen los más brillantes timbres de su gloria. Tales son las *Doloras* y los *Pequeños poemas*.

Con ellas, Campoamor ha operado una profunda revolución en el campo de nuestra lírica. Así como Becquer, por ejemplo, encontró en sus *Rimas* el modelo de la poesía del corazón, halló aquél en estas producciones la fórmula de la poesía filosófica; y poniendo al servicio del arte las investigaciones y las conquistas de la ciencia, y adornando á ésta con el hermoso ropaje de la forma artística, realizó á la par dos empresas grandiosas: dar á la poesía verdadera trascendencia, y presentar los descubrimientos modernos bajo el aspecto más agradable y simpático. Todos los problemas de la filosofía los convierte en temas para sus canciones, y los adorna con los primores de la versificación.

Esto ha hecho decir á la crítica que Campoamor es uno de los poetas castellanos que mejor pudieran sufrir una traducción en prosa á cualquier lengua extranjera. Ciertamente, la idea domina sobre todo en sus obras, y las hace más sustanciosas y nutridas de pensamientos que las de otros ingenios, dados á la armonía del ritmo más que á la intención é importancia del argumento. Campoamor, por el contrario, procura hermanar ambas cualidades; y porque lo consigue es proclamado poeta insigne.

En cuanto á la originalidad de Campoamor, está ya fuera de duda. Las polémicas suscitadas con este motivo hace algun tiempo, concluyeron dilucidándola claramente, y hoy no es puesta por nadie en tela de juicio. Las *Doloras*, tal como él las ha concebido y realizado, forman un género nuevo, que habrá de prevalecer en lo sucesivo. Podrá encontrarse en las obras de ciertos escritores antiguos, alguna que otra poesía á ellas comparable; existirá entre ambas semejanza, y quizá parezcan informadas por la misma tendencia; mas estas inspiraciones sueltas de autores diversos, nunca llegaron á sujetarse á un plan determinado, y la gloria de haber reducido á sistema estos elementos dispersos, y de haber constituido con ellos una escuela, corresponde toda entera á Campoamor.—Los *Pequeños poemas* se encuentran también en igual caso: lo mismo Heine que Musset, lo mismo Byron que Hugo, cultivaron en sus países este género y le hicieron adquirir gran importancia; pero en nuestra patria, Campoamor es el que los funda, el que los crea, el que les dá vida; y además, logra que los suyos á ningunos otros se parezcan y que sean completamente propios y originales.

Ahora podremos preguntar qué es la *Dolora*, y lo primero que saltará á nuestra vista, será el neologismo de la palabra. Campoamor la inventó para designar esta clase de poesías á él debidas, y al frente de la primera edición expuso las razones en que hubo de fundarse para ello. Definiéndola, el autor dice que la *Dolora* es una composición poética en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica. Otros escritores han tratado de explicarla también: Ruiz Aguilera opina que es «una composición poética en la cual debe hallarse constantemente unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica;» Laverde Ruiz la considera «una composición didáctico-simbólica en verso, en la que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposición rápida y concisa de la balada y la intención moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola;» para Revilla, en fin, es «una composición poética, de forma épica ó dramática, y de fondo lírico, que, en tono á la vez ligero y melancólico, expresa un pensamiento trascendental.» Como se vé, todas estas definiciones convienen en el fondo.

Los temas que Campoamor desenvuelve en sus *Doloras*, con ser tan varios, se distinguen casi siempre por su tendencia pesimista, la cual establece una línea divisoria entre sus inspiraciones de los primeros años y sus obras de la edad madura, joviales y placenteras aquellas, impregnadas estas de cierto desencanto y cierta tristeza, que re-

tratan el estado de su alma y á la par reflejan el de su época. Uno de sus biógrafos ha escrito, que Campoamor vá dejando cada día que pasa un giro de sus creencias, que expone en sus *Doloras*; y según la opinión de otro crítico célebre, su escepticismo es aún «más amargo, más desconsolador y más peligroso que el de Espronceda, por lo mismo que es más sereno y razonado. El de éste revela una época en que la duda era un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquél arranca del corazón, y es hijo de los desengaños; éste nace de la cabeza, y es fruto de serena y fría reflexión. El primero denuncia una existencia atormentada y dolorosa; el segundo la vida tranquila de un espíritu á quien no molesta gran cosa la falta de creencias. Campoamor no se limita á renegar de los hombres, sino que su duda alcanza á las ideas; no se circunscribe á negar el amor, la poesía y la amistad por virtud de añejos desengaños, sino que lo niega todo, incluso la realidad del conocimiento. Y lo niega con imperturbable calma, con serenidad pasmosa, á veces nublada por ligero tinte de tristeza.»

No hay más que leer las *Doloras* de Campoamor para convencerse de la exactitud de estos asertos; en ellas dice que *son humo las glorias de la vida; que vivir es olvidar; que todo es sombra, ceniza y viento; que tarde ó temprano es infalible el mal; que el bienestar del hombre es la muerte; que todo se pierde; que al hombre sólo le afectan el calor y el frío; que no hay honor ni virtud más que en la lengua; que el placer es la fuente del hastío; que el variar de destino solo es variar de dolor; y en fin,*

«Que en este mundo traidor
nada es verdad ni mentira.
Todo es según el color
del cristal con que se mira.»

Véase, como cuadro completo, la *Dolora* titulada *Amor y gloria*, que elegimos por su corta extensión:

«¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
Solo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
Mundo y corazones llena;
Las del mundo sois arena
Y aire las del corazón!»

No há mucho que se ha publicado la 15.ª edición de las *Doloras*, y este número elevado, tan poco frecuente en nuestro país, prueba de cumplido modo la gran acogida dispensada por el público al vate esclarecido de quien tratamos. En esta colección reciente aparecen treinta *Doloras* nuevas, las cuales son gallardo testimonio de que su autor no envejece nunca: la fantasía de Campoamor es eternamente jóven, eternamente lozana y vigorosa; los armoniosos acentos de su lira sueñan cada día con más cadencia, y bien puede asegurarse que el tiempo, en vez de marchitar, pule y abrillanta las ricas galas de su fecunda imaginación.

Por su brevedad, citaremos dos de estas nuevas y preciosas *Doloras*:

ROSAS Y FRESAS.

Porque lleno de amor te mandé un día
Una rosa entre fresas, Juana mía,
Tu boca, con que á todos embellezas,
Besó la rosa sin comer las fresas.

Al mes de tu pasión, una mañana
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
Mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
Comió las fresas sin besar la rosa.»

Según se vé, aun de los asuntos más sencillos sabe sacar Campoamor el partido posible, y es siempre en ellos el mismo ingenio intencionado.

La otra *Dolora* es todavía más corta, pero no por eso menos sustanciosa. Consta de dos solos versos, á saber:

AMOR AL MAL.

«Por más que me avergüenza y que lo lloro,
No te amé buena, y pérdida te adoro.»

Pero no resistimos á la idea de transcribir la titulada *Contrastes*, aunque sean mayores sus proporciones. Recordamos haberla leído tiempo atrás, y que nos produjo singular encanto. Ahora no la tenemos á la vista; pero tal como en nuestra memoria se conserva, héla aquí:

«Mucho le amaste y te amó;
¿Recuerdas por quién lo digo?
Éra tu amante y mi amigo;
Amaba, sufrió y murió.
Cuando su entierro pasó,
Todos te oyeron gemir;
Mas yo, Inés, al presentir
Que le habías de olvidar,
Sentí, viéndote llorar,
La tentación de reir.»

Al año justo ¡oh traicion!
Al baile fuí de tu boda,
Y allí, cual la villa toda,
Ví el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto?—¡En el panteón!
¡Ay! cuando olvidada de él
A otro jurabas ser fiel,

Yo al verte reir, gemí,
Y dos lágrimas vertí
Amargas como la hiel.

Primero amor, luego olvido.
Aquí tienes explicado
Por qué en el baile he llorado
Y en el entierro he reído;
Siempre este contraste ha sido
Ley del sentir y el pensar;
Por eso no hay que extrañar
Que quien lee en lo porvenir,
Vaya á un entierro á reir
Y acuda á un baile á llorar.»

Algunas veces Campoamor ha hecho vibrar también en su lira la cuerda del sentimiento, y entre sus mismas *Doloras*,—prescindiendo de los *Poemas*, que enseguida juzgaremos,—las hay muy bellas y delicadas, como la que se denomina *¡Quién supiera escribir!* Tan magistral y admirable nos parece, que creeríamos no proceder justamente si dejásemos de trasladarla íntegra:

—«Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.
—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo.
Mi querido Ramon:
—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...
—Si no quereis...—¡Sí, sí!
—¡Qué triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.
¡Qué triste estoy sin tí!
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?
—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un eden.
—Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.
El beso aquel que de marchar á punto
Te di...—¿Cómo sabéis?...
—Cuando se vá y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrenteis.
Y si volver tu afecto no procura
Tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡Que me voy á morir!
—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?
—Pues, sí, señor, ¡morir!
—Yo no pongo morir.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
Señor rector, señor rector, en vano
Me quereis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.
Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día...
Porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir,
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos
Cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpétuo sueño de mi oído
El eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...»

Después de esto, parécenos ya hora de hablar de los *pequeños poemas*, en número aparte y con el debido detenimiento.

IV.

A veinte asciende el número de estas joyas preciosas, publicadas en la última edición madrileña. Al frente de la misma expone el autor los fundamentos de su doctrina literaria, en un extenso *Prólogo*; y si no á copiarlo, dadas sus dimensiones, vamos al menos á extractar algunos de sus puntos más esenciales.

El propósito de Campoamor al escribir estos *Poemas*, ha sido, según él mismo dice, «dar forma á unas composiciones que reunieran todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya.» Su procedimiento, «exclusivamente personal, consiste en hacer de toda poesía un drama, procurando basar éste sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.»

Es necesario, añade, poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupción de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosáica, de filosofía y de ciencias naturales, van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano. Además, es preciso que «en toda obra artística haya una idea de clave, sin la cual aquella se vendría abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepción, es hacinar, pero no es componer; es formar un montón de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.»

Para Campoamor, «lo principal es el argumento y la acción.» Según él, «después de inventar la idea generadora, base del asunto, hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla a un plan.» Dice, en fin, que «la poesía verdaderamente lírica, debe reflejar los sentimientos personales del autor, en relación con los problemas propios de su época.»

Una vez expuesta esta teoría, Campoamor habla en su *Prólogo* de lo que él llama «el paganismo en el arte» y censura a «la mogigatocracia literaria y a la gazmoñería moderna, que quieren tener a nuestra sociedad en bábila y reducir al hombre a un ser neutro o a la condición del eunuco; término incoloro, a que tienden a limitarnos todos los entendimientos vulgares.» Discúlpase de los ataques que se le dirigen por su excepticismo, y asegura que «creyendo en lo constitucional, lo demás para el artista es reglamentario, como se dice en política.» Luego trata de «la inutilidad de las reglas de la retórica para formarse un estilo», y asegura que ésta, «con sus preceptos antiguos y con su estructura fósil», es, aplicada al arte moderno, «una vieja remilgada y presumida que siempre le ha dado frío. Después de muchos años de amamantarse un joven a los pechos de esa mómia, sobreviene la tisis intelectual y el joven muere.»

Por último, llama «dialeto poético» alusado por algunos clásicos, aboga por la naturalidad en lenguaje, sin afectación ni hinchazones, (combinando también el extremo contrario) y afirma que «la poesía es la representación rítmica de un pensamiento por medio de una imagen, expresado en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con menos palabras.»

Si Campoamor ha conseguido o no el propósito que le moviera a componer sus *Poemas*, revélalo elocuentemente el éxito por ellos alcanzado y la fama de que disfrutan. El ingenio peregrino del autor manifiéstase en los mismos en toda su pujanza y en toda su variedad: al lado de descripciones de primer orden, hállanse observaciones delicadísimas y detalles admirables de sentimiento: la pluma del poeta es un pincel maravilloso de inimitable colorido, que diseña en cuatro rasgos un cuadro de singular belleza; y al propio tiempo, es también atrevido escalpelo que remueve las fibras más hondas del alma humana y penetra y descubre sus secretos más íntimos.

La serie inapreciable de los *Pequeños poemas*, es acaso el florón más brillante de la corona de poeta de Campoamor. Bien dicen algunos comentaristas suyos, que una colección de composiciones de esa índole, escritas con la naturalidad, la elevación y la filosofía de estas, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antigua ni moderna. A la verdad, la apreciación sola de las cualidades que resaltan en dichas obras, daría lugar a largas consideraciones; tal es la abundancia con que en ellas se prodigan las galas más bellas de dicción, de rima y de pensamiento. ¿Quién como nuestro autor, por ejemplo, sabe expresar los más peligrosos y resbaladizos conceptos, con una habilidad tan exquisita que todos los escollos quedan salvados y todas las dificultades vencidas, hasta el punto de convertirse en las más primorosas pasajes aquellos que parecían llenos de sirtes, para perder sin remedio al ingenio osado que en su derredor se aventurara?

A este propósito, escribe cierto crítico,—y es exactísimo,—que Campoamor suele hablar de las mujeres más apasionadas, con el mismo, a veces con más pudor que lo hacen nuestros místicos al tratar de las vírgenes en algunas de sus descripciones extáticas. En *Las tres rosas* se encuentra un terceto que puede servir de prueba, en apoyo de esta opinión. Dice así:

«Al llegar el instante de la hora
en que se hunde aquel puente que separa
a Eva inocente de Eva pecadora...»

Creemos que no es posible llevar a más alto grado la perfección para velar discretamente la forma, y expresar la crítica situación que se insinúa, de la manera más diestra y poética.

El *tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas*, *Dulces cadenas*, *La lira rota* y *Por dónde viene la muerte*, son sin duda los más valiosos de los *Pequeños poemas*.

El primero luce en todas sus partes un lirismo inagotable, y unas veces encanta por su sencillez y otras maravilla por su grandilocuencia. Es la historia de un amor tan rápido en sus accidentes como perdurable en sus efectos, entre dos seres infortunados que se hallan juntos por una hora y luego se recuerdan y lloran durante toda su existencia.

Ella es

«una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.»

La casualidad la junta con el autor en el fondo de un coche del tren; y es de ver la manera como sus almas empiezan a comunicarse y la corriente de simpatía que entre ellas se establece. Cuéntanse ambos los hechos de su vida, revélanse mutuamente el estado de sus corazones, doloridos por anteriores desengaños y sienten nacer un nuevo amor en sus pechos sensibles y comienzan de nuevo a alentar sus desmayados espíritus. Más ella necesita reposo; como dice en feliz frase,

«La tierra está cansada de dar flores.»

y la cita queda prometida para dentro de un año. Sin embargo, ¡qué desdicha tan inmensa!; á

vuelta de algunas páginas de oro, el poeta refiere el desenlace, y este no es otro que la muerte de la heroína. Unas estrofas escritas por la más inspirada de las musas, relatan este desgraciado fin:

«—Mi carta, que es feliz, pues vá á buscaros,
cuenta os daré de la memoria mía.

Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
probó á estar viva á vuestro lado un día.

Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.

Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!

Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

Me rebelo á morir, pero es preciso...

¡el triste vive y el dichoso muere!...

¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
cuando quiero vivir, Dios no lo quiere!

¡Os amo, sí! Dejarme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.

Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!

Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tantol...!

Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, llegemos
de nuestra vida á la estación postrera.

¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad siempre que nazca ó muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.

Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amásteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

¡Oh Padre de las almas pecadoras!

¡Conceded el perdón al alma mía!

¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
más sufrí por más tiempo todavía!

¡Adios, adios! ¡como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!

¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muero!»

PLÁCIDO LANGLE.

(Concluirá.)

LA ORACION DE LAS LOCAS.

Al distinguido frenópata don Fernando Sanchez.

(TRADUCCION DE EUGÉNE MANUEL.)

Lugar terrible en que el espanto mora;
vision del Dante que encontrar podría
aquí un infierno nuevo, cuyos círculos
por el cerebro indefinidos ruedan.
Para cruzar sin miedo sus umbrales
la sólida razón es necesaria,
que en todas partes la demencia habita
y el vértigo se siente por do quiera,
la angustia oprime el pecho, y las palabras
que pronunciar quisierais interrumpen:
éste es el hospital triste y sombrío,
la casa de las locas.

¿Las veis venir del patio, de las celdas,
con sus jubones grises
y negras papalinas, semejantes
á extraviados pájaros nocturnos,
cual si buscasen su razón perdida?

Se miran con desdén, y paso á paso
á la sala común, al jardín triste,
estúpidas caminan:
las locas taciturnas
teniendo en plena luz negras visiones;
las santas, sin moverse, y aspirando
á conseguir la perfección; dichosa
la monómana asida á su quimera;
la madre, que lo es siempre, y que acaricia
—no queriendo creer en su abandono—
un niño hecho de trapo; la intrigante
envuelta en sus girones, y buscando
su corona usurpada por el suelo;
la idiota, de alegrías ignoradas;
y la loca que canta, y la que ríe,
y la infeliz que por la angustia presa,
en los rincones se mantiene inmóvil,
con las rojas pupilas dilatadas
y los ojos hundidos,
grotesca Niobe del dolor eterno!

Pensamientos que habitan el cerebro
como fantasmas que entre ruinas viven,
viejas con voz de niña,
niñas con voz de vieja,

caras que son iguales desde lejos,
y cráneos puntiagudos
pequeños como el puño, en los que busca
su puesto la razón; y no lo tienen;
muecas que infunden vértigo al sensato,
obscenidades, sueños amorosos,
y sobre aquellos rostros contraídos
esa sonrisa que jamás se extingue!

Y, sin embargo, á veces las miradas
son graves y profundas, y destruyen
discursos sin igual nuestros desprecios;
á menudo los locos se nos muestran
como sábios que el vulgo no comprende,
que cual esfinges en la arena erguidas
ven algo que se escapa á nuestros ojos.
Entonces, pobres locos, se diría
que el ideal perdido para el cuerdo
se refugia en vosotros; que en vosotros
late algún pensador desconocido,
porque solo en vosotros todavía
hay rasgos de grandeza
que la razón no tiene; generosas
palabras que se escapan de los labios.

Y caminaba yo de sala en sala
sombrio y silencioso:
arreglando al del médico mi paso:
«Seguidme, vamos á las celdas.» —dijo.

Y atravesamos anchas galerías,
desiertos corredores; cada puerta
daba al cerrarse ruido de cerrojos;
un olor de locura las paredes
y los macizos muros impregnaba.
Luego, de pronto, voces y sollozos,
gritos y aullidos en confusa mezcla
como pueden salir de herrada jaula,
en que el trozo de carne ensangrentado
las rujidoras fieras enfurece!
Y ví miradas mil, formas sin nombre,
asomarse á los hierros de las rejas,
y enderezarse espectros á mi vista
que parecían hienas enjauladas,
cuyos ojos brillantes
y cuyos gritos no daré al olvido!

Razón, pálida chispa, ¿de dó vienes?
Partícula impalpable,
¿qué fuerza te produjo? Cuando el hombre
se vé en el mundo y mide su miseria,
solo vale por tí, llama candente
de la carne en los pliegues encendida!
Si sus trabajos quedan cuando él pasa,
es porque tú le guías y le alumbras;
y si luchando con la vil materia
alzar consigue el peso de las cosas,
es porque tiene en tí fuerza y ayuda,
es porque en él encuentra tu palanca
el reducido punto en que apoyarse!
Pero, ¡qué frágil es, y cuántas veces
por juego la natura ha abandonado
ese don misterioso que el orgullo
del hombre diviniza! ¡Cuántas veces
descontenta de la obra comenzada
deja sin acabar el pensamiento,
y al alma informe y débil abandona
cual fruto ruin que madurar no puede
y se seca ó se pudre sobre el tronco,
ó el jardinero celestial la corta!
¿Qué cosa eres, Razon? ¿Cuál tu secreto?
¿Por qué brota tu luz y desaparece?
¿Por qué se humilla así tu alta grandeza,
y puede acaso un golpe repentino
perturbar el concierto y la armonía
del cerebro en que vives, y hacer grata
la idea de morir á los que hieren?

Yo no sé cuánto tiempo caminamos
por el lúgubre imperio de este modo.
Al lado de mi amigo, y sus historias
con anhelo solícito escuchando,
soñaba yo.

De caminar rendidos
nos sentamos por fin en una sala
enlosada de mármol, y no lejos
de una capilla, en que pausada y triste
tañía una campana. Ante nosotros
se abría un ventanillo, y por sus hierros
asomaba su rostro una enfermera.

Volvióse á mí el doctor y con dulzura:
—Pensais de más,—me dijo.—Ya es la hora.
Es domingo. Seguidme. No veis nada
si no llegais al fin y lo veis todo.—
Algunos escalones
y un elegante pórtico debajo
se presentaban ante mí: en silencio
seguí á mi amigo y me encontré en la iglesia.

Bajo altos arcos de color de plomo
alzabase un altar pobre y humilde,
de ya marchitas flores adornado;
todo era triste y frío; los colores
y los cristales verdes, que filtraban
una luz más difusa,
y los negruzcos bancos que en la sombra
confusa se alineaban;
las lámparas pendientes de una cuerda
sujeta al techo, y en el negro fondo

se destacaba el órgano de pueblo. Eran Visperas. Vi cuando llegamos adelantarse por la puerta opuesta cortejo de mujeres, que avanzando lentamente, en dos filas, y con orden en los revueltos bancos se sentaban. En el traje uniforme y en los ojos con insistencia fijos en el suelo, congregación de monjas parecían asistiendo á la misa, y todas juntas orando. Apénas se escuchaba el sordo murmullo de las voces que rezaban, y aquellos tristes rostros demacrados tenían la expresión vaga, impalpable del alma en sus plegarias recogida. Pero de pronto, á los acordes dulces por el órgano triste modulados, suaves rumores, cantos misteriosos de la apiñada multitud salieron. Era un hondo suspiro, una armonía débil y vaga; repitiendo el canto las voces torpemente preludiaban débiles é inseguras; pero pronto el misterioso coro de aéreas notas engrandeció, perdiéndose á lo largo de los desnudos arcos de la iglesia.

¡Erais vosotras, locas desdichadas!

¡Poder inexplicable!

¡Extraña metamorfosis! ¡Las viejas, voces de arcángel al cantar tenían! Separadas del mundo en que vivimos aparecían libres de pecado.

Al pasar por sus labios la plegaria, calmaba sus terrores y disipaba su espantosa fiebre.

¡A través de una noche tan sombría han visto el cielo azul, y están más cerca del trono de su Dios!... Mientras rebelde á la terrible duda así pensaba, el cántico se eleva á la bóveda oscura

Y—misterio profundo!

cambia en razón suprema su locura.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

FOLK-LORE CHILENO.

LA NEGRA Y LA TÓRTOLA.

(Conclusion.)

Enteramente análogo al cuento anterior es, por su fondo, el titulado *Le tre noci fatale* (cuarta variante métrica del cuento livornés, pág. 28. ob. cit.) en el cual figura también el incidente de la negra y la tórtola—aquí una *vieja fea* y una *paloma*.

El giardino dell' orso (5.ª variante umbría citada por el Sr. Preto, pág. 29. ob. cit.) es un cuento análogo en su principio á la leyenda de Las Tres Toronjas, concordando en su segunda parte con las anteriores versiones, si bien el incidente que sirve de tema al cuento de Chile ocurre entre la joven y una mora. Cambiada aquélla en *paloma* por el procedimiento del alfiler, análogo en todos los cuentos, acude á la cocina riega cantando:

Cocu, cocu della bona cucina
Dó sta il Re colla sposa sarracina?

Hasta aquí llegan el cuento livornés y sus variantes umbrías contenidas en la excelente monografía del docto mitógrafo Sr. D. Estanislao Preto; las demás versiones indicadas en su estudio, hállanse solo citadas. Además, como el objeto del docto italiano al estudiar el cuento titulado *La belle dei sette cedri* y sus variantes, ha sido llamar más la atención sobre el mito helénico á que parece referirse el tema de Las Tres Toronjas, que el incidente de la mora y la joven convertida en paloma, su precioso trabajo no es para el caso que nos ocupa de tanta utilidad como á primera vista pudo pensarse. Sobre el asunto que nos interesa, el Sr. Preto observa la identidad de este incidente ó pasaje del cuento livornés en todas las variantes: una mora, una sarracena, una criada, una vieja, es siempre la que, viendo reflejada en un pozo ó fuente la imagen de la joven cree ver la suya, llenándose de despecho cuando conoce su engaño, y encantando á aquella en pájaro (paloma, tórtola, etc.) por medio de un alfiler. De paso observa que en el libro 8.º del *Rig-Veda*, *Apala*, hija de *Atri*, muy fea, ve reflejada en el pozo á donde va á sacar agua, la imagen de la luna, invocada por ella, y que el *alfiler* tiene virtud mágica, según el vulgo, y después cita varios modelos del diálogo entre la *paloma* y el *cocinero*, que no reproducimos aquí por no alargar indefinidamente este ligero trabajo y por estar ya indicados varios de ellos. Por último, con motivo del cuento umbrío: *Bianca come la neve-e-rossa-come il-sangue*, el Sr. Preto hace una linda excursión por el tema de la sangre de que rescuita el animal muerto.

No *I Melagrani*, como equivocadamente indicamos en la concordancia VIII, sino *A Schiava e sarracina* titúlase el cuento núm. XX de la colección del Sr. Corazzini, en su obra *I componimenti minori*, pág. 467, de la que dimos una breve noticia en el núm. 10 de la Revista titulada *El Folk-Lore Andaluz*. Tal cuento, ó sea el que lleva por título *A Schiava e Sarracina*, comprende también el tema que nos ocupa: una preciosa joven fué convertida en pájaro por una pícaro esclava de sarracena (*Schiava d' a Sarracina*), que le clavó un alfiler en la cabeza y se puso en su puesto á esperar al monarca. Llegado éste, engañado por las falsas palabras de la esclava, se la llevó á palacio. La linda joven, convertida en un pájaro de precioso color, cantaba:

—Cuoco, cuoco de la mala cucina:
¿Che fa lu Re cu la schiava d' a sarracina?
—Come, bebe y duerme; respondió el cocinero.
—Me dai a zuppetella
Ca te ting' a paluzzella?
—Sí; replicó el cocinero; y le hizo la sopita, pero la paloma, después de comérsela, echó una bolita de oro, y se fué diciéndole:

—Tu te puozze addormentà
E u mangiè se pozza abruccià.

Así aconteció; el cocinero se durmió como un ceporro y la comida se quemó. El cocinero se iba haciendo rico con el oro que todos los días le dejaba el pájaro; pero el rey, inmodado de comer siempre la comida pegada ó quemada, riñó al cocinero, que lo contó todo. Al otro día el rey esperó al pájaro, le quitó el alfiler, le desencantó y el monarca reconoció á su prometida, con la que casó, mandando quemar á la sarracena. En esta linda versión beneventana hay un elemento análogo al de alguno de los cuentos italianos, pero que no existe en el chileno, á saber: el poder ó virtud que tenía el pájaro de conseguir con su mandato que se durmiese el cocinero y la rara cualidad de echar oro. Por lo demás, en este cuento, como en todos, no falta la fuente, ni el árbol, ni el alfiler, ni el engaño de la sarracena viendo reflejada en el agua la imagen de la joven, ni la rotura del cantarillo, etc.

OBSERVACIONES.

I. La muy autorizada opinión del Sr. Durán de que *Las tres toronjas del vergel de amor* y otras composiciones análogas son oriundas del siglo XIII, y la noticia del señor don Teófilo Braga, de que *Saropita* alude ya, á fines del siglo XVI, al cuento titulado *As tres cidras do amor*, nos hace sospechar que el tema *La negra y la tórtola*, contenido en dichos cuentos, existía en nuestra península antes de la conquista de Chile, á donde fué probablemente importado por los españoles.

II. Que el cuento que nos ocupa no ha recibido, durante su permanencia en aquella República americana, modificaciones de verdadera importancia, pues no creemos deban reputarse tales el ser *tres* los alfileres que clavó la negra á la doncella en vez de *uno*, como en las versiones castellana y andaluza; ni el convertirse la doncella en tórtola en vez de paloma, como en la mayoría de los cuentos españoles é italianos citados en este artículo. La frecuencia del número *tres* en este género de producciones, nos hace sospechar que la versión chilena está más cerca de su origen que las españolas.

III. Que por formar el tema *La negra y la tórtola* solo una parte de la mayoría de las versiones consultadas, ocurre la duda de si el cuento chileno recogido por el Sr. Moore será un verdadero cuento ó solo un fragmento de un cuento más extenso. Sobre este punto nos atrevemos á aventurar una hipótesis, que no tenemos aun datos suficientes para comprobar, á saber: que los cuentos del género del que nos ocupamos son á modo de *mosaicos*, cuyas piezas pueden desarticularse y vivir aisladamente de por sí, como las diferentes que entran en la composición de un rompe-cabezas, ó los azulejos que entran en la combinación geométrica del dibujo de un patio, del revestimiento de un muro, techo, puerta, etcétera. Así se explica que el tema *La negra y la tórtola*, que forma parte integrante de multitud de cuentos, constituya en la versión chilena un cuento completo de por sí, sin más que el ligero añadido de seis ó ocho renglones que le sirven de cabeza y antecedente. Ignoramos, sin embargo, todavía si estos temas son verdaderos restos de antiguos *mosaicos* ó elementos constituyentes de ellos.

IV. Que el tema que nos ocupa, á que llama el célebre recolector de los cuentos populares rusos, Sr. D. W. R. S. Ralston, *The supplanted bride* (*La novia suplantada*), es, á nuestro juicio, de mayor importancia y más concreto que lo que parece deducirse del nombre genérico con que lo designa el distinguido mitógrafo inglés. En efecto, tanto las esposas como los hijos son suplantadas en los cuentos de encantamiento de mil diversas maneras, mientras que en todos los cuentos citados la muchacha es convertida en pájaro (paloma, tórtola, golondrina, etc.) por idéntico procedimiento, y siempre por una mora negra ó vieja,—esto último solo en uno ó dos casos,—que tiene ese maléfico poder. Se trata, pues, á nuestro juicio, de un tema más concreto que el de la novia suplantada, del cual ha de considerarse el que nos ocupa, á lo ménos, como un sub-grupo.

V. Que no habiéndose adoptado aún una denominación convenida para cada cuento, á cuyo inconveniente pretende ocurrir hoy la comisión creada en la *Folk-Lore Society*, para el estudio científico de los cuentos populares (*Folk-tale Committee*), conviene estudiar los diversos títulos con que cada cuento es ordinariamente conocido, pues arrojan no escasa luz sobre la naturaleza y desenvolvimiento de estas producciones. Entre los examinados figuran:

PORTUGAL.

As tres cidras do amor.
The maid and the negress. (*La doncella y la negra.*)
The three citrons of love (*Las tres toronjas de amor.*)

ESPAÑA.

La palomita (Extremadura.)
La paloma blanca. (Castilla.)
Las tres toronjas. (Andalucía.)
La coloma blanca. (Cataluña.)
Las tres toronjas. (Cataluña.)
Las tres toronjetas. (Cataluña.)

ITALIA.

La bella rosa.
La bedda di li setti citri.
L' amore delle tre melarancie.
Le tre cetra.
La bella dei setti sedri.
Y tre cocomeri.
Le tre melangole d'amore.
Bianca-come-la-neve-e-rossa-come-il-sangue.

De la anterior lista aparece que el título predominante es el de *Las tres toronjas* (cidras, naranjas, limones, etc.), siguiendo después el de *La paloma*, común en Castilla, Extremadura y Cataluña; que el número *tres* ó *siete* (ambos sagrados en la India) intervienen por mucho en estos títulos, así como la referencia á *frutas* y *árboles*, sin que por esto adquiramos la convicción de que el tema que constituye el cuento chileno tenga una relación necesaria con la primera parte de los cuentos estudiados, pues en la misma leyenda de *Las tres toronjas*, del Sr. Durán, este tema que constituye el final del cuento no aparece como indispensable para aquel.

VI. Circunscrito el motivo de nuestro estudio al incidente de la muchacha que se convierte en paloma ó pájaro, por las malas artes de una mora ó negra, resulta como nota digna de llamar nuestra atención que el sérmaléfico está representado siempre por una persona de *color negro* y el sér inocente por una joven *blanca* y bella que se transforma en otro sér también inocente y bello (un pájaro); oposición de color que hace pensar involuntariamente en el día y la noche, el sol y las tinieblas, el bien y el mal, y Ormuz y Ariman, que hubiera dicho un persa.

VII. En todos estos temas aparece la *fente* ó el *pozo*, donde se refleja la hermosa cara de la doncella, por lo general encaramada en un árbol; fuente á que el Sr. Gubernatis en su *Mitología zoológica*, (pág. 255, t. II.) considera como la representación del *océano de la noche* ó del *invierno*, según nos dice hablándonos de la golondrina, y refiriéndonos un cuento que escuchó de una mujer de Antiguano, cerca de Leghorn, que sustancialmente iguala al chileno, sin otra diferencia que la de que la joven se convierte en golondrina en vez de paloma.

VIII. La forma de encantamiento, ó mejor dicho, el medio para transformar á la joven ó princesa en pájaro, es el mismo en todos los cuentos, y consiste en clavar uno ó tres alfileres en la cabeza á la joven. El alfiler, según nos informa nuestro querido amigo el Sr. D. Alejandro Guichot, tiene su representación en las *supersticiones populares*, algunas de las cuales referentes á este asunto, han llamado la atención del distinguido folklorista, Sr. D. Eugenio de Olavarría. Según el eminente celtólogo Sr. Gaidoz, el alfiler desempeña hoy, en las devociones populares de los pueblos de la campiña francesa, el mismo papel que el *clavo* desempeñó en Roma y el Congo. En Roma clavar un clavo constituía un acto verdaderamente religioso, y era eficaz remedio y preservativo contra las enfermedades y encantamientos. En el Congo, según M. Charles de Rouvre, pasa lo siguiente: (1) «Por último, hay allí los *n'doké*, fetiches lo bastante importantes para ocupar una casa especial, y que se encuentran confiados á la custodia de ciertos sacerdotes llamados *ganga zambi*, que son reputados como los únicos que tienen el medio de hacer hablar.

«Comiézase por ofrecer al *n'doké*, á quien se quiere invocar, por intermedio del sacerdote fetichista, ó simplemente al fetichista mismo, una ó muchas piezas de tejidos y de aguardiente, acompañamiento inseparable en la costa de toda ceremonia y de todo asunto.

Mediante esto, es uno admitido á clavar un clavo mayor ó menor en la estatua ó el idollito, mientras que el *ganga*, ó uno mismo, formula su súplica ó deseos.»

Véase, por tanto, que en dos países tan apartados como Roma y Congo existen ceremonias religiosas referentes al clavo, que ha venido á ser sustituido por el alfiler y éste á servir precisamente para lo contrario de lo que servían en los cuentos que nos ocupan, esto es, para deshacer los maleficios y encantamientos.

A nuestros referidos amigos, únicos que en España se dedican al estudio de las prácticas y supersticiones populares, toca el averiguar más prolijamente el valor que en los cuentos, como en aquellas producciones, pueda tener la intervención de los alfileres como medio de encantamiento. Esta leve indicación, sin embargo, basta para hacer comprender la inmensa variedad de estudios que son necesarios para poder hacer un estudio serio de la producción reputada hasta aquí como más frívola y fácil de conocer.

IX. No existe en todas las versiones el hecho de ir por tres veces la negra con el cantarito; en algunas solo va una vez. Creemos, sin embargo, que el ir tres veces es característico de estos cuentos, en los cuales, como ya hemos dicho, suele desempeñar el número tres un papel muy importante.

X. El diálogo entre la paloma y el jardinero, el hortelano ó el cocinero, es también frecuente en estos cuentos, con diferencias más ó ménos acentuadas, á las que no concedemos gran importancia, resultando como nota común en todos ellos que los pájaros hablan, y hablando facilitan el desenlace del cuento, que se verifica cuando se les arranca el alfiler. El ir por lo general la paloma, en intervalos dados y regulares, á hablar con el hortelano, y el tener el mágico poder con su especie de conjuro, en las variantes italianas en que esto ocurre, de conseguir que el cocinero se duerma y la comida se pegue, es una nota digna de estudio, cuyo valor no nos atrevemos á determinar en estos cuentos, que solo hemos presentado como leve muestra de que la versión chilena, recogida por el Sr. Moore, tiene en los diversos puntos de Europa ininidad de concordancias que importa estudiar muy á fondo antes de lanzarse á admitir sobre ellas un fallo que sería, con los escasísimos datos recogidos, por todo extremo aventurado.

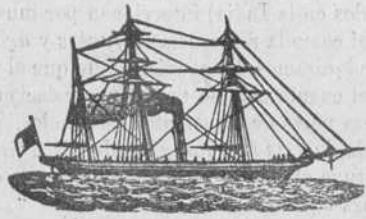
Sirvan estas cortas y mal perñadas líneas de estímulo á los chilenos para recoger las producciones populares de privilegiado país.

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

Sevilla y Mayo de 1883.

(1) Página 3 del folleto titulado *Deux parallèles: Rome et Congo*, publicado en la *Revue de l'histoire des religions*, por el Sr. D. H. Gaidoz.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los dias 4 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, y los que salen el 20 de Santander y el 21 de Coruña, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlantica, en combinacion con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Pecios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia,

En Cádiz, Delegacion Trasatlantica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES,
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR

COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

Vino y Jarabe de Dusart

DE
LACTOFOSFATO DE CAL

Las experiencias de los más acreditados médicos del mundo entero han demostrado que el lactofosfato de cal en el estado soluble, tal como existe en el **Vino** y el **Jarabe de Dusart**, es en todos los periodos de la vida, el **reconstituyente** por excelencia del cuerpo humano.

En las **mujeres embarazadas** facilita el desarrollo del feto y basta á menudo para evitar los vómitos y demás accidentes que acompañan al embarazo. Si se le administra á las **nodrizas**, enriquece su leche y ya no hay que temer para la criatura, ni **cólicos** ni **diarreas**: la **denticion** se verifica fácilmente sin dolores ni **convulsiones**. Más tarde, cuando el niño está **pálido**, **linfático**, cuando sus carnes están **flojas**, y que se le presentan **glándulas** al rededor del cuello, se encuentra en el lactofosfato de cal un remedio que es siempre eficaz.

Su acción reparadora y reconstituyente no es ménos segura en las **personas mayores** cuando están **anémicas** ó padecen de **malas digestiones**, así como en las que están debilitadas por la edad, el trabajo ó los excesos.

Su uso es de gran precio para los físicos pues causa la **cicatrizacion de los tubérculos** del pulmon y sostiene las fuerzas del enfermo, favoreciendo su alimentación.

En resumen, el **Jarabe** y el **Vino de Dusart** estimulan el apetito, establecen la **nutricion** de un modo completo y aseguran la **formacion regular** de los **huesos**, de los **músculos** y de la **sangre**.

Paris: Casa GRIMAULT y C^o, 8, Rue Vivienne

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

EDMUNDO DE AMICIS
CONSTANTINOPLA

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR HERMENEGILDO GINER

Esta obra, que consta de dos tomos, se vende en todas las librerías de España á 5 pesetas.

Los pedidos de la misma, así como de otras obras que se deben adquirir, acompañando su importe, se dirigirán á Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Mayo de 1883.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	31.532.374	91
Pastas de oro.....	7.041.708	80
Pastas de plata.....	3.188.431	96
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	101.999	83
Efectos á cobrar hoy.....	25.768.497	
Efectivo en las sucursales.....	48.157.271	79
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	43.926.954	33
Idem en poder de conductores.....	5.372.947	19
Total	165.090.185	81

Cartera de Madrid.....	605.412.084	52
Idem de las sucursales.....	120.353.752	19
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	7.271.742	57
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el convenio de 10 de Diciembre 1881.....	13.194.900	
Tesoro público: por pago de intereses de la renta perpétua al 4 por 100.....	8.729.796	15
Total	920.052.461	24

PASIVO.

Capital.....	149.968.500
Fondo de reserva.....	14.996.850
Billetes emitidos en Madrid.....	242.053.850
Idem id. en sucursales.....	102.856.400
Depósitos en efectivo en Madrid.....	20.137.481
Idem en id. en las sucursales.....	16.210.871
Cuentas corrientes en Madrid.....	99.069.579
Idem id. en las sucursales.....	51.926.556
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	11.814.553
Dividendos.....	2.035.109
Ganancias y Realizadas.....	14.395.865
pérdidas.) No realizadas.....	951.787
Reservas de contribuciones.....	54.510.773
Intereses y amortizacion de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas, bonos del Tesoro y billetes hipotecarios.....	1.384.803
Amortizacion é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	9.167.470
Facturas de intereses de la renta perpétua al 4 por 100	41.298
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	14.224.405
Tesoro público: su cuenta por resultados de la conversion Contrato de crédito en el extranjero de 28 de Mayo de 1883.....	62.544.325
Diversos.....	35.000.000
	16.761.979
Total	920.052.461

Madrid 30 de Junio de 1883.—El Interventor general, Benito Fariña.—V.º B.—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno, con presencia del Balance de fin de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de cuarenta pesetas por accion, deducida ya la contribucion correspondiente, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el sábado 14 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, y por el orden que se expresa á continuacion, pueden presentarse los señores accionistas en el negociado de acciones de la Secretaría con los respectivos extractos de inscripcion, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.

Sábado 14.—Letras del registro del extra-to, A, L, Ll, T, U, V y Z.

Lunes 16.—Idem id. id., B y M.

Martes 17.—Idem id. id., C, N y O.

Miércoles 18.—Idem id. id., D, E, F, P, Q y K.

Jueves 19.—Idem id. id., G y R.

Viernes 20.—Idem id. id., H, I, J, S y las inalienables.

Se advierte que los pagos se verificarán en los dias que quedan señalados, y que desde el sábado 21 en adelante se harán indistintamente.

Madrid 3 de Julio de 1883.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE ESPAÑA.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se detallarán, pueden presentarse en las oficinas del mismo en los dias y por el orden que se determina á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Sábado 7 de Julio.

Acciones de Obras públicas.
Acciones de carreteras de Julio.
Billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba.
Obligaciones del Excmo. señor duque de Osuna.

Acciones de tabacos de Filipinas.
Obligaciones del tranvia de Estaciones y Mercados.
Obligaciones del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Acciones de la Compañia del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Obligaciones del Crédito Moviliario.
Obligaciones del ferrocarril de Tudela á Bilbao.

Inscripciones del 3 por 100 consolidado.

Deuda perpétua al 4 por 100 interior.

Lunes 9 de Julio.—Depósitos intrasmisibles, judiciales, necesarios, de fianzas y garantías.

Martes 10 de idem.—Resguardos de depósito número 180.506 á 186.300.

Miércoles 11 de idem.—Idem idem 186.301 á 188.300.

Jueves 12 de idem.—Idem idem 188.301 á 190.700.

Viernes 13 de idem.—Idem idem 190.701 á 193.200.

Sábado 14 de idem.—Idem idem 193.201 á 195.964.

Madrid 4 de Julio de 1883.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE ESPAÑA.

Los portadores de resguardos hasta el número 2.800, expedidos por la Direccion general de la Deuda pública en representacion de cupones de Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º de Julio actual, presentados en aquella Direccion, pueden acudir á la Caja de este Banco á percibir su importe desde el viernes 6 del corriente.

Madrid 4 de Julio de 1883.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE CASTILLA.

La Administracion, por consecuencia del resultado de las operaciones ya realizadas, y á cuenta del dividendo que por los beneficios del actual ejercicio corresponda á sus acciones, ha acordado repartir 6 por 100 sobre el capital desembolsado de las mismas, ó sean 15 pesetas por cada accion.

El pago se realizará desde el sábado 14 del corriente, por las cajas de este Banco en Madrid, de once de la mañana á dos de la tarde, todos los dias no feriados, y por los delegados del establecimiento en las provincias, contra el cupon núm. 5 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.

Madrid 2 de Julio de 1883.—Por acuerdo de la Administracion.—El Secretario, Ricardo Sepúlveda.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.
Caños, 1